

Maldito País



José Román

AMÉRRISQUE

Maldito País



José Román
AMÉRISQUE

Maldito País

José Román

AMERRISQUE

N

920

R758 Román, José

Maldito país / José Román.--

1a ed. -- Managua: Amerrisque, 2007

250 p.

ISBN: 978-99924-71-12-8

1. ROMÁN, JOSÉ-RELATOS PERSONALES

2. NICARAGUA-HISTORIA-MOVIMIENTO
REVOLUCIONARIO, 1926-1944

José Román

Maldito País

Editorial Amerrisque, Colección Sandino

Serie Entrevista Reportaje

Managua, Nicaragua, Abril de 2007

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: Oscar William Lucas Fonseca

PORTADA: Oscar William Lucas Fonseca

ÍNDICE

Presentación	9
Lector	14
Credencias	15
PRÓLOGO	17
 CAPÍTULO I	 19
Convenio de Paz	35
A los Nicaraguenses	39
 CAPÍTULO II	 47
Acta de Cumplimiento	49
 CAPÍTULO IV	 135

CAPÍTULO V	145
Organización y funcionamiento del Ejército	146
Pauta y organización del Ejército Nacional Defensor de la Soberanía de Nicaragua..	146
 CAPÍTULO VI.....	 197
Comentarios y especulaciones	198
Despedida	229

Presentación

Augusto C. Sandino (1895/1934) es un relato fundamental de la identidad y, por lo tanto de la nacionalidad nicaragüense a través de sus gestos, textualidades y epopeyas. En una obra como *Maldito país*, extraordinariamente articulada por el maestro José Román, Sandino habla de meditaciones habituales por medio de las cuales lograba la unidad cósmica y cósmica en un sentimiento permanente de respaldar a los «otros», a aquellos que como bien dijera Franz Fanon son los condenados de la tierra. Además, en esta obra es posible entrever a un Sandino místico, a un Sandino filósofo, a un Sandino estratega militar, lo mismo que a un Sandino que está cerca de la gente, cohabitando con la naturaleza, pues Román se traslada hasta la montaña para dar cuenta de la naturaleza de la empresa sandinista, desde su territorio.

Román nos muestra a un Sandino que siempre tuvo presente en su ideario que era el servidor de una causa y de una fuerza superior ¿Acaso no hay ligaduras en esta posición de Sandino en lo que refiere a los héroes clásicos, al mismo Cristo, Moisés y, a los guerreros primitivos Nahuatl, Mayas e Incas los cuales estaban claros de estar al servicio de una causa divina cada vez que se enfrentaban al mal, a las tinieblas, al odio, al enemigo entre otras formas de llamar al agresor? Es decir, el posicionamiento de Sandino está dentro de un lazo centro-periférico en el que lo clásico (ajeno) se une a lo otro (propio) para crear ese universalismo que construyo por medio

de su gesta, pues para nadie es un secreto que su hazaña ocupó por mucho tiempo los titulares de los periódicos más grande de la época, como más tarde sucedió en Julio de 1979 y en el recién pasado 2006.

Sandino, por medio de la entrevista de Román, crea un discurso colmado de una extraña lógica interna en el cual la verdad, hasta ese momento articulada desde arriba, es de/construida para brindarle paso a una nueva forma de entender las relaciones sociopolíticas y a la vez históricas, de ahí que el general constantemente interpele a Román para que este cuente siempre la verdad.

Encierra la filosofía, el pensamiento y la praxis de Sandino que nos demuestra Román en esta obra, un elemento antropológico predominante en el General que aspira a la unión con Dios por el amor y la voluntad, a un connubio místico que nos hace amar en Dios a las criaturas: «Como le digo, la gran fuerza primera, esa voluntad, es el amor. Puede usted llamarle Jehová, Dios, Alá, Creador», le responde al periodista Ramón de Belausteguigoitia en Febrero de 1933, frase que demuestra la finalidad edificante que persigue el proyecto sandinista, mediado por la figura y la imagen de Dios-Amor y que a su vez manifiesta la apertura de un Sandino que leía y consultaba no solo a Joaquín Trincado o a Barbíauz, sino a Ghandi como lo deja claro en carta fechada el 16 de julio de 1933. Un Ghandi que, al igual que el propio Sandino, podríamos decir inventa el nacionalismo. Por ello es que ambos se oponen a lo que en palabras de Edward Said, han sido dos de los imperios más geófagos en la historia de la humanidad.

Por ello es que la muerte de Benjamín Zeledón, la ex-

plotación en las zonas petroleras, el tratado Chamorro-Bryan, la invasión norteamericana e ideologías americanistas que absorbiera en México como la Raza Cósmica de José Vasconcelos, lo mismo que la espiritualidad que le brindaron no solo Barbíauz o Trincado, sino el mismo Mahamat Ghandi como bien lo decíamos arriba, serán lo racional teleológico a través de lo cual se articula su pensamiento y la expresión del mismo, sea por medio de la dimensión mística o a través de la lucha armada o en muchos casos de su licuación.

Empero si se parte de esta lectura, Sandino estaba consciente que la justicia o en buena medida lo que se le denomina felicidad es una porción de la lucha que debe sacar al pueblo de aquella Arcadia originaria de la que habla Enrique Dussel que solamente estatifica a los hombres y que a la postre los vuelve campesinos ignaros y embrutecidos (Lynch, 2004). Dicho de otra manera, para Sandino es necesario que el pueblo rompa el determinismo natural que lo ha aprisionado desde los inicios. Sandino con ello logra una reconversión de las viejas utopías, una representación que coincide con lo más fino del pensamiento cooperativista de Cronwell y el resto de utopista pre/marxistas y marxistas también.

No es gratuito que en esta obra el General hable de forma directa de las cooperativas, así como de las escuelas de lo cual se advierte que más que imaginable la sociedad, es posible. Dentro de ello cohabita una especie de locus extremis que conlleva a la realización de la Justicia y el Bien y de esta forma completar el sueño prometeico que enuncia el principio práctico en el que cada uno traspone los límites de su individualidad para

hacer propios los propósitos de la colectividad.

Así que con esta obra cumbre en lo que refiere a entrevistas, reportajes, vivencias o visitas de campo en la Nicaragua asediada por la invasión norteamericana y defendida por el denominado Ejército Loco, y que nos ubica en perspectiva, en lo que refiere a este hecho y sus múltiples implicancias en la historia nacional, la editorial Amerrisque inaugura esta colección Sandino que esperamos sirva para comprender, analizar y apreciar mejor y con mayor profundidad la gesta de ese héroe que dejó de ser nacional, para ser latinoamericano y universal a la vez.

Carlos Midence.

Lector

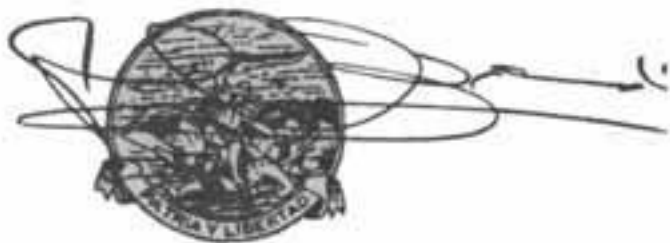
El joven poeta José N. Román, ha venido con nosotros hasta estos retiros de Bocay, en el Río Coco, ha oír de nuestros labios, relatos, detalles y proyectos pasados, presentes y futuros; tanto del suscrito como de los jefes y soldados con quienes hemos combatido la intervención norteamericana en Nicaragua. El hermano Román está escribiendo un libro sobre estos asuntos, y ha convivido fraternalmente con nosotros observando por más de un mes en estas regiones y lleva detalles documentales y verbales inmediatos e importante información que le proporcionamos confiados en su patriotismo y buena fé, y se le autoriza para su publicación, asegurándole éxito como historiador.

Aprovechamos esta oportunidad para saludaros fraternalmente.

Bocay, Río Coco, Las Segovias.

Nicaragua. C.A Marzo 13 de 1933.

PATRIA y LIBERTAD

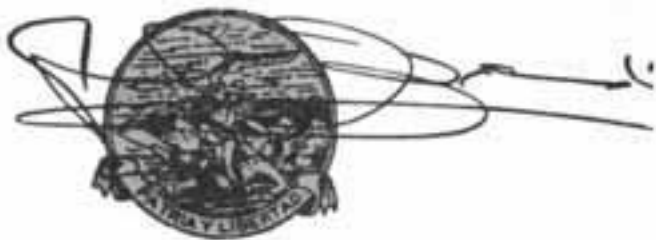


Credencias

El joven, hermano José N. Román, lleva nuestra representación personal, para saludar en nuestro nombre y explicar a los nicaragüenses y a todos los hombres del mundo, ya sea por escritos o conferencias verbales, nuestra Gran Cruzada de siete años de lucha armada por la Independencia de Nicaragua contra la intervención de los Estados Unidos de Norte América.

Extendemos el presente certificado en Ciudad Bocay, Río Coco, en Las Segovias de Nicaragua. C.A a los catorce días del mes de Marzo del año de mil novecientos treinta y tres.

PATRIA y LIBERTAD



Prólogo

EL contenido de este libro corresponde exactamente al borrador mencionado en su última página, pues al pasarlo en limpio casi cuarenta y seis años más tarde, las únicas alteraciones efectuadas han sido correcciones ortográficas.

Originalmente, por haber concluido el borrador unos tres meses antes de la fecha planeada, se proyectaba salir para Nicaragua al cumplimiento del compromiso previamente contraído esperando pues salir a fines de febrero de 1934 para arreglar lo de la publicación del libro, de acuerdo con los deseos del General Sandino. Dolorosamente, el veintiuno de este mes aconteció el asesinato de Sandino que hizo innecesario el viaje e imposible por todo este tiempo la publicación de la obra, por razones obvias.

Sin embargo, a pesar de este gran retraso, su contenido es tan importante hoy como lo fue entonces y las lecciones políticas que encierra, mucho, mucho más, pues el alcance de las mismas habría sido muy difícil de apreciar en aquellos días debido ala extraordinaria visión política del General Sandino, pero que hoy, a la luz de los últimos acontecimientos, el verdadero significado de las mismas no sólo se aclara, si no que hace resplandecer el genio del General Sandino con fulgores del más alto quilatage.

Por fin, pues, espero pronto tener la más grande satisfacción de mi vida al ver que este MALDITO PAIS no se quede, como las cartas del General Sandino a su novia de Niquinohomo, en borrador.

José N. Román

Nueva York, 10 de junio de 1979

Capítulo I

Este libro se refiere a un episodio muy importante, muy discutido, muy glorioso y muy trágico, no sólo para la historia de mi patria, Nicaragua, sino para toda la América Latina y también para los Estados Unidos. Trata de revolución de 1926 y su consecuencia, La Guerra de Sandino, o sea los siete años de guerrilla brutal y devastadora que sostuvo el Gral. Augusto Cesar Sandino contra las fuerzas de la Marina Norteamericana, la cual, no importa como se mire, constituye la primera derrota militar de los Estados Unidos de América.

Tendré que hablar en primera persona lo más del tiempo, porque esta obra trata exclusivamente de sucesos que por circunstancias especiales me involucraron personalísimamente haciéndome participar en ciertos aspectos, aparentemente opuestos, pero congruentes de esta historia.

Sucedió que a mediados de 1926, cuando yo tenía 19 años de edad, estalló la llamada revolución del 26 en Nicaragua. A principios de 1927 llegué a Nueva York, sólo, pero bien orientado en la trayectoria que había decidido darle a mi vida. Así pues, con un cartapacio conteniendo mi título de bachiller y algunos recortes de versos y artículos míos publicados en la revista "Centroamérica" y otras, previa cita, me presenté al despacho de Don José María Torres Perona a la sazón Director del diario "La Prensa", de Nueva York, el único diario de la ciudad publicado en español. Entonces Nueva York tendría quizá unos cuarenta mil habitantes de habla española, pero La Prensa tiraba unos treinta mil ejemplares diariamente, porque también era muy leída en otras ciudades del país.

Don José María: —Le dije yo— Yo sé que usted fue

secretario personal de Rubén Darío, por eso, como nicaragüense, me atrevo a venir a solicitarle trabajo y porque tengo pensado estudiar periodismo en Colombia y nada mejor para mis primeros pasos que estar al lado suyo, etc., etc.

Torres Perona, un hombre alto, de talante señorial, delgado, pulcro de indumento y palabra, afeitado, muy blanco y de bigotes muy finos y negros, sonrió apenas con su rostro faunescos y me cortó suavemente exclamando ¡Claro que sí! Fui secretario personal de El Maestro. Puede Ud. verlo en su autobiografía ¡La más grande gloria de mi vida! ... Después de media hora de conversación me dijo que le esperara un momento y se llevó mis papeles. Minutos después una secretaria llegó a escoltarme a un cuarto enorme lleno de estantes con papeles, libros y un gran mapa de Nicaragua con los nombres de Laguna de Perlas, Puerto Cabezas, Bluefields, Managua, etc., subrayados con papelitos teñidos en tinta roja. Así seguían los avances y noticias de la revolución, me dijo, pues diariamente, casi todas las publicaciones del país, tenían largos artículos y comentarios sobre Nicaragua. Frente a un escritorio antiguo y jorobado estaba Don Juan Camprubí, propietario de La Prensa.

Me preguntó por la revolución y por el Dr. Sacasa, su buen amigo personal. Me dio la mano y me dijo: —Buena Suerte. — Y regresé con Perona a su despacho. Era un jueves y el lunes siguiente principiaría a trabajar para reponer a un joven español que regresaba a la península. Me entrenaron como encargado de relaciones consulares, de asociaciones latinoamericanas y agencias de viajes y vapores para estar al día de las personalidades que en-

traban y salían en Nueva York: Festivales, recepciones y cosas similares que interesaran a los lectores. En los últimos días de Enero de 1927, un medio día, al regresar de mis rutinas de trabajo a las oficinas de La Prensa, me encontré a Torre Perona en su despacho en animada conversación con mi tío Alberto Orozco que andaba buscándome con urgencia. Sucedió lo siguiente:

La Agencia Confidencial en Washington del Gobierno Constitucional de Nicaragua del Dr. Juan Batista Sacasa, la manejaba su representante personal el Dr. Timoteo Vaca Seydel y dos secretarios Evaristo Carazo Morales, recién graduados en leyes y el Dr. Vicente Vita, graduado en Italia en Ciencias Económicas y quien además trabajaba en el Banco Federal de los Estados Unidos. La señora madre del Dr. Carazo Morales había enfermado de gravedad en Nicaragua y Evaristo tuvo que irse repentinamente. Necesitaba, pues, el Dr. Vaca Seydel un secretario idóneo y con urgencia porque la revolución estaba entrando a su fase final. Mi tío Alberto trabajaba en combinación con Vaca Seydel en asuntos de propaganda, de embarques de armas, voluntarios y demás actividades clandestinas de la revolución y fue quien me propuso a Vaca Seydel y había llegado a reclutarme. Le dije que no podía dejar La Prensa. Sin embargo, Torres Perona dijo ser muy amigo personal del Dr. Sacasa y de su esposa, Doña María. Sacasa ya estaba en Puerto Cabezas. Tanto Canprubí como Torres Perona eran ardientes partidarios de Sacasa y ayudaban al máximo con el periódico. Torres Perona arregló con el compañero español para que me esperara por tres meses. Allí mismo llamó a mi tío Vaca Seydel para informarle de mi aceptación y de inmediato nos fuimos a pagar por adelantado tres meses

de mi apartamento y del garaje donde dejé mi carrito Ford. Esa misma tarde salí para Washington, donde me esperaban Vaca Seydel y Vita.

La oficina de la Agencia Confidencial en Washington ocupaba un confortable apartamento en el primer piso de un pequeño y nuevo edificio en la calle 16, frente a frente a la Legación del Gobierno de Don Adolfo Díaz, cuyo Ministro Plenipotenciario era el Dr Alejandro César, caballero y diplomático, doctor en leyes y medicina de la Universidad de París y casado con Doña María Benard de César, exquisita, bella y gran dama. Con la Legación mantuvimos relaciones sociales muy cordiales, aunque siempre jugando esgrima en asuntos de política.

Llegué a Washington como a las once de la noche bajo una fuerte nevada. Allí me esperaban Vaca Seydel y Vita. No nos conocíamos personalmente, sino apenas por referencias, pero los tres congeniamos de inmediato y a pesar de las diferencias de edades, hicimos los tres una amistad cordial y sincera.

Mi trabajo consistía, primero, en revisar detalladamente todos los diarios y revistas que nos llevaban todos los días de una agencia situada en el Hotel Hamilton, así como también los recortes de La Prensa Nacional y Extranjera que nos enviaba una agencia especializada. Segundo, estar en contacto con las agencias más importantes de la revolución, principalmente con la de Costa Rica bajo la dirección de Don Clodomiro Urcuyo.

En Washington, México era nuestra más importante "palanca". Nos ayudaba en toda forma: económica, moral y social. El Embajador era el Dr. Manuel Téllez, pero yo me entendía con el Secretario, Julio Pulat. También Guatemala-

la y su Embajador, el Dr. Sánchez Latour, era otra gran ayuda y manteníamos estrecho contacto. Otro aspecto de mi trabajo fue de capa y espada, por ejemplo, acompañé a Vaca Seydel, Vita y mi tío Alberto para efectuar el último embarque clandestino de armas. Se realizó después de la media noche, en los muelles de Brooklyn, donde Víta logró conexiones con los capos Italianos, cuyas gentes operaban como gatos, en lo oscuro, decía uno de ellos.

Nos reconocían como Gobierno Constitucional de Nicaragua, además de los países ya nombrados, Argentina, Chile, El Salvador y algunos otros, de manera que a muchas recepciones diplomáticas, éramos nosotros los invitados.

Casi todos los diarios y revistas de Los Estados Unidos le dieron lugar prominente a este conflicto y muy especialmente desde que el Crl. Henry Stimpson salió para Nicaragua a bordo del Crucero Trenton con la representación personal del Presidente Calvin Coolidge, para arreglar una paz definitiva entre los Gobiernos del Dr. Juan Bautista Sacasa y de Don Adolfo Díaz

Uno de los objetivos de la Agencia Confidencial en Washington era mantener la protesta ante el Departamento de Estado y dar la mayor publicidad posible a nuestra causa. La Dr. Vaca Seydel fue una vez interpelada por el Congreso de los Estados Unidos por haber publicado artículos contra el Presidente Coolidge, acusándole de mentiroso. No pudieron desterrar a Vaca Seydel por ser casado con norteamericana, con hijos nacidos en el país, graduado en medicina radicado en los Estados Unidos por más de 25 años habiendo siempre observado una conducta ejemplar.

Contábamos también con la ayuda de algunos de los dirigentes del Partido Demócrata, quienes se valieron de la intervención de los marinos en Nicaragua para atacar a los republicanos. Sucedió que Don Adolfo Díaz, viéndose perdido, no obstante la ayuda extra oficial de los Estados Unidos, pide la intervención armada de los marinos, que le fue concedida. Inmediatamente el Almirante Latimer trasladó la flota que estaba en Bluefields, en el Atlántico, a Corinto en el Pacífico y acto seguido principiaron los barcos de guerra a desembarcar marinos y más marinos. Trenes y filas de camiones llenos de marinos y de armas. Así quedaron de nuevo los marinos instalados en Nicaragua para "proteger" vidas y propiedades norteamericanas.

Stimson, una vez en Managua, como ya las de la revolución estaban a las puertas de la Capital, le pidió una tregua a Moncada, General en Jefe del Ejército Liberal y envió a conferenciar con él, en Boaquito, al Capitán Frisby.

Ya el Dr. Vaca Seydel había cableografiado al Dr. Sacasa diciéndole que ordenara a Moncada no hacer ningún arreglo con Stimpson, sino a base de que los marinos desocuparan el país, porque varios senadores políticos de alta categoría de los Estados Unidos le aseguraban que si Moncada presentaba actitud resuelta, los marinos no pelearían por el terrible escándalo mundial que significaría para el Gobierno de Coolidge y los republicanos semejante guerra en Nicaragua, que lo único de que trataban, era de intimidar.

Sacasa contestó que Moncada tenía órdenes terminantes de no pactar y llegar, caso necesario, hasta el último sacrificio por Nicaragua.

En tal virtud Vaca Seydel pasa una nota que yo escribí a máquina y llevé personalmente al Departamento de Estado y que entregué a uno de los asistentes de Mr. Kellog, a la sazón Secretario de Estado. Esto fue a fines de Abril de 1927 y se le participaba que si no retiraba a los marinos de Nicaragua, el ejército del Gobierno Constitucional del Dr. Juan Bautista Sacasa, muy a su pesar se vería obligado a luchar contra los marinos de los Estados Unidos para defender los derechos y la soberanía de Nicaragua.

Esta nota fue reproducida y comentada en casi todos los diarios de los Estados Unidos y de otros países. Una hecatombe parecía inminente.

Mientras tanto, Moncada, después de las pláticas confidenciales con el Capitán Frisby, fue a Managua, habló extensamente Cnel. Stimpson y con Don Adolfo Díaz y arregló las cosas a su antojo y conveniencia personal. Días después se firmaba la paz en Tipitapa del 3 al 10 de Mayo de 1927 bajo un árbol de Espino Negro, anulando así, Moncada, a su Jefe el Dr. Juan Bautista Sacasa, traicionando a la revolución y a todos los que creían en el patriotismo nicaragüense. Moncada sostuvo que así convenía porque era absurda ridiculez, una quijotada, oponerse a la marina de los Estados Unidos y le habló a su Estado Mayor con estas tristes palabras que casi todos los que se han ocupado de su historia ya han citado: "YO no tengo deseos de inmortalidad, es decir, no quiero ser héroe. No quiero ser un Benjamín Zeledón ya estoy viejo y si puedo vivir algunos años más cuanto mejor. Les digo esto en cuanto a la imposición americana, o sea, que yo no iría a una lucha sin ninguna finalidad contra el ejérci-

to americano, por lo desastroso que sería para nuestro ejército y para el país en general...”

Solamente un soldado de la revolución tomó la bandera nacional y siguió la guerra empuñando las armas contra la intervención de los Estados en Nicaragua. Ese soldado fue el General Augusto César Sandino.

Al principio el reto de Sandino a la marina de los Estados Unidos pareció que sería solamente un gesto de la más alta heroicidad, que aunque resultara de muy poca duración, salvaría el honor de Nicaragua y de todos los pueblos que luchan contra las potencias coloniales. Se especulaba ¿Que podría hacer Sandino con sus pocos mestizos, sin escuela militar y con armas rudimentarias, contra las fuerzas militares del país más poderoso del mundo, con tantos barcos de guerra rodeando al país en el Atlántico y en el Pacífico, con innumerables aviones de combate y la última palabra en armamentos?...

Quizás precisamente por este contraste absurdo, desde el primer momento la Guerra de Sandino resultó una explosión mundial de publicidad nunca antes vista, sobre todo por acaecer en días de paz y prosperidad universal y porque la creencia general en los Estados Unidos y en todo el mundo era que aquello sería una escaramuza de unas pocas operaciones militares de “limpieza” —clean up—, como decía el jefe de la marina, Brigadier General-Logan Feland.

Sin embargo, los días pasaban y las emboscadas y evasivas de Sandino se multiplicaban y su publicidad, como es fácil de comprender, por las proporciones de David a Goliat, crecían en proporción geométrica a sus éxitos. El nombre de Sandino se agigantaba, tal vez más

que todo por la expectación constante que de un día para otro sería atrapado o exterminado.

El 15 de Mayo clausuramos la Agencia Confidencial y el 18 regresé a La Prensa en Nueva York. Me encontré con que súbitamente nadie entre los latinoamericanos se acordaba de la revolución ni de Sacasa ni de Moncada. Ahora Sandino era el héroe, el ídolo, el Superhombre Continental.

A medida que la resistencia de Sandino continuaba, no obstante el contraste de sus elementos bélicos con los millares de marinos y con los aviones norteamericanos, su estatura mundial crecía abrumadoramente. Diariamente aparecían pequeños mapas con pueblos y puntos remotos de Nicaragua donde se efectuaban batallas, asaltos, emboscadas y sorpresas militares. Los nombres de El Chipote, Yucapuca, Zaraguasca, Wanbán, Río Coco, etc., no sólo vinieron a ser del dominio público, sino que se convertían en nombres de tangos, corridos, rumbas y merengues. Poemas y más poemas de menores y grandes poetas en diversos idiomas y traducciones. De Henry Barbuiese, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Rafael Alberti y otros. Mientras, pasaba el tiempo y las guerrillas continuaban y llegaron a dominar la mayor parte de Nicaragua, para desesperación de la marina y del Departamento de Estado norteamericano. La figura de Sandino tomaba proporciones mitológicas y aunque oficialmente la marina y el Gobierno de Nicaragua le llamaran bandolero, para el público era el semi-dió de una gran epopeya viviente.

Todavía trabajando para La Prensa, solíame juntar con Salomón de la Selva, a la sazón en Nueva York. Frecuentábamos un "Speak—easy", especie de abrevadero oculto,

por lo de la ley seca, que en su exterior tenía apariencia de un pequeño restaurante, se llamaba "El Charro". Allí solían llegar Diego de Rivera que estaba trabajando en unos murales para Rockefeller Center. También llegaba el pintor Siqueiros, Edna St. Vincent Millay, Waldo Frank y otros artistas e intelectuales que no recuerdo. Se tomaban tequila y mezcal, pero sobre todo llegaban a conversar sobre problemas sociales, locuras geniales y sobre Sandino, que era el plato del día en las noticias. Salomón de la Selva estaba casado con la Señora Castrillo de Managua y bautizó a su primogénito con el nombre de Sandino de la Selva

Desde Moscú el Sexto Congreso Mundial envió fraternal saludo a los obreros y campesinos de Nicaragua y al Ejército del General Sandino.

El Primer Congreso Internacional Antiimperialista en Frankfurt, Alemania, adornó su estrado con una bandera de los Estados Unidos, capturada por Sandino. El Gral. Sandino recibió, entre otras, felicitaciones de Nehru, de Katayama Sen y de Madame Sun Yat-Sen, por su gloriosa actuación.

En 1928 las tropas del Kuomintang, en China, entraron victoriosamente en Pekín, llevando en alto un enorme retrato del Gral. Augusto Cesar Sandino y una división de avanzadilla de dicho ejército, se llamaba "División Sandino".

Cumplido mi objetivo en Nueva York, previo aviso, dejé La Prensa y salí rumbo a México, vía Filadelfia y Washington. En Washington estaba, recién llegado de Ministro Plenipotenciario de Nicaragua, el Dr. Juan Bautista Sacasa. Ocupaba una gran mansión en Meridional Hill Park, frente a la calle 16 y con el me quedé un par de

meses sirviéndole de Secretario Privado. El Doctor pidió que me nombraran Attaché, pero el Gral. Moncada se opuso a mi nombramiento. En ese ínterin, como aun no había llegado la familia del Doctor a Washington, mucho del tiempo libre lo pasábamos conversando sobre la Agencia Confidencial, etc. Un día, poco antes de marcharme y después de darme cuenta de la manera casi ignominiosa con que Moncada le trataba, retrasándole los sueldos y manteniéndole prácticamente al margen, pues estaba en Washington por imposición del Departamento de Estado, que con Sacasa en Washington y Moncada en la Presidencia de la Republica consideraba justificada su política en Nicaragua, me atreví a preguntarle directamente al Doctor: Dígame por favor, aquí ínter-nos ¿Por qué permite que le trate así este Moncada? ¿Por qué aceptó este cargo?

—Hijo, — me respondió. Y estoy transcribiendo de apuntes míos, memorizados y transcritos — después de la charla: “Ha sido para mí una pena muy grande el haber aceptado este cargo. Mi primer impulso fue rechazarlo, pero filosofando detenidamente y en consulta con liberales muy prominentes y patriotas, resolvimos que si no aceptaba yo, cualquiera otro aceptaría, lo que podría resultar grave para Nicaragua. Todos me exigieron, como un sacrificio y por mi patriotismo, arriesgarme a la severa crítica de mis simpatizadores, ignorantes de mis intenciones y de mi política. Comprendí, pues, que debía de hacer este último sacrificio en el que me jugaba, no mi vida, que en comparación no vale nada, si no mi honor y mi nombre y así lo he hecho. Dios sabe la rectitud de mis intenciones y al final me juzgará la historia”. Esto fue en Marzo de 1928.

Vinieron las elecciones presidenciales de 1932 en Nica-

ragua. Las supervigiló el Almirante Woodward con su numeroso cuerpo auxiliar del U. S. N. El Dr. Juan Bautista Sacasa fue el candidato del Partido Liberal con el Dr. Rodolfo Espinoza como Vicepresidente, ambos muy contra la voluntad de Moncada, quien llegó hasta el extremo de dividir el partido por oponérseles. Don Adolfo Díaz y el Gral. Emiliano Chamorro, como Presidente y Vice-Presidente respectivamente, fueron los candidatos del Partido Conservador. Ganó el Dr. Sacasa con una mayoría abrumadora.

El primero de Enero de 1933 el Dr. Juan Bautista Sacasa tomó posesión de la Presidencia de Nicaragua. El día siguiente dos de Enero salieron del país los últimos marinos norteamericanos, que hasta ese momento y desde el día siguiente de la Paz de Stimpson del Espino Negro, pelearon una guerra sin cuartel contra el Gral. Augusto César Sandino y sus guerrilleros y tal como Sandino lo había anunciado desde el comienzo de su guerra, que no dejaría de luchar contra los Estados Unidos hasta que le mataran o saliera el último marino norteamericano de Nicaragua ¡Así fue ! El 2 de Febrero de 1933 pasaba yo por la puerta del Hotel Palace, en la calle 15 de Septiembre de Managua, recién construido después del terremoto, cuando un joven alto, atlético y rubicundo que venía saliendo, me saludó con voz muy alegre y recia:

¡José!

Menos de un segundo me tomó reconocerle. Era el aviador Rafael Espinoza Altamirano, amigo de la infancia y que a la sazón residía en México. Después de un fuerte y corto abrazo me llevó, abrazados a la puerta de un automóvil oficial que le esperaba a la entrada del hotel.

—Sube me dijo— Pero rápido que no hay tiempo que perder

—Pero ¿A dónde vamos? Yo tengo mucho que hacer le dije, ya sentado en el coche. Nada puede ser más importante ni más oportuno que esta invitación, más para tí que eres periodista. Y aunque íbamos solos en el asiento de atrás, me dijo al oído:

—Vamos a encontrar al General Sandino solamente el Dr. Sacasa, el Gral. Somoza y yo lo sabemos hasta el momento.

—Y mientras el coche zigzagueaba el tráfico, lo más raídamente posible, Rafael, Continuó:

—Mira, se esperaba una serie de conferencias, de dimes y diretes y de arreglos preliminares entre los segundos de Sandino y los de Sacasa y por esa razón el Gral. Fierro de la aviación mexicana decidió cederle al Gral. Sandino, para todas sus operaciones de paz, un avión Ryan de su propiedad. Julio Sinzer es el piloto, y yo vine de copiloto. Pero resulta que abruptamente el Gral. Sandino decidió venirse sólo a Managua para arreglar todo personalmente con el Presidente Sacasa y evitar los politiqueos y complicaciones de todos esos segundos. Hará media hora que me llamó Sinzer de Jinotega informándome que ya iban a salir y pidiéndome le esperara en el aeropuerto. Para allá vamos. Rafael estaba visiblemente excitado y se apretaba las manos. Yo, atónito, apenas si le creía.

—Mira, parece mentira, hasta este momento sólo el Presidente Sacasa, el Gral. Somoza y nosotros dos, como ya te dije, sabemos de seguro que Sandino está en el aire, presto para aterrizar de un momento a otro en Managua.

—Llegamos los primeros al campo de aviación “Zacarías” y casi al mismo tiempo el Teniente Cousin con dos camionetas llenas de guardias nacionales y tras de ellos una limousine de la presidencial con algunos políticos

Rafael, que estaba mirando al cielo una mano como visera, gritó:

— ¡Allá viene!

—Se divisaba un puntito negro en el cielo y Cousin le dijo sonriendo:

—Ese es un zopilote.

—¡No señor! — Contestó Rafael sin dejar de mirar — Ese es el Tomochic! Ya verán.

—En efecto, el punto negro fue creciendo y el Tomochic dio una vuelta sobre la loma presidencial, haciendo saludos con las alas y en el campo Zacarías, frente a los edificios del aeropuerto.

Se abrió la portezuela y apareció la figura diminuta y sonriente de Sandino con su sombrero y botas típicas.

El Teniente Cousin, después del saludo militar de orden, le abrazo gritando: ¡Que viva el Gral Sandino! Grito que todos contestamos.

Como por arte de magia, el campo Zacarías se llenaba de gente. Viejos, niños, ricos, pobres, en coche, a pie

—Hermanos nicaragüenses, aquí está Sandino y ahora les trae la paz.

—Quisieron levantarlo en peso, pero no permitió a nadie arrimarse

Mientras tanto, todos los presentes gritaban y estaban como locos. Sandino subió a La limusina y dijo: — A la

Casa Presidencial parecía estar nervioso.

Al pasar frente a la Legación de los Estados Unidos, en Chico Pelón, se sumo el Gral. Somoza y se detuvieron las comitivas. Sandino y Somoza se bajaron de sus coches y se abrazaron y, en el automóvil de Somoza, que dio la vuelta en redondo, juntos siguieron a la Presidencial. Detrás de ellos íbamos Sinzer, Altamirano y yo. Después llegó en otro coche el Gral. Abaunza y nos siguió, lo mismo que varios coches y los de la guardia y a gran velocidad, con las sirenas rompíamos las leyes de tránsito y corríamos contra las vías.

La Casa Presidencial ya estaba llena de políticos, periodistas y guardias. El Gral. Sandino, sus delegados y varios altos políticos se fueron a conferenciar en privado. Cuando el Presidente Sacasa llegó a unirse con ellos, al entrar, se dio un fuerte y largo abrazo con Sandino, quien dijo estas textuales palabras a Sacasa:

"Sandino viene personalmente a hacer la paz con el caballero presidente sacasa y no pide nada, ni siquiera su firma. Doctor: A mi me basta con su palabra. De aqui en adelante sere su brazo derecho".

Sacasa le contestó:

—General sandino: "Usted es bienvenido al palacio presidencial de su patria y a la casa particular de juan bautista sacasa? Quien le abraza como presidente y hermano suyo en la patria y como su rival en el amor a nicaragua y por la paz que nos brinda y con la que le correspondemos".

Y así, el 2 de Febrero de 1933 se hizo la paz en Nicaragua. Selladas por dos hombres rivales en amarla, Sandino y Sacasa. Dos caballeros que le dieron más importancia a sus palabras que a los sellos y trámites oficiales

Pero, para que quedara constancia para la historia, insistieron los otros en que se llamara a Conservadores y Liberales y a los representantes de Sandino y a los de Sacasa, para que todos conjuntamente elaboraran el Convenio de Paz Nacional. "Para que todos seamos responsables del destino de Nicaragua".

El Palacio Presidencial tuvo que ser patrullado por cordones de guardias porque millares y millares de hombres, mujeres y niños, sin exagerar, casi todo Managua, gritaban y sitiaban el palacio batiendo al aire banderas y pañuelos con vivas al Gral. Sandino y pidiendo le que se dejara ver un minuto siquiera.

Convenio de Paz

Salvador Calderón Ramírez, Pedro J. Zepeda, Horacio Portocarrero y Escolzstico Lara, presentantes del Gral. Augusto C. Sandino y Crisanto Sacasa y David Stadthagen, representantes respectivamente de los partidos Liberal y Conservador, convencidos plenamente de la necesidad de la paz en la República, han convenido en el siguiente concierto armonioso que tiene como cimiento el sincero amor que les inspira el porvenir de Nicaragua y los altos sentimientos de honor a los cuales rinden homenaje los firmantes.

1º. Los representantes del General Augusto C. Sandino declaran, ante todo, que la cruzada en que han estado empeñados él y su ejército, ha propendido a la libertad de la Patria y de consiguiente, en el momento actual, en consignar eso a nombre de su representado. Su absoluto interés personal y su irrevocable resolución no exigir ni

aceptar nada que pudiera menoscabar los móviles y motivos de su conducta pública. Quiere él, pues, asentar como principio inamovible que ningún lucro o ventaja material aspira a conseguir. En vista de las precedentes manifestaciones de elevado desinterés, los representantes de los partidos Conservador y Liberal Nacionalista rinden homenaje a la noble y patriótica actitud del referido General Sandino.

2°. El General Augusto C. Sandino, por medio de sus delegados, y los representantes de ambos partidos declaran: Que en virtud de la desocupación del territorio patrio por las fuerzas extrañas, se abre indudablemente una era de renovación fundamental en nuestra existencia pública; que este suceso es de vital trascendencia en nuestros destinos nacionales y que disciplinados por una dolorosa experiencia, consideran como deber imperativo fortalecer el sentimiento colectivo de autonomía que con unánime entusiasmo conmueve a los nicaragüenses. A fin de acrecentar tan nobilísima tendencia, los que suscriben el presente pacto convienen en señalar como punto capital de sus respectivos programas políticos, el respeto a la Constitución y a las leyes fundamentales de la República y en mantener por todos los medios racionales, adecuados y jurídicos, el resplandecimiento en toda su plenitud de la soberanía e independencia económica de Nicaragua.

3°. Los delegados del Gral. Sandino y los de los partidos reconocen la conveniencia de cimentar patrióticamente la paz en el territorio de la República, mediante la dedicación fructífera al trabajo de los hombres que militan al mando del Gral. Augusto C. Sandino y asimismo mediante el abandono gradual de sus armas, para conseguir de manera segura la normalización de la

vida de esos hombres en las actividades del trabajo al amparo de las leyes y las autoridades constituidas, se adoptaron las siguientes medidas:

a) El Ejecutivo presentará al Congreso Nacional la iniciativa de indulto amplio por delitos políticos y comunes conexos cometidos en el período que se comprende del 4 de Mayo de 1927 hasta la fecha de hoy y de la cual gozarán todos los individuos del ejército del Gral. Sandino que dentro de 15 días de la promulgación de tal decreto depusieran las armas, e igualmente todos los que con autorización del Gral. Sandino, prometieren deponerlas dentro de tres meses incluyéndose en los beneficios de amnistía, así a personas del mencionado ejército que podrán conservar sus armas temporalmente para el resguardo del terreno de la zona baldía en que tengan derecho de fincarse y laborar todos los que hubieren pertenecido a dicho ejército.

b) Para representar la autoridad administrativa y militar del Gobierno de la República en los departamentos del septentrión comprendiendo especialmente la zona destinada a las labores de los individuos del ejército del Gral. Sandino y también para recibir paulatinamente las armas de éstos, el Ejecutivo nombrará como delegado suyo a Don Sofonías Salvatierra, a quien le entregará el Gral. Sandino, dentro de 20 días de esta fecha no menos del 25% de las armas de cualquier clase que tenga su ejército.

c) La zona de terreno baldío destinada para las labores a que se refiere el inciso a) de este acuerdo, habrá de localizarse con suficiente amplitud en la cuenca del río Coco o Segovia, o en la región en que convinieren el Gobierno y el Gral. Sandino, debiendo quedar esa zona distante no menos de diez leguas de las poblaciones en que

actualmente hay régimen municipal.

d) Los Jefes del resguardo de los 100 hombres armados que se permitirá conservar, serán nombrados por el Gobierno como auxiliares de emergencia, escogiéndoles de acuerdo con el Gral. Sandino entre los miembros capacitados del ejército de éste, pero si después de un año de la promulgación del decreto de amnistía fuese conveniente a juicio del Gobierno mantener el antes dicho resguardo de 100 hombres armados o de menor número, el nombramiento de los respectivos Jefes será al arbitrio del presidente de la República.

e) El Gobierno mantendrá en toda la República y especialmente en los departamentos del Norte, por el término mínimo de un año, trabajos de obras públicas en los cuales dará colocación preferente a los individuos del ejército del Gral. Sandino, que lo solicitaran y se sometieren al régimen ordinario establecido en éstos.

4º Por el mismo hecho de suscribirse este Convenio cesará toda forma de hostilidades entre las fuerzas de una y otra parte, o sea del Gobierno Constitucional que preside el Dr. Juan B. Sacasa y las del Gral. Augusto C. Sandino, para la inmediata mayor garantía de las vidas y propiedades de los nicaragüenses y una vez que se firme en definitiva el presente pacto por la aprobación del Gral. Sandino y la aceptación del Presidente de la República, que dará toda la gente del Gral. Sandino bajo el amparo de las autoridades constituidas y en consecuencia, obligada a cooperar en la conservación del orden público.

5º. Para facilitar el desarme de parte de las fuerzas del Gral. Sandino y dar abrigo provisional a éstas, se designa la población de San Rafael del Norte, encargándose

al mismo General Sandino el mantenimiento del orden durante el tiempo que el Gobierno juzgue conveniente.

En fe de lo pactado, se firman dos tantos de igual tenor, en la ciudad de Managua, el día dos de Febrero de 1933.

(Firmas) S. Calderon R. Pedro José Zepeda. E. Lara, H. Portocarrero, D. Stadthagen, Crisanto Sacasa. Aprobado Y Ratificado En Todas Sus Partes. Managua, D. N., 2 De Febrero De 1933. "Patria Y Libertad".

A. C. SANDINO (Aquí un sello alegórico). Aprobado en todas sus partes. Managua, D. N., 2 de Febrero de 1933 - Juan B. Sacasa, Presidente de Nicaragua.

A los Nicaraguenses

Es para mí satisfactorio poder comunicar que, mediante la cooperación de los partidos políticos del país y la buena voluntad del Gral. Augusto C. Sandino y de sus delegados, ha logrado mi Gobierno obtener la pacificación de la República. En este paso de la más alta trascendencia para la vida nacional, después de los hondos quebrantos e innúmeras penalidades que ha sufrido el país, se ha consultado el interés de todos los nicaragüenses procurando dar de lleno, en la forma que se ha juzgado más adecuada y patriótica, al anhelo general de la tranquilidad pública y a la imperiosa necesidad de devolver a las regiones del septentrión los beneficios de una vida de orden y de trabajo.

El Presidente espera que cada uno de los miembros de los Altos Poderes del Estado, de las Corporaciones Municipales, de las autoridades todas de la República, lo mismo que de los particulares, la más decidida y patriótica cooperación para que, con el esfuerzo de cada cual en la esfera de sus actividades, llegue a todos los ámbitos de Nicaragua la paz cimentada con las más halagadoras esperanzas para la felicidad de la Patria y para el mantenimiento de su prestigio como nación culta y soberana.

Managua, D. N., 3 de Febrero de 1933

(f) JUAN B. SACASA

Al Dr. Sacasa le censuraron acremente por haber hecho la paz. El periódico "La Noticia" de Managua, algunos inconformes consuetudinarios y varios tenientes de la Guardia Nacional que habían estado siete meses en la Academia y lamentaban la paz por haberles privado de la "oportunidad de haber traído amarrado al bandolero de Sandino".

Pero el Dr. Sacasa fue felicitado por:

Don Adolfo Díaz, Gral. Emiliano Chamorro, Gral. José M. Moncada, Gral. Jorge Ubico, Presidente de Guatemala, por el Presidente de México y una larga lista de Jefes de Estado y personalidades mundiales. Además por Henry L. Stimpson, el Senador Borah y otros miembros del Senado de los Estados Unidos de América.

La misma noche del 2 de Febrero de 1933. A los cinco minutos después de la media noche, según el reloj de la Casa Presidencial, se firmaban los pactos que habían elaborado los políticos, pero el Gral. Sandino sacó su reloj y dijo: "Las 11:45, hora de la montaña" y el reloj de la Casa

Presidencial retrocedió a la hora de la montaña.

En el Palacio Presidencial la alegría era inmensa y además de los políticos se encontraban algunas muy importantes damas como Da. María de Sacasa y Maruca, esposa e hija respectivamente del Sr. Presidente, Señora de Cordero Reyes, Sra. de Debayle, Sra. de Zelaya y muchas otras, quienes todas a esas horas de la noche salieron por las calles de Managua junto con sus señores esposos y otros políticos y en una manifestación de júbilo y alegría vivaban a Sacasa y a Sandino. La Banda de la Guardia Nacional tocaba incesantemente el Himno de Nicaragua y otras marchas nacionales.

Se resolvió no celebrar tan fausto acontecimiento con 21 cañonazos para no asustar a la ciudad, aunque en realidad no dormía sino que se había volcado a las calles viviendo y festejando.

—Solamente el terremoto ha conmovido más a Managua. Que la súbita venida del Gral. Sandino. — Dijo el Gral. José María Zelaya.

Se oía por todas partes un sólo grito: —Llegó la paz. ¡Que viva Sandino!

En un momento oportuno, Sinzer, a quien Sandino mostraba gran diferencia, nos había llevado a Altamirano y a mí al lado del General, presentándonos de manera muy especial. No perdí tiempo en pedirle una entrevista. Me preguntó mi nombre que anotó en una pequeña cartera que llevaba en una bolsa de pecho de su chaqueta.

—Si Ud. se atreve y puede ir a San Rafael del Norte, con mucho gusto hablaremos, pero es muy peligroso en estos días porque aun no se sabe por allá de la paz.

Algunas personas intentaron acercarse, pero el General les hizo con la mano señal muy pulcra pero definitiva, para que esperaran.

—Bueno — Continuó el General — le voy a dar un salvo conducto. — De la misma carterita sacó una hoja ya escrita y sellada con su famoso sello. Le puso mi nombre, la firmó y me la dio.

Decía: Salvo Conducto para el hermano José Román. Gracias General, le dije, al menos me tendrá tan pronto como pueda transportarme.

—Miren ustedes que cosas, —nos dijo a los tres, de muy buen humor, sonriendo y poniéndome una mano sobre el hombro. —Román, Ud. tiene que ser de Jinotepe. —Si Señor, mi padre es y mis abuelos fueron de allí.

—Qué cosas, —continuó Sandino dirigiéndose a Zinzer: Román es de Jinotepe, Somozas de San Marcos, Moncada de Masatepe, Sandinos de Niquinohomo. Todos de Los pueblos de la misma meseta central, más o menos 20 kilómetros entre pueblo y pueblo. —Y volviéndose a Altamirano dijo: ¿Es Ud. de los Altamiranos segovianos? — ¡Por supuesto General! Mi madre, mi tío Adolfo Altamirano.....

—Ah. . .Adolfo Altamirano, ¡Gran hombre! Sabe Ud., el Gral. Pedro Altamirano, es de los mismos Altamiranos. —Después de siete minutos, más o menos solos con el General, llegaron unos políticos encumbrados y se lo llevaron.

Poco pasada la media noche regresamos al hotel. Sinzer no quiso tomar ni una copa. Tenía que pilotear por la mañana. Pero Rafael y yo sí. Nos tomamos un par de dobles para calmar las emociones del día.

En la mañana del 3 de Febrero el pueblo entero de Managua pedía a Sandino con locura que se dejara ver. Que querían hacerle una manifestación monstruosa... Se lo dijeron al General y el contestó:

Las manifestaciones sirven para las propagandas políticas y para prometerle al pueblo. Yo no tengo nada que prometerles. He trabajado y luchado por el pueblo sin decírselo y sin que me miraran. Además, no me gusta llamar la atención. Se lo agradezco en el alma al pueblo de Managua, pero ahora no es tiempo de eso. Otro día.

—Después de haber posado para fotografías con sus delegados, con el Dr. Sacasa y con el Gral. Somoza, envió el siguiente saludo al pueblo de los Estados Unidos de América.

—Envío un saludo al pueblo norteamericano. Necesitamos conocernos para que nuestra vida continental sea de cooperación. Los pueblos hispanoamericanos y los del norte deben de ser como hermanos que cuiden juntos del continente. Mirando hacia el Pacífico y hacia el Atlántico, Repito, como hermanos, pero que ninguno quiera atentar contra la libertad o la independencia del otro. Así, hermanos del Continente Americano, Nuevo Mundo debe ser la tierra de los pueblos efectivamente libres. Un saludo y mi abrazo fraternal al pueblo de los Estados Unidos. Patria y Libertad. Augusto C. Sandino. —Y después, abrazado con el Dr. Sacasa, - llamó la atención a los corresponsales, a Mr. Downing y Mr. Fritz, y a otros norteamericanos más que estaban presentes y les dijo, volviéndose a Sacasa:

—Doctor: Este chaparrito enlodado, es el mismo que estuvo en la montaña peleando siete años, sólo que aho-

ra se ha convertido en un soldado de la paz y brazo derecho suyo. Este es el terrible bandido de Sandino.

—Sacasa, conmovido, le estrechó en fuerte abrazo y le dijo:

—General Sandino: ¡Usted es un bandido sublime y glorioso! Usted es el héroe más grande de todo el continente, a quien Juan Bautista Sacasa le rinde las gracias en nombre de Nicaragua.

Y Sandino partió del Palacio Presidencial a tomar el Tomochic y regresar a Las Segovias. Muy temprano el campo Zacarías estaba lleno con millares de personas de todas las clases sociales, así como oficiales del Gobierno. Hombres, mujeres y chiquillos que tenían que ser detenidos por los guardias, que en parte por acercarse a Sandino, olvidaban a ratos su papel de muralla.

El tumulto era increíble y antes de tomar el avión cientos de cámaras funcionaban y todos querían abrazar a Sandino y como el pueblo le pidiera unas palabras, el se paró sobre la pasarela en la puerta del Tomochic y cruzando su diestra al pecho, mientras la multitud le escuchaba reverentemente, resonaron sus palabras:

—Hermanos nicaragüenses: Estos trascendentales momentos están diciéndole al mundo que los nicaragüenses somos capaces para gobernarnos por nosotros mismos, como todo pueblo libre y que sabremos desarrollar nuestras actividades y engrandecer a esta Patria que estuvo sometida a dura esclavitud por muchos años. Me tocó en suerte lograr su libertad tras una larga y feroz lucha. Ahora he traído la paz. En adelante sólo de ustedes los nicaragüenses depende saber mantener esta independencia que tanta sangre y sacrificio nos ha costado.

—El pueblo estalló en una tempestad de vivas y aplausos y mientras continuaba la ovación tempestuosa y sonora, el Tomochic hábilmente piloteado por Sinzer, se elevó serenamente llevando al Gral. Sandino de regreso a sus montañas. Espinoza, Altamirano y yo regresamos al hotel a esperar a Sinzer quien regresaría más o menos en tres horas de tan corto, pero histórico vuelo. Para su regreso planeamos un “vaciloncito” a la mexicana, para hacer comentarios y amortiguar tan insólitas emociones.

Capítulo II

Después de una serie peligrosa de peripecias, de pasar retenes sandinistas y de la Guardia Nacional, lo que logré gracias al salvo conducto de Sandino y a un pase especial que me extendió el Jefe del Estado Mayor de la Guardia Nacional, viajando en automóvil, en camión carguero y finalmente en mula, después de siete días como de episodios de películas policíacas, por fin llegué a San Rafael del Norte el 17 de Febrero. Catorce días después de haberse firmado la paz en Managua.

Entré a San Rafael en mula. Serían como las cuatro de una tarde nublada, húmeda y fría. Allí estaban acantonados como tres mil sandinistas entre reservas y soldados efectivos. Ya solamente faltaban de reconcentrarse unas pocas columnas de las que se encontraban más lejos.

Primero fui a saludar al Gral. Sandino. Me recibió muy afectuosamente. Allí estaba Don. Sofonías Salvatierra, del Gabinete del Dr. Sacasa y Delegado del Ejecutivo, quien amablemente me invitó a hospedarme en la casa de la Misión.

San Rafael estaba bajo el control de las fuerzas sandinistas y diariamente llegaban nuevas columnas armadas de rifles, pistolas, escopetas y machetes. Era notable el orden que se observaba en la ciudad: No hubo ni un sólo pleito, ni escándalo ni borrachera. Los delegados de la Misión del Gobierno se sorprendían de ver el comportamiento ejemplar de toda aquella gente tan ordenada y disciplinada.

El Crl. J. Rigoberto Reyes, Jefe del Área Central de la Guardia Nacional, estaba acompañado del Dr. Maradiaga, G. N.; sus dos ayudantes, los tenientes Praslin, G.N. y Bistling, G.N.

También acompañaban al Crl. Reyes diez rasos de la Guardia Nacional. El Coronel tuvo la amabilidad de cederme una camita militar plegadiza, muy angosta y la que los soldados colocaron a la par de la del coronel, pues aquel edificio era realmente un sólo galerón de un piso. El Crl. Reyes parecía un hombre muy recto, pero de muy buenos modales. Allí nos tocó pasar largas horas friolentas, conversando e hicimos una buena amistad personal.

Al día siguiente de llegado yo, la orquesta de Sandino le llevó una serenata al Crl. Reyes a la que asistieron muchos soldados y pueblo cantando en coro canciones populares segovianas y del ejército sandinista, así como canciones en boga. Concurrieron todos los Miembros de la Misión y varios jefes sandinistas. Pasamos un rato muy divertido, pues fue un cambio oportuno en aquellos días tan monótonos.

El 22 de Febrero por la mañana tuvo lugar la ceremonia de la entrega de las armas, cuya- Acta Oficial a continuación transcribo:

Acta de Cumplimiento

En San Rafael del Norte, a las cuatro de la tarde del 22 de Febrero de 1933, el General Augusto Casar Sandino procedió a verificar la entrega total de las armas que portaba su ejército al Gobierno Constituido de la República, en virtud de la paz firmada en Managua, el 2 del corriente, entre los Delegados del propio General Sandino y los Representantes de los partidos políticos. En efecto, estando presente el Sr. Delegado del Ejecutivo

en los Departamentos del Septentrión, Don Sofonías Salvatierra, el Sr. Agregado Militar de la Delegación, Coronel Rigoberto Reyes, el Tesorero y Colaborador y Guarda Almacén de la misma Delegación, Señores Gustavo Arguello Cervantes y Julián Roiz, respectivamente, y el señor Dr. Pedro José Zepeda, Dr. José Ángel Rodríguez, el General Sandino hizo entrega al Delegado de las armas siguientes. Las cuales a su vez recibe en este mismo acto el Sr. Agregado Militar Coronel Reyes en la forma en que se expresa en esta misma acta:

1°. 14 rifles Springfields, 55 rifles Concón, 199 rifles Krag, 23 rifles Winchester, 8 rifles Mausser, 28 rifles Infumes, 8 rifles remington, 6 escopetas de cargar, rifle remington calibre 22, 2 rifles Mausser sin culata, 2 rifles Krag sin culata, 1 rifle Springfield sin culata, 10 ametralladoras Thompson, 9 máquinas ametralladoras Browning, 2 máquinas ametralladoras Lewis, 3.129 tiros para las armas anteriores.

2°. En virtud del convenio de paz se ha organizado un cuerpo de emergencia de 100 hombres de los que acompañaron al Gral. Sandino y para armarlos se han tomado de las armas anteriormente mencionadas, las siguientes: 5 máquinas Thompson, 8 máquinas Browning, 2 máquinas Lewis, 11 rifles Springfield 71 rifles Krag y 3.129 tiros para las armas anteriores.

3°. 4 ametralladoras Thompson, 10 rifles Krag. El general Adán Gómez lleva 12 rifles Krag para entregarlos a la autoridad del Gobierno en Río Grande. Además, el Gral. Sandino declara que en la montaña tiene un número de rifles de los llamados Concón y de otras clases, cuya cantidad y estado no puede precisar, pero que du-

rante los dos meses que siguen de esta fecha comunicaría al Gobierno, a efecto de que disponga lo que crea conveniente. También manifiesta el expresado General, que tiene una cantidad de dinamita en no muy buen estado y que la utilizaría en romper los raudales del Río Coco para facilitar su navegación; asimismo dice, siendo tan poca la cantidad de tiros de rifles que posee, piensa que deben ser entregado a los 100 hombres de Emergencia que se han armado a la orden del Gobierno, de la cual cantidad también tomará el una dotación proporcional para la Guardia Particular que estaría bajo su mando, según se expresa en esta acta.

El señor General manifiesta que en armonía de los sinceros ideales patrióticos que le han animado en su pasada campaña, las armas declaradas es el total con que contaba su ejército, armas que fueron todas conquistadas en la misma campaña.

Por fe de lo expuesto, se firman cuatro tantos de un mismo tenor. Al fin de esta Acta entrega otras armas que acaban de llegar.

(Firmas) A. C. Sandino. Sofonías Salvatierra. Roiz, Pedro José Zepeda, J. Rigoberto Reyes, G. N. C. Arguello C. José Ángel Rodríguez. R. Delgadillo. Sria.

En San Rafael tuve la oportunidad de empezar a tratar de cerca al General Sandino y a casi todos los generales de su Estado Mayor.

El 23 de Febrero, día siguiente de la entrega de las armas, mandó llamarme el General Sandino. Además de los guardias de la puerta, con ametralladoras, había otros dos individuos a la entrada y uno de ellos me condujo a

un cuarto grande, algo oscuro por lo nublado del día, pero que no obstante nos permitía vernos claramente. El General sentado en un taburete grande de piel de caimán y yo en una silla pequeña a su lado. Tenía mi libreta lista con pluma y preguntas. El General, después de mirarme fijamente, movió su taburete muy próximo a mi silla y me dijo:

—Baje la cabeza.

—Yo la bajé y el comenzó a tocarme los huesos del occipucio y detuvo su mano en la protuberancia occipital, que por casualidad yo tengo muy desarrollada. Terminado el examen me dijo muy seriamente, mirándome siempre con fijeza.

—En usted está encarnado el espíritu de tales de Mileto, uno de los Siete Sabios de Grecia ¡jum. . .! ¿En qué fecha nació usted? —El ocho de Mayo, General.

—Yo el 18, somos del mismo signo planetario. Del toro Y en que año?

—En 1906 —Aja! . . . Déjeme ver - y consultó un librito que llevaba en su cartera de pecho.

—! Increíble! — Me dijo. —En el calendario chino que es el más antiguo, también somos— del mismo signo. Del caballo. Ambos pues caballo y toro. No conozco otra persona que tenga mis dos signos iguales ¡Increíble Me dio una palmada en el hombro, sonriendo y continuó: Mi Román, yo tengo fe en usted. Dos o tres entrevistas aquí, de dos o tres horas cada una, resultarían cansadas, aburridas, interrumpidas y de muy poca eficacia como tantas otras. Voy a hacer con usted algo que no he hecho con nadie si es que usted se atreve: Véngase a la montaña conmigo, a convivir personal y estrechamente conmigo y mi gente.

A oírme todo lo que tenga que decirle de mi vida privada y de mi guerra. Usted va a tener acceso a mis archivos, a convivir con mi gente ahora que ya no estamos en guerra. Créame, le voy a aburrir de tanto hablar. Cuando me siento a mis anchas, en familia, hablo mucho. Siempre hablo mucho. Dicen que es mi defecto más grande, pero es que no tengo miedo a decir lo que pienso ¡Qué Chingados! (Esta es una de las pocas veces que le oí decir esa palabra, que al igual que carbón usaba con mucha medida, encajándolas "al pelo" y como cosa natural). Entonces, si, en uno o dos meses de intimidad con nosotros en la montaña, estará usted capacitado para decir la verdad sobre mí y nuestra causa, con todos sus errores y aciertos. Sólo le pongo una condición: Que usted diga la verdad, tal como usted la vea, cueste lo que costare ¿Quiere?

—General, para mí su invitación es y será para siempre el honor, un gran honor. No vine preparado, pero acepto con gran gusto y entusiasmo. Inmediatamente iré a la Misión para allegarme lo más de las cosas que pueda necesitar. Papel, ropa etc. y para enviar a Managua mi cámara, pues ya no tengo películas y ya tomé las fotos necesarias de su Estado Mayor.

Usted puede entrar y salir a mi casa cuantas veces le de en ganas y daré ordenes para que todos le ayuden. En cuanto a papel, lápices, etc., no se apure que allá en la montaña tenemos de todo, hasta varias máquinas de escribir.

—El día antes de partir fuimos a un gran corral donde estaban las bestias. Mulas y bueyes de carga y en algunos establos varias bestias de silla. El General mando sacar dos mulas.

—Esta es la India, me dijo. Era una mula tordilla, recia como un búfalo, pero cenceña, avispada y serena. Y ésta es la Venada, continuó él. Era de color canela dorada, de pelo muy fino y lustroso, con cuatro medias blancas hasta las rodillas y la testera de color más oscuro. Más pequeña que la India. Me quedó mirando la Venada con sus ojos de gavilán y yo me arrimé a ella y la acaricié sobándole la cabeza y hablándole quedito, mientras ella soltaba un leve gemido. Sandino me miraba curiosamente y me dijo:

— ¿Cuál de las dos le gusta más?

—La Venada, General.

— ¿Por qué?

—Primero, porque parece que nos entendemos.

—Basta. Sé la obsequio. Es suya. Estas mulas me han acompañado en casi toda la guerra ellas me han llevado por todas esas montañas. Ninguna es mejor. Las dos son formidables. Nadie las monta más que yo. No se dejan tocar de ningún extraño.

Pero, ya vio General, que yo la acaricié.

Ahora que es mía, se lo voy a decir y la voy a besar. Me arrimé otra vez a la mula, hablándole suave y cariñosamente, la tomé de las quijadas y la besé. Ya ve, General, amor a primera vista.

-- Oiga, Román, la Venada le quiere. Yo me temía que usted no podría montarla; ahora ya veo que no hay peligro. Le confirmo que es suya. Cuando regresemos se la mandaré a Managua.

—La acepto, General. Es mía pero con una condición. Que me la guarde usted aquí, porque al regresar

a Managua salgo para los Estados Unidos por varios meses. Solamente por venir a entrevistarle a usted pospuse el viaje.

Tengo una curiosidad, Román ¿Dígame. Dónde carajos aprendió usted de mulas? Para arrimársele y hablarle así a la Venada se necesita saber mucho de bestias.

—Principalmente lo aprendí de observar a mi padre, quien además de tener varias haciendas, sabía mucho de animales. De chiquillo me le perdía y a veces me encontraban en el establo, comiendo al lado de los caballos, pateando y resoplando como ellos.

El General se sonrió festivamente y nos fuimos a inspeccionar los bueyes y mulas de carga, los zurroneos y demás aperos que transportarían las vituallas, ropa y comida que el Gobierno le envió al General en los camiones que vinieron por las armas.

Sábado 25 de Febrero de 1933- A la Montaña

Salimos de San Rafael del Norte a las 10 a.m. Hacía sol. Adelante iban los automóviles con los Miembros de la Misión. Seguían los camiones de las armas y los coches del Coronel Reyes y después seguía la gente de Sandino. Nos bifurcamos al llegar a unas lomas. La Misión y la Guardia Nacional siguieron rumbo a Jinotega. La caravana sandinista compuesta de soldados, civiles, mujeres y niños, dobló rumbo a las montañas. Desde el cerro Yucapuca se divisaba, en las ondulaciones del paisaje, aquel largo desfile. El retorno de la paz a la tierra.

Yucapuca es un cerro de leve pendiente, casi siempre acariciado por una fresca brisa. Domina amplias extensiones de lomas y llanos de verde grama, con algunos accidentes y lunares de arboledas y arroyos. Toda aquella inmensa región es un campo virgen para sembrar ciudades.

Rollos y rollos de películas cinematográficas se necesitarían para tomar los detalles de aquel paisaje de serranías lejanas de tan tos tonos de verde y gris. Cielos con nubes espesas con grandes boquetes de sol. Valles profundos, serranías, serranías y mas serranías y cada vez más altas.

Subir y bajar lomas y pasar precipicios, camino a la montaña. A veces entre fangales donde las mulas se iban hasta la cincha y al hundir sus cascos en el barro pegajoso, como émbolos, al entrar hacían surtidores de lodo y al salir el ruido del taponazo del champagne. De repente, en algunos paro, la Venada se arrimaba a la India y como jugando hacía como que le mordía la grupa y la otra también como jugando, hacía como que le pateaba. Yo siempre siguiendo al General, conversábamos en altavoz.

Quebradas, abruptos precipicios adornados con flores aromáticas que parecían crecer de las piedras, cubiertas de lama resbalosa. Y más lomas, y más serranías, Picachos y cumbres adornados con nubes.

El General, de muy buen humor, me contaba incidentes acerca de cada uno de los lugares que íbamos pasando. De pronto en uno de los fangales, a la India se le pegó una mano en el lodo y cayó de bruces, tan sólo por un instante, pero ya el General había saltado al lado. Con una toalla que yo le pasé, la limpió, la acarició y seguimos.

Súbitamente se encapotó el cielo y comenzó a llover a torrentes. Al pasar ese llano, los árboles principiaron a ser más grandes y tupidos.

A las seis de la tarde llegamos a El Embocadero, lugar donde se iniciaron las conferencias de paz y uno de los fuertes del General Sandino, precisamente en la boca de la montaña. El Embocadero es una hacienda de ganado muy antigua. Tiene una casona colonial situada sobre un cerro y rodeada de varios cientos de hectáreas de pastura impecable y natural y ahora atrincherada por su posición estratégica.

Son como las siete de la noche. Estoy escribiendo en la mesa del comedor. Enfrente hay una especie de altar con un retablo adornado con cromos de casi todos los Santos de la Corte Celestial. Conté treinta y ocho y me aburrí de contar. Adornados con flores naturales y lamparitas de aceite.

En cuanto terminé de escribir, lo primero que visité fue la cocina: Café negro; sopa de hueso con tuétano; carne fresca al asador, sobre brasas, con naranja agria, chiles congos y cebollas tiernas; plátano verde frito y queso frito. Todo sabía a gloria a las 7 p.m., después de haber desayunado a las 7 a.m. en San Rafael de ocho horas en mula de un sólo tirón.

Se me arrimó Melecio, hijo del General Altamirano, quien a corto plazo me tomó afecto y hablando bajo me dijo: Vamos por la parte mejorcita. De aquí en adelante, si ya entraremos en la montaña. El resto de la caravana empezaba a llegar.

El General comió solo en su cuarto. Como un honor me dieron una cama de "cuero crudo". Al lado, bajo una

mesa, se acomodó el General Colindres. Al otra lado, siempre en el suelo, Melecio y en el medio del cuarto, el General Altamirano alias Pedrón. Debido al gran plato de sopa que me tomé, la carne asada y el cansancio, dormí de un tirón. Por el frío que hacía dormí vestido.

Domingo 26 de Febrero de 1933-El Embocadero

Muy al alba me despertaron clarines y gallos. Después del desayuno primitivo y abundante, con el General y el Coronel Rivera, este contó haber conocido a mi padre cuando fue Gobernador de la Costa Atlántica donde dejó su nombre al construir un canal que acorta la entrada en las bocas del Río Coco, evitando doblar el Cabo Gracias a Dios y los peligros de la barra y que aunque mi padre lo bautizó oficialmente con el nombre de Canal Zelaya, hasta el día sólo se le conoce con el nombre de Canal Román y por el cual en aquella zona de Nicaragua aun se recuerda al Viejo con cariño. Sandino asintió con lento cabeceo.

El Embocadero domina grandes extensiones de terreno y es una hacienda del anciano Don Víctor Gutiérrez, gran sandinista y patriarca de una numerosa familia. Ya sólo le quedan dos hijas solteras: Celsa y Antonia. Veinteañeras, rústicamente agraciadas y quienes me atendieron magníficamente. Además, habían dos muchachas mulatas de la Costa, hijas de crianza: Ofelia y Rufina.

Toda la tarde han sonado las guitarras, acordeones y canciones.

Anochece. Se ven los grandes cerros sombríos y los valles profundos contra el sol poniente y las cumbres y

picachos con gran riqueza de claro -oscuros por entre las sierras de enfrente. Mientras, la noche cae rápidamente, calma y fría, sobre los Andes Segovianos.

Más tarde, antes de la cena, una velada en la cocina. Celsa, apenas morena y apretada de carnes, con una cabellera larga, negra y suelta, me muestra afecto y sentada a mi lado cuenta historias de esos lugares y canturrean canciones del tiempo de su abuela, mientras toca suavemente la guitarra. Antonia está moliendo maíz en la piedra y cabrerita, el clarín, hace poses muy suyas diciéndole requiebros y tratando de halagarla a lumbre fragante de las antorchas del ocote.

Embocadero - Lunes 27 de Febrero de 1933.

Tendremos que atrasar el viaje a la montaña, pues el General amaneció un poco resfriado.

Embocadero - Martes 28 de Febrero de 1933-

He pasado todo el día conversando con el General.

Me contó detalles muy íntimos de su vida privada de los cuales, como todo lo que hablamos, tomé por escrito minuciosa y detalladamente.

-La familia Sandino socialmente ocupa uno de los lugares más prominentes, quizá el más prominente de Niquinohomo y su historia data de muy atrás. -Principio el General, recostado en su hamaca y yo sentado al lado, con una mesita enfrente para tomar mis notas.

Un señor Sandino llegó a Nicaragua continuó procedente de España y era de la misma familia de otros dos Sandinos que también habían emigrado de España, uno para Colombia y el otro para Campeche, en México. El que vino a Nicaragua logró hacer algún dinero, se casó y tuvo varios hijos, entre ellos: José María, Ofreciano y Santiago. Este último a su turno casose con una india pura llamada Agustina Muñoz, con quien tuvo los siguientes hijos: Asunción y Cayetana, mujeres y los varones Pedro, Cleto, Isabel y Gregorio, mi padre. Mi padre nació el 12 de Marzo de 1869 en Niquinohomo, en la casa solariega de su familia, donde hasta la fecha habita. Heredó algún dinero, fincas de café y casas. Aun es el hombre más rico de la localidad.

—Mi padre es bajo y fuerte. En el predominó la sangre de su madre, pues es marcadamente de tipo indo hispano y hombre de trato y modales moderados. Desde muy joven se dedicó al cultivo de su heredad y casó con Doña América Tíffer, con la que tuvo los siguientes hijos: Asunción, América y Sócrates, que es el mayor y nació en Octubre de 1898. Como puede ver, yo no soy hijo del matrimonio, sino que nací unos cuatro años antes, en 1894.

—Mi madre se llama Margarita Calderón y era una empleada de una finca de mi padre. Soy pues, Román, un hijo del amor o un bastardo, según los convencionalismos sociales. Mi padre, después de venido yo al mundo, se olvidó de la que había sido madre de su primer hijo, porque era una persona campesina y se casa con Doña América Tíffer, una burguesoide provinciana.

-De modo- continuó pausadamente el General que abrí los ojos en la miseria y fui creciendo en la miseria,

aún sin los menesteres más esenciales para un niño y mientras mi madre cortaba café, yo quedaba abandonado. Desde que pude andar lo hice bajo los cafetales, ayudando a mi madre a llenar la cesta para ganar unos centavos. Mal vestido y peor alimentado en aquellas frías cordilleras. Así es como fui creciendo, o quizás por eso es que no crecí. Cuando no era el café, era el trigo, el maíz u otros cereales los que nos mandaban a recolectar, con sueldos tan mínimos y tareas tan rudas que la existencia nos era un dolor ¡Un verdadero dolor y aún así, para poder trabajar teníamos que sacar unas matrículas que mi madre y yo nunca terminábamos de amortizar. Además, tomé en consideración que mi madre con frecuencia daba a luz, lo que agravaba más nuestra situación. Créame, es horrible recordarlo, pero es, la pura verdad.

Hubo veces —continúo el General de una sostenida pausa en que para poder comer tuvimos que empeñar cualquier baratija por unos cuantos centavos. Y hubo días, muchos días, en realidad muchísimos días, en que estando mi madre postrada, haya tenido yo que salir de noche a robar en las plantaciones para no dejarla morir de hambre. Y así seguí creciendo, enfrentándome en lucha feroz y tenaz contra una vida cruel y despiadada y contra designios de la fatalidad. Dichosamente, la naturaleza me había dotado de reflexión y voluntad. Empezaba yo prematuramente a ser conciente de la gran tragedia de mi vida que lo más íntimo de mis entrañas con la realidad de una terrible miseria. Miseria e impotencia, a mis tiernos años. Con mi padre, no contaba en lo absoluto y a mi madre, mas bien yo tenía que mantener.

—Cuando por casualidad mi medio hermano Sócrates,

me encontraba en la calle, me regalaba alguna ropa vieja con las que cambiaba mis harapos. Al comparar la situación de mi hermano con la mía, me indignaban las injusticias de la vida. Aunque yo era muy trabajador ¿Qué podía ganar una criatura menor de 10 años en un lugar donde aun los sueldos para mayores eran sólo unos centavos diarios? Estaba yo en una época de la vida en que se necesitari, ya no digamos las cosas más elementales para la comodidad del cuerpo, sino lo que es más esencial, el calor de un hogar para la tranquilidad espiritual y la formación del carácter y personalidad. Yo carecía de ambos y lo peor es que me daba cuenta cabal de la situación.

—Ahora Román, le voy a contar un detalle concreto que nunca olvidaré. Sucedió algo terrible que agravó más mi vida: Trabajábamos mi madre y yo en una finca del Alcalde del Pueblo, siendo mi padre el Juez. Ella había recibido un anticipo de unos pocos pesos, pero como le ofrecieran pagar mejor en otro cafetal, resolvió aceptar para pagar más pronto su deuda, pero el señor Alcalde, temeroso de perder su anticipo, dio orden de captura contra ella. Y así, una buena tarde se aparecieron unos soldados y nos metieron a la cárcel. El disgusto y el maltrato brutal, produjeron a mi madre un aborto que le ocasionó una copiosa hemorragia, casi mortal. Y a mí solo me tocó asistirle ¡Ingrimo! En aquella fría prisión antihigiénica del pueblo. Al mismo tiempo que se me revelaban secretos biológicos para mí ignorados hasta entonces, pues apenas había cumplido nueve años de edad, los lamentos y el estado mortal de mi madre rebalsaron mi indignación y aunque sólo era un niño, ya dormida mi madre, insomne, me acosté a su lado en aquel suelo

sanguinolento y pensé en mil atrocidades y venganzas feroces, pero dándome cuenta de mi impotencia, recordo vívidamente, como reflexioné con filosofía infantil

¿Por qué Dios será así? ¿Por que dirán que la autoridad es el brazo de la ley? ¿Y que es la tal ley? ¿Sí la Ley es la voz de Dios para proteger al pueblo, como dice el cura, entonces la Autoridad, por que en vez de ayudarnos a nosotros los pobres favorece a los zánganos? ¿Por qué Dios quiere más a Sócrates que a mí, si yo tengo que trabajar y el no ¡Que carajos, Dios y la vida son una pura mierda. Sólo a los pobres nos joden

—El General cerró los ojos, apretó los puños contra sus mejías y así permaneció, indudablemente en profunda concentración, por más de un minuto. Se dio media vuelta en la hamaca, volviéndose a mí y continuó:

—Poco tiempo después mi madre se fue con un hombre a Granada y yo rehusé seguirla. Como he sido siempre de carácter decidido, me fui a vivir con mi abuela materna que era paupérrima y trabajaba en lo que podía.

Seguí mi lucha con la vida. Solo, cuerpo a cuerpo. Dándome cuenta que mi madre andaba lejos con una sarta de hijos y mi padre por otro lado casado con una mujer que no podía ni verme, con mi raciocinio infantil y mi razón sentimental, pensaba que la vida no tenía sentido, que no tenía razón de ser, pues los mismos que me habían traído al mundo me trataban así sin tener yo ninguna culpa. Veá, Román al recordar tales injusticias de la vida....continuó con el mismo tono pausado y sereno:

Y es lo cierto que pudiendo haber sido un vago y criminal, decidí ser gente, decidí llegar a ser alguien. Bueno, es el caso que un día, hambriento, haraposos y aca-

reando unos paquetes para ganarme unos centavos, me encontré por casualidad con mi Señor Padre en La calle. Puse los paquetes en el suelo, me arrimé a él y le interpele llorando, pero enérgicamente: Óigame Señor ¿Soy su hijo o no? Y mi padre contestó: Sí, hijo, yo soy tu padre. Entonces yo le repliqué: Señor, si yo soy su hijo ¿Por qué no me trata usted como trata a Sócrates? Al viejo se le salieron lágrimas. Me levantó hasta su pecho. Me besó y me abrazó fuerte y largo....Y me llevó a su casa...Iba yo a cumplir once años.

—A pesar de mi corta edad, por mi laboriosidad y trato fino, pronto me hice indispensable en el hogar paterno. Me pusieron a la escuela, pero en vez de asistir con toda frecuencia, nos íbamos junto con Sócrates y otros muchachos a jugar a la guerra. Con piedras, limones y naranjas verdes y si acaso nos sorprendía la policía, pues en tiempo del genera Zelaya la enseñanza era obligatoria resultaba otro *gran* placer para nosotros el provocarles y burlarles corriendo a refugiarnos a la escuela. Fui pésimo estudiante, pues casi todo el tiempo lo pasaba fabricando soldados de cera con los que librábamos verdaderas batallas en miniatura que llegaban a presenciar las amistades del vecindario. Como era famosa en toda la escuela mi ignorancia y había una chiquilla en quien tenía puestos mis ojos, ella, para atormentarme un día al salir de clase se me acercó con un libro en la mano pidiéndome que le leyera. Mi primer impulso fue confesar mi ignorancia, pero disimulé con cualquier pretexto y me salvé de la vergüenza.

Al llegar a casa me propuse jamás volver a verme en tal aprieto y me dediqué a estudiar con una tenacidad

terca y sin jactancia; al poco tiempo era uno de los alumnos más aprovechados en la escuela. Seguía estudioso y a medida que crecía ayudaba más a mi padre en el manejo de sus negocios. Hasta llegué a tener un negocio propio, de granos. Con mi ayuda, mi padre llegó a controlar el negocio de frijoles de toda aquella región y duplicó su capital.

—Tocaron a la puerta y el General se levantó para abrir. Eran Celsa y Antonia con un pichel de refresco de guayaba cimarrona y un plato de rosquillas acabadas de salir del horno. Después de tan oportuno repasto y algunos piropos a las muchachas, cuando ellas se fueron, el General volvió a la hamaca y continuó:

Óigame Usted, mi primer amor se que fue terrible... Me poseyó por completo en cuerpo y alma y en todos mis sentidos. Me obsesionó hasta la locura. Me hizo soñar, reír, gozar y sufrir. La niña de mis ensueños era una mocita del pueblo, morena y algo gordita, ante quien yo temblaba y enmudecía. Mi amor hacia ella era un tesoro que no me atreví a confiar a nadie ni a ella misma, a quien veía diariamente, pues era mi prima y se llamaba Mercedes Sandino. Por fin un día resolví que era imposible seguir viviendo sin manifestárselo. Con gran sigilo y muchas precauciones le escribí una carta terriblemente pasional en la cual la amenazaba, si no me aceptaba, con matarla a ella y matarme yo irremisiblemente. Guardé la carta en mi bolsillo para dársela en la primera oportunidad. Así anduve por una semana, pero cada vez que llegaba la oportunidad se me entumecía la mano y pensando día y noche sobre su contenido, después de leerla y releerla, decidí romperla. Después escribí otra carta, más

moderada, pero también corrió la misma suerte porque siempre me falta el valor para entregársela. Después le escribí muchas otras cartas, que no sólo no entregue sino que ella nunca siquiera supo que hubiera sido escrita. A pesar de todo, seguía amándola platónicamente con amor profundo y secreto. Mientras tanto iba yo creciendo, mi negocio progresaba y además manejaba yo todos los negocios y haberes de mí padre. Sin embargo, un día porque compré un sombrero con mi propio dinero, mi madrastra me llamó la atención muy severa y quiso groseramente y como yo era un joven serio y de mucho orgullo personal, además de competente y ya con mi propio negocio muy suficiente para ganarme la vida, resolví irme del hogar paterno donde mi madrastra me trataba peor que a un sirviente, pues nunca, óigame Román, nunca, a pesar de pedírselo Sócrates, me permitió mi madrastra, Doña América Tíffer, sentarme a la mesa a comer con la familia sino que todo ese tiempo yo comí en la cocina con los sirvientes.

El Embocadero - Martes 28 de Febrero

Por la Noche como había pasado todo el día conversando y tomando notas con el General, por la noche las muchachas de la hacienda hicieron una alegre velada en mi honor. Habían preparado tamales, cosa de horno, jugos y café negro, etc.

Tranquilino se disfrazó de Tío Samuel y Cabrera de José María Moncada que cantaba haciéndole la corté con piruetas parodiando una canción de moda:

—Te odio
 y sin embargo te quiero,
 te odio y no puedo olvidarte.
 No puedo,
 vida mía, explicarte
 como es que te quiero
 y te odio y muero por ti,
 quisiera matarte y besarte a la vez
 etc., etc.,

Las muecas de Tranquilino y los gestos y bailes de Cabrerita producían gran alborozo y gritería. En una pausa el General dijo a Cabrera:

—A ver, Cabrera, pruébele a Román que usted viene del Pochote y déjele ir uno de sus poemas originales.

El diminuto clarín se encogió de hombros, escupió y siempre con su sonrisa picaresca principió a recitar:

—Dice el sabio Salomón,
 Que viste de filigrana:
 Coge bordón y macana
 y serás buen garrobero,
 pero tu mejor oficio es servir de corralero,
 que aunque te cague el ternero
 comes buena mantequilla...

El General le regañó, en broma y le dijo que le juzgarían mal si no recitaba uno de sus poemas sentimentales. Cabrera protestó diciendo que esos eran estrictamente personales y no para echarlos en publico. Sin embargo, por pedírselo el General y como algo especial para mí,

soltaría uno de sus poemas más sentimentales. Trata de poner el rostro serio y principió:

Revienta la mañanita
 en las lomas segovianas
 y todo canta y tiritita
 y me tiemblan las entrañas.
 Entre neblinas espesas,
 como en boca que bosteza,
 el sol a enseñar empieza
 su gran lengua ensangrentada
 y en toda la serranía
 canta el pinar con pereza
 su salvaje algarabía y de la roca empinada,
 que es riñón de la montaña,
 se desbarranca un arroyo
 con su sonrisa de plata.
 Ruge un tigre en el bosque,
 se asusta la cocinera
 y aprestando la escopeta
 rómpele el lomo a la fiera
 que brama, ruge y se muere
 y sobre el paisaje andino
 retumba mi grito salvaje
 ¡Que viva el General Sandino!

He dicho. Grandes aplausos y ovaciones para Cabrerita quien asegura que eso no es nada para los poemas que le ha dedicado a la Antonia, pero eso sí, son sólo para ella.

Continúa la velada por un rato más, pues de madru-

gada todos tenemos que estar de pies para emprender la marcha a la montaña. A las cuatro de la mañana ya estaba yo en la cocina tomándome una jícara de café negro con dulce de rapadura. La Celsa, muy cariñosamente me aderezó y empacó una gallina rellena, al horno, porque a las cinco emprenderíamos la marcha y no pararíamos sino al anochecer. Las jornadas del General Sandino son así, dijo la Celsa.

Rio Coco - Miercoles Primero de Marzo de 1933- 7 P.m.

Estamos a la vera del Coco, frente a la desembocadura del Pantasma. Es un playón arenoso y pedregoso, como de quinientos metros de ancho. La caravana, a lo largo del río, se alumbra con antorchas de ocote que chisporrotean fragantes y bordean temblorosamente el oscuro y rápido Coco.

Estoy entre zambos, racimos de bananos, mulas, bultos y trozas, escribiendo a la luz de una antorcha de ocote de olores nostálgicos, mientras una zamba cocina guabul en un perol. El Coronel Rivera conversa con todos en su propia lengua, Zambo o Misquito. De tres varas cuelga una pierna de res de la que todos cortan su pedazo. También cocinan sopa de tortuga y de garrobo.

Hay muchos pipantes, largos y delgados, a la orilla del río. Los marineros zambos hablan en voz alta en su propia lengua. Sobre el barranco chillan los grillos y a lo lejos, entre la noche oscura, se siente el cálido vaho de la selva. Hay un cacho de luna y nubarrones. Pues de que llueva esta noche.

Esta mañana, poco después de salir de El Embocadero, entramos en la montaña cruda y bajamos la serranía de Guales. Decir esto es muy fácil, pero hacerlo nos llevó muchas horas de agonía, por lo menos para mí, entre fangales y precipicios pedregosos, apenas transitables, donde la mulas hacían prodigios de equilibrio, como cabras al borde de un abismo. Todo el tiempo llevé mi vida en los cascos de La Venada, siguiendo las indicaciones del General: "Cuando baje dejé sola a La Venada. Aunque la vea titubear, aunque a usted le parezca este o aquel lado, no le hable. Ella sabe. Si le habla la distrae y se puede matar. Después de un trecho difícil, allí palméele la cruz y díglele palabras cariñosas. Siempre después de las subidas. Nosotros, muchas veces teníamos que caminar sin cortar o quebrar ramas, sin cortar bejucos sin dejar huellas".

Exceptuando por los requiebros por donde pasábamos generalmente los cauces de la lluvia la vegetación era impenetrable. Árboles de roble, de liquidámbar, nísperos, caobas y otros gigantes seculares del tamaño de rascacielos

Por fin, ya muy después del medio día entramos a los llanos, pasando por chozas destrozadas por la aviación de los marinos. Cruzamos fangales y otra vez serranías de altos pinares y pasturas naturales que cubrían cerros de formas caprichosas y de tan grandes estérciles, como para criar millares de vacunos

Y otra vez la selva, los precipicios y fango.... Yo siempre detrás del general, llevaba la palabra todo el tiempo, pero ahora sobre otros temas y sobre algunas anécdotas de la guerra. Subiendo, bajando, gangueando al borde del abismo o sobre el pantano mismo, al fin llegamos a este lugar al anochecer.

Era un cuadro único el de esta caravana. Me recuerda mis lecturas de la época de los patriarcas de los cruzados y en fin de todos los grandes éxodos de que nos habla la historia.

Voy a dormir con el Coronel Rivera y el Capitán Castro en una champa. Una champa consiste de un toldo de hojas sostenido por estacas que forman ángulo agudo con el suelo.

Llegaron a traerme de parte del General. El Estaba alojado en un rancho de palma y carpas ahuladas que cubrían las provisiones. Alumbraban dos lámparas de kerosene, hediondas, pero más eficaces y conveniente para escribir que la chisporroteante y aromática lumbre de antorchas de ocote. Allí cenamos. Tranquilino preparó una deliciosa sopa de pescado con leche y calentó la succulenta gallina que me preparó la Celsa y tomamos un café negro tan fuerte que me levantó el espíritu.

—Aquí vamos a dormir, vestidos y en el suelo, pues me molestaría el privilegio de que nos cuelguen hamacas. Si usted está cansado, vamos a dormir. Si prefiere, continuamos la historia.

—General, esta sopa, esta gallina y este café negro con cosa de horno, me han revivido me siento nuevecito. Prefiero continuar con su historia hasta que usted lo considere adecuado. La encuentro tan interesante, que no dudo me mantendrá despierto.

—Bueno pues, aliste sus papeles y plumas.

—Pusimos tres cajas medianas de provisiones una sobre otra, para formar una especie de escritorio. Me acomodé ladeado y comenzamos:

Mi primer viaje lo emprendí a pie, rumbo a Costa Rica,

cerca de la frontera estuve trabajando de ayudante de mecánico en la hacienda Ceilán, propiedad de un pariente suyo, Don Pablo Jiménez Román, gran caballero y quien me trató con afecto y distinción. Perdone General, Don Pablo es mi tío y realmente una gran persona. Desde que llegué, deposité una buena suma de dinero con don Pablo y durante los cuatro meses que le trabajé, no toqué ni un centavo de mi sueldo, de modo que aumenté lo que llevaba. Salí de Ceilán a Rivas y de Rivas a San Juan del Sur. Allí, en ese puerto, me enganché en un barco, también de ayudante de mecánico. Viajé por mucho tiempo, cambiando de barcos y aprendí a maquinista. Recorrí muchos países, en verdad, medio mundo. Economicé dinero y regresé a Niquinohomo a fines de 1919. Aquella mi prima Mercedes me atraía como imán. Ni un solo día había dejado de pensar en ella, aunque ella desde luego lo ignoraba.

-En Niquinohomo me instalé en el negocio de granos, independientemente de mi familia. Comerciaaba con los pueblos y con Managua y, Granada. Por carecer de vicios y siendo de costumbres ordenadas mi pequeño capital iba en constante aumento. Además, las personas con quienes trataba, pronto ponían confianza en mí.

—Por fin, después de una larga historia romántica, un mes antes de contraer matrimonio con mi prima Mercedes, en 1920, tuve un incidente de gran trascendencia para mi vida, ya que le dio otro rumbo a mi destino: Dagoberto Rivas era un individuo de mi mismo pueblo con quien siempre había tenido buena amistad y un negocio. Un día a Dagoberto le llegaron noticias que una hermana suya, viuda, parecía estar enredada en asuntos

amorosos conmigo o que por lo menos era voz popular que lo estaba. Un vecino de Dagoberto y amigo de la discordia, fue quien le llevó el chisme. Un domingo de junio, sin saber yo nada de lo anterior, cuando llegué a misa, desgraciadamente me tocó sentarme en una banca atrás de la que ocupaba Dagoberto, junto con un grupo de amigos. Al notar mi llegada, los amigos de Rivas y él, empezaron a echarme chifletas y por fin Rivas me dirigió varios insultos personales a media voz, mientras yo permanecía impávido. Interpretando mi serenidad como cobardía, Rivas se acaloró más y más y en el momento que el sacerdote comenzaba a alzar, Rivas se dio media vuelta y me lanzó una bofetada al rostro, que a pesar de haberla yo desviado, todavía me golpeó en la frente. Acto continuo irreflexivamente, saqué mi revólver y le disparé. Dichosamente sólo le hirió una pierna.

—Por supuesto Román, como usted se puede imaginar eso fue un escándalo de los que hacen época en un pueblo como Niquinohomo ¡Balazos en la iglesia, durante la misa y a la hora de alzar! ... Para evitar juicios y ulteriores consecuencias, a pesar de estar en vísperas de casarme, salí de inmediato a la Costa del Atlántico, llevándome sólo mi dinero en efectivo. En la Costa pasé un mes usando otro nombre. De allí salí para La Ceiba, Honduras, donde trabajé en el ingenio azucarero Montecristo. En la Ceiba, en el hotel en que vivía yo, también vivía otro nicaragüense, un joven de apellido Montenegro, con quien hice muy buena amistad. Años después, rodando la vida, Montenegro ingresó al cuerpo de Marineros de los Estados Unidos y le tocó venir a pelear contra mí en Nicaragua y fue herido. Buenos amigos fuimos siempre con Montenegro.

—Bueno, otra vez por asuntos de faldas, tuve que irme de la Costa Norte Honduras a Guatemala, en 1923 y allí estuve trabajando de mecánico en los talleres que tiene en Quirigua la United Fruit Co. Ese mismo año, de allí me fui a México y estuve en diferentes lugares: Yucatán, Veracruz, Tampico... Trabajando de mecánico, de guarda almacén, operador de taladros petroleros y en fin, de lo que podía en el ramo de mecánica, en el que me considero bastante entendido. Además, soy buen tornero, cosa que no se donde ni como aprendí. En 1926, trabajaba en la Huasteca-Pétroleum Co. como jefe y arrendatario de una estación gasolinera que vendía al por mayor, en Cerro Azul, Veracruz, cuando resolví regresar a Nicaragua: Me sentía cansado de trabajar para otros, ya había recorrido mucho mundo y palpado la vida en varios aspectos. Además, por mi economía y falta de vicios, había ahorrado en todo ese tiempo una regular suma de dinero con la que pensaba regresar para contraer nupcias con mi prima Mercedes, quien siempre me esperaba y para dedicarme al comercio en Managua.

—La verdad es que estaba enfermo de nostalgia, pero escuche, Román ¡Qué cosas! Con tales proyectos en la cabeza, sucedió otro incidente, al parecer insignificante, pero que otra vez alteró el rumbo de mi vida y esta vez en forma trascendental: Era a comienzos de 1926 y acababa de iniciarse el primer movimiento revolucionario en la Costa Atlántica de Nicaragua encabezado por Beltrán Sandoval. Una noche en un restaurante, leyendo con unos amigos cables de la prensa diaria, manifesté ciertos deseos de volver a Nicaragua a pelear por mi partido, abandonado entonces del anti-imperialismo, pero un mejicano que estaba muy tomado de licor me dijo:

—No compadre, que se va a ir usted. Los Nicaragüenses son todos una bola de *vende patrias* aquí está usted bien ¡Qué chingados! Siga haciendo dinero.

—Aquel individuo estaba muy borracho, era buen amigo cuando sobrio y no iba yo a reñir con el que ni siquiera sabía lo que decía, ni estaba yo seguro si lo decía en serio o en broma pero aquella frase me bailó en la cabeza toda la noche y pensé que si me hubiera insultado el honor de mi madre, podía haber descargar mi conciencia echándole la culpa al destino pero que me achacaran de vendepatria, aunque fuera un borracho el que lo hacía, eso sí era culpa mía y de todos los nicaragüenses faltos de patriotismo. Y en verdad, por culpa del tratado Bryan—Chamorro, a los nicaragüenses nos llaman, en todas parte vendepatrias.

—Sin una idea fija, pues, sin un propósito determinado, arrastrado por una fuerza magnética, ciega e irresistible, tomé el vapor Méjico y el 5 de Mayo desembarqué en Veracruz. De allí partí a Guatemala por la vía ferroviaria. De Guatemala pasé a El Salvador y después a Nicaragua. Me dirigía a mi pueblo, pero un amigo me dijo que era mejor que lo evitara, pues Dagoberto Rivas era a la sazón el Alcalde del pueblo y además gran conservador chamorrista y que como estaba el país en efervescencia revolucionaria, podía hacerme mucho daño. Así pues las cosas, decidí quedarme en la ciudad de León, donde me encontré con un grupo de obreros que se dirigían a los minerales de oro llamados San Albino, en busca de trabajo. Me junté al grupo y llegado que hubimos al mineral, obtuve un puesto de guarda almacén en el que me di cuenta del feo sistema de pago que usaban en la mina,

pues no daban dinero a los obreros, sino unos cupones que sólo tenían valor en el comisariato de la empresa. Todos los empleados de la mina vivían descontentos por tal proceder injusto e ilegal. Mientras tanto; la revolución contra Chamorro iba creciendo.

—Yo por mi parte — continúa el General— empecé a trabajar en el animo de aquellos obreros, explicándoles los sistemas de cooperativas de otros países y lo tristemente que éramos explotados y que debíamos de procurarnos un Gobierno que de verdad se preocupara por el pueblo, para que éste no fuera vilmente explotado por los capitalistas y las grandes empresas extranjeras pues el pueblo es la Nación y que debíamos exigir, como en todos los países civilizados del mundo, que todas las empresas que operen en Nicaragua deben de proporcionar a sus trabajadores atención medica, escuelas, leyes y organizaciones, tales como uniones de trabajadores y que nosotros no teníamos nada de eso. Les explicaba que yo no era comunista, sino socialista. Que cada hombre tiene derecho a disfrutar de su trabajo, pero nunca a explotar la ignorancia ajena. En fin, les explicaba los derechos que son elementales en los países civilizados. Poco a poco fui adquiriendo popularidad y control entre los hombres de la mina, entre los que hubo algunos que me siguieron fielmente a través de todas mis vicisitudes, exponiendo la vida a cada instante y que aun perseveran fieles a mi lado.

—Ahora oiga usted como principió mi guerra:

Un joven Raudales de El Jícaro, un viejo Maradiaga y varios otros que más adelante conocerá, aportaron algo más al dinero que yo tenía y puse en efectivo, para poder levantarnos en armas y con 29 hombres, el dos de Noviem-

bre de 1926 atacué el pueblo de El Jícaro donde estaban, acuartelados 200 soldados de Chamorro. No pudimos tomar la plaza, pero no nos desanimamos, si no que reuní a mis hombres, que como por milagro se habían multiplicado y les expliqué que lo que más necesitábamos eran armas y que iría a traerlas a Puerto Cabezas. Dejé a mis hombres en uno de los picos más altos de las Segovias llamado El Chipote al mando de Maradiaga que era quien conocía el lugar. Con mi ayudante, ahora Coronel Juan Gregorio Colindres, bajábamos el río Coco en un pipante manejado por indios mísquitos. Llegamos a Ciudad El Cabo después de doce días de navegación, río abajo. De allí nos fuimos a Puerto Cabezas y nueve días después me presenté ante el Dr. Sacasa pidiéndole armas

—El General miró su reloj y me dijo: —Ahora si vamos a dormir. Hemos sacado una buena tarea y yo tengo que madrugar. Saldré mañana en mula para El Chipote. Quisiera llevarle porque para nosotros es un lugar sagrado, como un altar, pero son demasiado peligrosas las cuestas. Desde luego, no hay caminos. Baste con decirle que las cuestas de Guales que acaba de pasar, se puede decir que no son cuestas comparadas con las de El Chipote. Allí se encuentran precipicios verticales. Gran parte de las cuestas hay que subirlas a pie y ayudados con cuerdas por entre las ranuras de las rocas. Además, la neblina es tan espesa que a veces cuesta ver los pies sobre el suelo. Las rachas de viento helado zumban lo más del tiempo con lluvia y a veces hasta con granizo. ¡Ah! Pero arriba la meseta es un verdadero paraíso sobre las nubes. Cuando el tiempo esté bueno y claro, rara vez, los paisajes no tienen comparación. Se ve muy bien que usted no tiene miedo de seguirme, pero refiero no tomar la responsabilidad. Usted con-

tinuará con el General Estrada y el Coronel Rivera, en pipante, sobre el Coco hasta Kitris, donde nos encontraremos el próximo Lunes. La navegación sobre el Coco es muy interesante y además usted tendrá oportunidad de tratar más íntimamente a Estrada y Rivera, ambos de grandes valores personales. Yo solamente voy atraer unos archivos.

Rió Coco- Jueves 2 de Marzo de 1933

Aprovechando la ausencia del General ,la mayor parte del día la usé para poner en orden todas mis notas y revisarlas detenidamente para aclarar las indispensables abreviaciones que al tomar notas usa una persona que no domina la taquigrafía todo lo cual es mejor hacer cuando las conversaciones aun están frescas en la memoria.

Rio Coco - Viernes 3 de Marzo de 1933

Anoche usé de colchón dos gruesos sudaderos de paja, de los que se usan con los aparejos de las mulas cargueras. Al lado habían varios zurrone con vituallas, soldados, mujeres y niños, todos a la vera del río, en fila y como a dos metros del agua. Al principio me era imposible conciliar el sueño por el tufo de los sudaderos, pero al rato pudo más el cansancio y me dormí profundamente hasta el alba. Me desperté con la quiquís, que en zambo quiere decir muchacha bonita, acurrucada a mi lado. La quiquís es una chiquilla flacucha y sarnosa como de ocho años, hija de la zamba cocinera.

Tomé un baño en el río de aguas heladas y rápida corriente, porque lo necesitaba con urgencia, pero a poco comenzaron a gritar los zambos y como no les entendiera su idioma, llamaron al Capitán Castro quien me explico que era muy expuesto meterse solo al río, por los caimanes y las tobobas.

Ayer salieron dos pipantes grandes con tropas y hoy dos más con provisiones, guitarras y clarines. Para echar una siesta me recuesto en la arena a la lumbre de un fogón donde están cociendo unos bananos verdes para hacer guabul. Este es un brebaje espeso que se ingiere inmediatamente después de preparado y que constituye el principal alimento de esta región. Se prepara poniendo a hervir bananos verdes en poca agua hasta que se ponen suaves, entonces se majan con una espacie de molinillo de madera, con el que después se bate agregando más agua caliente.

Río Coco – Sabado 4 de Marzo de 1933.

Son como las 5 de la mañana y estoy a la orilla del fuego donde hierve el café negro, los bananos para el guabul y se asa un tasajo carne de venado. El Capitán Julio Castro cocina unos frijoles con cebolla, ajo y chorizos mientras tanto me cuenta la historia de su vida:

—Yo nací en Jinotega y ya tengo 14 años de vivir sobre este Río Coco. Hasta ahora he tenido 39 hijos, sin contar 4 que vienen en camino. En cada palenque o caserío de éstos tengo una querida. Me gustan las zambas y las zumas, pero desde luego me gustan mucho mas las mulatas costeñas, desdichadamente, ésas son muy refinadas

y no vienen por estos lugares. En fin, a mí me gustan todas las mujeres. Usted sabe, mujer boca arriba no tiene ni tamaño ni color. Por ahora mi predilecta es una zambita que me la pintaron para que la dejara, pero no la abandono, ya tengo con ella 8 críos a los que también me los han pintado.

Pintar le llaman en esta región a manchar la piel con lo que me parece ser el mal llamado vitiligo, pero que los nativos consideran producto de hechicería. Castro es un hombre fornido, alto, rosado, muy bien parecido y posee una excelente dentadura que luce con una sonrisa muy natural. Es considerado muy buen artillero y ha operado con el General Sandino desde el principio de la guerra. Habla todos dialectos indígenas de la región y me ha contado curiosidades sumamente interesantes, aun cuando en su mayor parte no son para incorporarse en este relato. Antes de la guerra su deporte favorito, como dice él, era enamorar y conquistar una indita tierna por semana, meta que siempre lograba, pues decía conocer el método infalible: No consultarlas, sino violarlas después darles alguna baratija y reconocerles el hijo.

—La prueba está — me dijo, — que todas las mujeres de esta región me adoran y todos sus hermanos y parientes me sirven, pues el único argumento que yo uso es el palo y la pistola, porque estos indios es lo único que entienden y aunque a usted le parezca raro, hay que volarles riata para que sirvan bien y estén contentos. Pero como se aproximaba el Coronel Rivera, me cerró un ojo y me dijo quedito: Por supuesto, esto no lo sabe ni lo sabrá nunca el General y continúo: Las mujeres zumas son obtenibles solamente por la noche y con mosquitero. Lo primero porque son

pundonorosas y lo segundo por considerarlo de mucho tono.

—Por la tarde, sintiendo mucho calor y tomando en cuenta la advertencia del Capitán Castro, me bañé en la propia orilla del río, pero el Coronel Rivera se afligió y me pidió que me saliera inmediatamente, porque bañarse en el río por la tarde era gripe segura. Para evitarla me dio una cápsula de sulfato de quinina con café negro caliente. Aun así, amanecí con gripe.

Navegando sobre El Río Coco - Domingo 5 de Marzo de 1933.

Muy al Alba. Hace como una hora que dejamos la boca del Pantasma. Anoche los indios estuvieron comiendo hasta como a las dos de la madrugada. Me levanté a las cinco y ya estaban ellos otra vez haciendo su guabul y asando iguanas sobre las brasas. Va apareciendo el sol entre el bosque y la mañana sabe apacible y tibia. La selva bruta siempre me resulta fascinante. Vamos a pasar por un raudal. Dicen que es muy peligroso y que no hay que moverse por ningún motivo. Más o menos cinco minutos, como flecha disparada por un arco, el pipante se rebaló graciosamente sobre la efervescente espuma, hábilmente maniobrado por la tripulación. Dice el Coronel Rivera:

—Hace cuarenta años que vivo sobre este maldito río y créame que cada año hay que aprenderse su cauce de nuevo, porque este hijo de puta es muy veleidoso. Peor que una mujer, como ellas cambia de lecho después de cada acrecentada.

—¡Otro raudal!

A trechos el río es ancho, de poco fondo, dormido y cristalino. A trechos es angosto, verdoso, profundo y rápido. Los monos congos rugen tan fuertemente como leones. Al derredor, las serranías están erizadas de pinares. En las riberas del río, ahora que vamos pasando un remanso, admiro la selva en todo su esplendor. Árboles inmensos, pájaros, flores extrañas, garzas, aguiluchos, colibríes, tapires, caimanes, mariposas.

Debido a un raudal feroz, tuvimos que desembarcar y caminar como un kilómetro y pasamos por un lugar donde el Capitán Castro me dice: Aquí capturamos a dos marinos heridos y por no poder hacer otra cosa, tuve que *operarles*. Sólo hicieron "gi" cuando les clavé el machete en la nuca. Las cabezas caían al suelo riéndose. A uno que me metió la mano, también se la corté, el machete junto con la cabeza, pero éste, si me dio lástima porque no se la corté por la nuca, sino por media cabeza.

—Pasamos por entre grandes cerros de roca sólida. Pasamos por un remanso donde el río se ensancha y se duerme convirtiéndose en laguna profunda, "aguas muertas" como aquí le llaman. Pasamos otro raudal, también como flecha, llegando por fin a la desembocadura del río Cua. Dice el Coronel Rivera:

Por estos lados había algunas viviendas pero los aviones de la marina los bombardearon y quemaron todo. Arrasaron con las plantas comestibles y mataron el ganado y a los chanchos para que no tuviéramos que comer. Y le brillaron los ojos de ira y continuaba su diatriba contra los marinos. — Después, cambiando de tono: — Señor Román, — pregúntele a su señor padre, que fue Gobernador de la Costa a principios del siglo, pregúntele por

aquellos “yanques” que entonces venían a negociar. Esos, sí, que eran verdaderos caballeros. Por ejemplo, Silvan Haas, Chas Long, Dys, Cronwell, que ahora tiene un hotel en Nueva Orleans y en fin otros muchos. Esos eran gente, pero estos marinos bestias, vea como han dejado todo deshecho. Eran como un azote del cielo.

—Un alto para almorzar: Guabul, carne salada de venado cocinada a las brasas y como extra pinol con dulce de rapadura. Ahora sí que vamos gorguera — dice uno de los muchachos. Gorguera, quiere decir de lujo, es un arcaísmo que viene de gorguera o cuello de lechuguilla.

Cada vez que los zambos ven una tortuga o iguana en el agua, se tiran tras de ellas e infaliblemente las atrapan. Pasamos otra agua muerta llamada la lagartera, por los muchos lagartos que la habitan. Pasamos el reten de Wiwilí. El río sigue retorciendo su corriente por entre muy altas serranías y las márgenes tupidas de selva impenetrable.

Kitris Rio Coco — Domingo 5 de Marzo de 1933 5 P.m.

Aquí pernoctaremos. Es sólo una casita de techo de calisguate y paredes de estacas. Hay tres puercos amarrados, varios perros flacos, unas cuantas gallinas y el dueño y su familia. Un hombre alto y pálido, compadre del Coronel Rivera. La comadre es una india ojona de ubres y vientre pronunciados. Tienen nueve críos, todos pálidos, palúdicos y panzones de parásitos. El mayor es de once años y la menorcita es epiléptica. Todos tienen los mismos ojos grandes, negros y tristes de su madre.

Nos atendieron de lo mejor que ellos pudieron: Huevos, frijoles, queso duro y guabul.

Todos comimos de una misma cacerola y el único instrumento era la cuchara que cada uno portaba. El Coronel Rivera les obsequió media libra de sal, un pote de manteca y otro de café. Un presente valiosísimo en estas latitudes donde se cambia la sal por oro en polvo, onza por onza cuando está muy escasa.

La casa está situada sobre un cerrito.

Aquí principia la zona donde no se atrevían a penetrar ni los marinos ni la Guardia Nacional. Me dice el Coronel Rivera.

—Me senté a contemplar el paisaje sobre una rama seca al borde del barranco. La influencia que me pronosticó el Coronel empieza desarrollarse con fiebre muy alta, además de paludismo. La absoluta falta de higiene y de comodidades, de medicinas y de alimentos, me producen gran tristeza y pienso en el heroísmo de todos estos hombres de Sandino en aguantar todas estas intemperies por tantos años, sin paga y sólo alimentados por fervor patriótico transmitido por el héroe y jefe. En estos lugares, la gente en realidad no vive, sólo vegeta. Como dice el Coronel Rivera: "Viven a puro Corazón de Jesús"

Los bichos volantes, saltantes y prendedisos me asedian despiadadamente. Sobre todo porque soy carne nueva, como dicen aquí. Además, estoy lleno de sarna, rasquín y de quien sabe cuantas otras afecciones de la piel. No me ha afeitado desde que salí de Matagalpa. No puedo imaginarme como se me verá la cara que no he tenido el disgusto de verme por falta de espejo. Desde hace nueve días no uso peine, porque se me perdió en El Embocade-

ro. Como deporte o aventura, la verdad es que ya tengo suficiente, pero tengo que concluir esta misión que apenas está comenzando y de la que no puedo volverme, ni podría aunque quisiera.

Tengo que prescindir hasta de la más rudimentaria higiene o perecer de hambre. Sin embargo, a los muchachos, los soldados sandinistas, les brillan los ojos de alegría y dicen que estos son tiempos gorguera y que aquellos tiempos de la guerra, si, eran terribles. Lo más del tiempo se la pasaban a puro guabul frío y carne de mono, a veces sin sal y aun cruda, pues no podían cocinar durante el día, porque los aviones bombardeaban donde veían humo y además muchas noches tenían que dormir de pies o marchando en el fango, bajo la lluvia y con el lodo hasta las rodillas. Pero había que hacerlo y nada más.

—A mí me llaman doctor, quizás porque lleva un frasquito de mercurio cromo y se los aplico en heridas leves, granos reventados, etc. Pero detrás de mí, solamente me llaman la gorguera.

Kitris - Rio Coco — Lunes 6 de Marzo de 1933

Para evitar las pulgas y microbios de la casa del compadre, el Capitán Castro y yo nos habíamos ido anoche a dormir al otro lado del río. Hicimos una champa sobre el playón pedregoso, cerca del lugar donde acampaban los muchachos. Cerca también estaban los zambos cocinando iguanas y guabul. Una tos de perro me desgarró el pecho, pero por fin logré dormirme por ahí de la media noche. No obstante el paludismo que me

helaba los huesos y la sarna y las pulgas que roían la piel y me hacían despertar; volvía a conciliar el sueño.

Estimo que sería bastante después de la media noche, porque ya los zambos se habían acostado, cuando de pronto sentí estremecerse la champa. Era un búho o cocoroca que se había sentado casi sobre mi cabeza. Castro espantó al pajarraco agorero con una certera pedrada. Más tos. Vuelta a dormirme, para después despertar por un gran aguacero ; Todos nos remojamos. Me apareció la tos y la fiebre y como no tenía medicinas, ni como tratarme, ni siquiera poderme cambiar la ropa mojada, me resigné a morir pacíficamente y me dormí hasta muy al alba, hora en que llegó un correo anunciando que el General llegaría hoy a Wiwilí. Se le mandó uno de los pipantes.

Wamblan - Rio Coco — Lunes 6 De Marzo De 1933 6 : A. M.

(En este lugar acuarteló el General Sandino después de la batalla de Liliguás). Tanto pronto hubo llegado el general a Kitrís, después de un breve saludo y visita al compadre, embarcamos con este rumbo. La mayor parte del tiempo de navegación me conversó de temas muy variados. Por aquí cada lugar tiene su historia de bombardeos, emboscadas, combates, etc. En Wamblan ocupamos una casita que es a la vez un dormitorio, sala y cocina. Pra la fiebre palúdica, el General me dio una botella de "Tigra", de la que de inmediato me hizo tomar una dosis. Es terriblemente amarga y ácida a la vez que deja los dientes como si fueran de yeso. También me dio jabón que le llaman de chanco, o del país, especialmente formulado para el

uso del General. Contiene cera de abejas, trementina y azufre y cura la piel en dos o tres días. También me aconsejó bañarme de inmediato, para que usé una pileta de madera que está detrás de la casita. Parado sobre una gran laja y auxiliado por un guacal. Después del baño y la jabonada me sentí muy mejorado también me dio el General un frasquito de un medicamento colombiano hecho a base de curare y que sirve de antídoto y cura para las mordeduras de serpientes, piquetes de avispas, arañas y demás bichos ponzoñosos que abundan allí y me dijo:

—Se toma un traguito todo los días después del desayuno y puede decir que está curado. Ahora vamos a cenar y después a trabajar.

—Ya el General tenía su hamaca portátil instalada. Tranquilino nos trajo una buena cena compuesta de sopa de vegetales, carne al asador, plátano verde asado a las brasas, cuajada ahumado y café negro. En esta casa vive una viejecita llamada María Marcela Barrera que tiene 109 años de edad. Es muy divertida. Está enojada porque me ve preparándome para escribir y le dice al General que ella a nadie ha ofendido para que la "apunten". Satisfecha con las explicaciones del General, a quien ella adora como a un Dios, principia a hacer recuerdos y me cuenta de otra guerra hace mucho tiempo con los "gringos", cuando ella era joven y vivía en el "Interior". Evidentemente se refiere a la guerra de Walker. Después de mostrarme cartas del Presidente Portes Gil, de Almirante Sellers, del General Logan Feland y otras también de suma importancia, de todas las cuales tomé notas, en consideración a mi estado de salud, el General pospuso nuestro trabajo para el día siguiente.

Wamblan - Martes 7 de Marzo De 1933 - 2 P. m.

Nos hemos instalado confortablemente para el trabajo del día. El General en su hamaca y yo en mi mesita con mis útiles de escritorios

—Bueno ¿Por dónde quedamos?

—General, en que de Ciudad del Cabo usted se fue a Puerta Cabezas y nueve días después se presentó ante el Dr. Sacasa pidiéndole armas.

—Ya recuerdo. Bien, pues el Ministro de la Guerra del Dr. Sacasa era el General José María Moncada, un ex conservador, que quería mantener un control absoluto. Aunque hubo muchos dispuestos a irse a Las Segovias conmigo, Moncada me negó las armas que tanto necesitamos. Como los norteamericanos declararan a Puerto Cabezas "Zona Neutral", el Gobierno de Sacasa tuvo que moverse a Prinzapolka. En Puerto Cabezas quedaron rifles y ametralladoras escondidas para que no los capturaran los marinos. Estas armas me fueron "entregadas" secretamente por unas prostitutas de esa ciudad que sabían donde estaban escondidas y que por suerte eran segovianas. Ellas, con el mayor sigilo, me ayudaron a sacarlas por la noche. Con mis ayudantes y ese grupo de segovianas de la vida pública, logramos sacar los rifles, dos ametralladoras y poco más de 37,000 cartuchos. Todo nuevo. Esto además de unos pocos rifles viejos y quebrados que nos dieron los del Gobierno y de los cuales apenas uno que otro sirvió.

—Bueno, en total permanecí cuarenta días en la Costa Atlántica. Supe que Moncada se opuso a que me entrega-

ran las armas, que él estaba tratando de organizar una expedición al mando del General Espinosa, que había andado hombro con hombro con los marinos Moncada hasta me propuso darme las armas si aceptaba ir de segundo de Espinosa y hacer propaganda presidencial por el candidato que se me indicaría al llegar las elecciones.

—¡Qué diablos! Comprendí que debía dejar a los políticos entenderse y arreglarse entre ellos mismos y regresé a las Segovias a cumplir con mi deber. Volví sobre este mismo río que vino a ser mas tarde la principal arteria de mi guerra. Pero ahora venía corriente arriba y con un precioso cargamento, por lo que me llevó casi un mes el viaje.

—Vea Román ¡Qué cosas! El dos de Febrero de 1927 me reuní con mis hombres en El Chipote. Exactamente 6 años antes del 2 de Febrero de 1933 que firmamos la paz con Sacasa. ¿Recuerda? Ahí nos conocimos. Es decir, un mes después de haber desocupado la República de Nicaragua hasta el último de los marinos.

—Es un día inolvidable, General, por eso estoy aquí.

—Bueno pues, ese 2 de Febrero de 1927 principié a reunir cuantos hombres pude y salimos a atacar El Ocotal, con no muy buena suerte debido a nuestra escasez de armamentos, pero de ahí salimos para atacar San Juan de las Segovias, donde después de un combate de cuatro horas, capturamos mucho pertrecho y siguió mi avance hacia el lado de San Rafael. Ya mi ejército había aumentado considerablemente en hombres, pero estábamos muy mal equipados y para equiparse había que tomarse Jinotega.

-Yucapuca en lengua indígena quiere decir cerro cal-

vo. En realidad es un cerro calvo y de larga y suave pendiente. Ya usted lo vio. Domina la sección entre Jinotega y San Rafael. Ahí me instalé y sostuvimos recias batallas como las de "Puente del Chilamate", "LOS DOS Cerros" "San Gabriel" y "Jinotega", que todas juntas forman el ya renombrado sitio de Yucapuca, donde se dio a conocer que mi guerra no era fácil de dominar. Y así, con gente mal equipada, tomamos la ciudad de Jinotega, fuerte Conservador en el Norte de Nicaragua.

—En Jinotega apertreché mi ejército y nos equipamos muy bien con armamento y vituallas que capturamos en abundancia. Ahí en Jinotega recibí un correo urgente de Moncada pidiéndome corriera a auxiliarle al lado de Matiguás, pues su situación era sumamente difícil. Me decía que si no le auxiliaba de inmediato, me haría responsable del desastre Liberal. Ya le enseñaré la nota escrita de puño y letra de Moncada, (Efectivamente, más tarde me mostró la mencionada nota). En ese momento, mi ejército contaba con más de dos mil soldados muy bien equipados.

—Antes de Continuar, déjeme contarle algo sobre la toma de Jinotega, porque es una ciudad que quiero mucho. Ahí fue mi verdadero principio. Mi primer éxito verdadero. Poco antes de las 5 de la mañana teníamos rodeada aquella plaza. Apenas se distinguía blancura de las paredes entre aquella neblina espesa y fría. Parpadeaban difusas algunas lucecillas de la ciudad y me daban la ilusión de una postal para turistas ¡Yo soy también medio poeta! Me detuve unos instantes, pero con gran pesar en mi alma tuvo que romper aquella dulce calma y la de muchos inocentes que dormían y quizás soñaban

entre la bruma, como Jinotega que parecía soñar con sus pinos y sus flores....Pero había que hacerlo y con un nudo en la garganta di la señal y rompimos el asalto, dando una batalla feroz que duró hasta las cinco de la tarde, terminando con un triunfo total para nosotros. Capturamos el enemigo todo el elemento de guerra de que disponía. Se llegó a sentir terror por nuestra columna. Los cerros de Yucapuca y Zaraguasca eran baluartes nuestros. Integraban la Columna Segoviana poco más de 800 soldados de caballería y más de dos mil de infantería, todos muy bien equipados y que hacían flamear sobre la serranía segoviana nuestro pabellón rojo y negro que es un símbolo, el rojo que representa la resurrección, sobre el negro que es la muerte.

—Perdone la interrupción y continuemos con el relato: Supe que un pelotón de 150 hombres que yo había enviado para auxiliar el tren de guerra que desde la Costa se le enviaba a Moncada, había llegado a muy buena hora ayudando a Escamilla a completar la difícil cruzada. En Jinotega recibí a Parajón que había regresado de su viaje de salud a el Salvador. Mi orquesta típica dio un concierto en su honor. Dejé en Jinotega al mando de un pelotón de mis fuerzas al después satélite de Moncada, Camilo López Irías y marché con el resto de mi ejército a libertar a Moncada del cerco en que lo tenían encorralado las fuerzas de Díaz. En el camino de Jinotega a Las Mercedes, lugar donde se encontraba Moncada tuve dos ligeros encuentros: Uno en San Ramón y el otro en Samulalí. Cuando llegué a Las Mercedes, Moncada claramente empezaba a flaquear debido al empuje del enemigo que era numéricamente muy superior. Hasta había ya abandonado unos cañones.

Después de mi partida, se reunieron en Jinotega los Generales Parajón, Castro Wasmer y López Irías, formando una sola columna que venía en campo limpio a pocas jornadas atrás de mí. Lo que sigue es algo muy interesante y recuerdo muy bien: Una tarde de la última quincena de Abril llegamos a El Bejuco, donde teníamos al grueso del enemigo enfrente. Inmediatamente ordené al Coronel Porfirio Sánchez hijo, que saliera de avanzadilla y les atacara. A poco tiempo aparecieron las fuerzas de Parajón, Castro Wasmer y López Irías y entre los tres libramos una tremenda batalla en la que participaron, entre ambas partes, cientos de ametralladoras y cañones. En esa batalla capturamos varios miles de rifles, muchas ametralladoras, cañones y varios millones de cartuchos, con lo que acabó de equiparse todo nuestro ejército.

En conferencia con Parajón, Castro Wasmer y López Irías, resolvimos que fuera yo con 150 hombres a reconocer el campo de batalla. A poca distancia, entre unos pequeños cerros, me encontré con gente mía, locos de entusiasmo porque habían capturado el cuartel general del enemigo que había estado afligiendo a Moncada. En el hospital de sangre de ese cuartel se capturaron muchos heridos quienes nos informaron que los generales conservadores al mando de aquellas fuerzas eran: Bartolomé Viquez, Marcos Potosme, Carlos Chamorro Baquedano, Alfredo Noguera Gómez y Carlos Rivers Delgadillo.

Al amanecer divisamos unas banderitas rojas que flameaban en el picacho de un cerro y con mis hombres me acerqué cautelosamente, pero antes de llegar nos salieron al encuentro tres hombres de las fuerzas de Moncada quienes nos acompañaron a la casa hacienda

donde se encontraba Moncada.

—Ahora oiga y ríase. Cuando llegué al campamento me encontré con el fantoche de castro Wasmer, ya sentado en una hamaca con Moncada. Un soldado de los míos se había anticipado a decirme que había escuchado a Castro Wasmer contarle a Moncada “el gran trabajo que le había costado arrear hasta allí a Parajón, López Irías y Sandino”... Mientras tanto, al verme llegar las fuerzas segovianas y las costeñas, entusiasmadas gritaban “VIVA SANDINO”. Moncada se levantó y fue a recibirme con su sonrisita irónica, me dio golpecitos paternales en la espalda e inmediatamente hizo leer la orden del día prohibiendo el traspaso de soldados de una columna a otra. Claro, porque casi todo el ejército allí reunido quería pertenecer a las columnas segovianas. También me ordené trasladarme a la plaza de Boaco, diciéndome que fuerzas bajo su mando la ocupaban. Eso era falso, porque más tarde supe que la ocupaba el General Rivers Delgadillo. La intención de Moncada era que yo fuese asesinado por las fuerzas al mando del Coronel José Campos, a quien Moncada tenía estacionado sobre mi camino por el que yo debía pasar aquella noche. Esto lo supe algún tiempo después conversando con el mencionado Coronel Campos, quien me aseguró que Moncada nunca le dijo que yo iba a pasar por ese lugar, razón por la cual aquella noche nos ametralló, pues estaba seguro que se trataba de conservadores y esas órdenes tenía.

—Cuando llegué a orillas de Boaco estaba seguro de encontrarme con fuerzas de Moncada, pero también nos recibieron con ametralladoras. Retrocedí y tomamos posiciones. Acuartelado ahí, le mandé un correo urgente a Moncada informándole que en Boaco estaban reunida

todas las fuerzas conservadoras derrotadas por mi ejército en Las Mercedes, que diera pues sus órdenes porque no era cierto que fuerzas suyas ocuparan aquella plaza. El correo que mandé regresó diciéndome que Moncada había desocupado Las Mercedes, marchando hacia el lado de Boaquito. Junto con toda mi gente le seguí hasta alcanzarle. Ahí fue donde el Coronel Campos me contó lo que antes le referí.

—Y siguen las vivezas criollas de Moncada. En Boaquito me ordenó que saliera inmediatamente y que ocupara Cerro Común y que no me moviera de ahí hasta que él me lo ordenara. Estando yo en Cerro común, Moncada se fue a Managua, regresó y nos ahorcó en un "Espino Negro en Tipitapa".....

—Matiguás, Palo Alto, El Bejuco, Las Mercedes y otras más, son una serie de grandes batallas que combinadas finalizaron la revolución del 26 que costó miles y miles de vidas, pues entre Liberales y Conservadores lucharon no más de 20,000 soldados bien equipados. Y toda la propiedad destruida. Y los millares de nicaragüenses que murieron heroicamente en los campos de batalla dejando abandonados a sus hijos y esposas para cumplir con la Patria. . Quizá, se pregunten algo que yo también me pregunto y que quizá nadie pueda contestar ¿Y para qué? ¿Para traer otra vez a los marinos norteamericanos a pisotear Nicaragua? ¡NO! ¡NO!

ME DIJE ¡NO!, MIENTRAS SANDINO VIVA, HABRÁ QUIEN PROTESTE

—El General, evidente y profundamente emocionado, quizás tanto como lo pudo haber estado aquel glorioso día en que decidió protestar combatiendo a los Estados

Unidos, cayó en un profundo silencio de varios minutos que me parecieron horas frente a la majestuosa figura de este gran patriota.

Campamento _ Luz y Sombra Miercoles 8 de Marzo de 1933 6 A.m

Dormí muy bien en una camita portátil de las que usaban los marinos. Después del maravilloso desayuno, el General me llevó a enseñarme el grandioso paisaje del río y los cerros, desde un barranco a la orilla de la casa.

—Este campamento - principia el General se llamaba La Amarrana, que en zumo quiere decir el maizal, pero la tropa solamente le decía La Marrana. Aquí convalecí de la herida que me infligieron en la batalla de Zaraguasca, el 11 de Junio de 1930; vinieron a asistirme un médico hondureño y una enfermera salvadoreña. A mi esposa no la dejaron salir de León. Más tarde, cuando ella vino aquí, el nombre de La Marrana no le gustó por parecerle impropio para un lugar tan bello y lo bautizó con el nombre de LUZ Y SOMBRA, en recuerdo a una pequeña finca que su padre posee en San Rafael.

Como usted lo puede comprobar, es un lugar muy agradable, rodeado de montañas y con ese arroyo - y me mostró un lindo arroyito que descendía de lo alto de las rocas que tiene fama de ser rico en arenas de oro. Su agua parece que tuviera hielo, porque viene desde la cumbre de aquellos cerros que ahorita cubre la neblina. Su agua es deliciosa. Usted ya la probó.

—Como ve, aquí tenemos cocina de hierro, casas de techo de zinc y otras cosas más que fueron traídas de un

campamento de los marinos de allí nomás, *de* la boca del Poteca, donde hay una agua muerta de regular tamaño y donde acuatizaban los hidroaviones. Cuando lo desocuparon los marinos le pegaron fuego a todo, pero más tarde los muchachos lograron limpiar y salvar algunas cosas. Aquí también tenemos un gallinal, puercos, vacas, plátanos, maizal y hortalizas. Por más de un año fue mi Cuartel General y nos ha servido mucho. Si le parece, continuemos con la historia.

—Estoy a sus órdenes, General. Principió a pasearse en su forma acostumbrada, con las manos atrás y la cabeza gacha. Se puso a reír, se detuvo y me dijo directamente: Mi esposa siempre me critica, amablemente, por este peripatetismo y por sentarme y levantarme. Dice que son nervios y puede ser, porque esto me sucede cuando tengo a muchos escuchando en la conversación. Cuando estoy solo, como en este caso con usted que me siento en confianza, ya ve, me recuesto en la hamaca y ahí, sí, me concentro, pienso, discurro y recuerdo con claridad. Voy a la hamaca pues, ¿Por dónde quedamos?

—General, quedamos en que a usted le había mandado a Moncada a ocupar Cerro Común.

—¡Ah, sí, sí! "Esto debe de terminar hoy" le dijo el Coronel Henry L. Stimpson a Moncada bajo un árbol de espiño negro, en la Villa Típita. Yo, sin saber lo anterior y de acuerdo con planes previos, me estaba preparando para lanzar el ataque, tal cual la orden que me había pasado el General Beltrán Sandoval, cuando apareció el General Heberto Correa Secretario de Moncada y me puso al tanto de lo que había pasado y estaba pasando en Típita y del armisticio y que andaba avisándonos a todos los jefes

para que nos reconcentráramos en Tipitapa y hasta me repitió Correa las palabras de Moncada: “Yo no tengo deseos de inmortalidad. Es decir, no quiero ser un héroe, como Benjamín Zeledón. Ya estoy viejo y si puedo vivir unos años más, tanto mejor. Les digo esto a propósito de la imposición americana

—Escuche, que ésta es la historia exacta: Entonces se ajustaron los tratados Stimpson -Moncada, por los que el ejército y el Partido Liberal convinieron en entregar todas sus armas, recibiendo en cambio diez pesos nicaragüenses por cada rifle y comprometiéndose los Estados Unidos a vigilar las futuras elecciones. Moncada supo convencer a todos los generales de que los liberales habían obtenido un triunfo completo y les hizo entender que ocuparían el poder. Cuando Moncada me mandó hacer tal propuesta, me prometía también que me daría la Jefatura Política de Jinotega. Que el gobierno de Díaz pagaría todo. Que la caballería que yo tenía sería legalmente mía y que por todo el tiempo que había estado en la revolución, desde el primer día, se me reconocería un sueldo de diez dólares diarios, que serían pagados en el acto por la Misión Americana de Paz.

—Estaba yo entonces en el lugar llamado El Cacao, el 9 de Mayo de 1927. Por supuesto fingí aceptar, para que me diera tiempo de retirarme y en cuanto llegué a Jinotega fui recibido con palmas, flores y música. Y ahí mismo anuncié públicamente mi propósito inquebrantable de luchar contra Los Estados Unidos. Preparé a mi gente. Licencié a los que tenían deberes ineludibles, o tímidos que se cobijaron bajo ese pretexto. Sigilosamente mandé a esconder en las montañas 40 ametralladoras, y gran cantidad de

rifles y elementos bélicos para poder disponer de ellos en el momento oportuno y marché en son de guerra.

—En mi marcha, al pasar por San Rafael del Norte, me casé con la Señorita Blanca Aráuz que era la telegrafista del lugar y a la que había conocido cuando me dirigía a auxiliar a Moncada. La boda fue muy sencilla, en la Iglesia del pueblo de San Rafael, en la madrugada del día de mi cumpleaños, el 18 de Mayo 1927.

—Tres días después, el 21 de Mayo, Moncada junto con los invasores norteamericanos ocupó la plaza de Jinotega y por telégrafo me invitó a rendirme con propuestas aun más halagadoras, pero yo me retiré a un lugar recóndito en las montañas de Yalí.

—Entonces apenas tenía treinta hombres y aún de esos, algunos estaban indecisos y me preguntaban el por qué de no aceptar tan halagadoras propuestas y de no conferenciar.

Pero bien conocía yo a Moncada y sabía que una conferencia con él significaría mi muerte. Dos días más tarde fui alcanzado por mi padre, Don Gregorio Sandino, enviado como emisario de Moncada y del Jefe de los Marinos para hacerme todavía mejores propuestas. Con mi padre les mandé a ratificar mi propósito de luchar hasta el final. Eso fue el 25 de Mayo de 1927 y continué la marcha hacia las más intrincadas serranías y logré reunir el pie veterano de mi ejército con sesenta hombres, entre los que encontraban los mineros de San Albino, quienes jamás me han abandonado.

—Pasando por alto algunas acciones menores, el 12 de Julio recibí una nota ultimátum del Capitán G. D. Hatfield de la Marina Norteamericana que ocupaba la plaza de El

Ocotal. Ya nos habíamos cruzado varias notas que han sido publicadas muchas veces, pero en esta última, en nombre de su más alto jefe, me notificaba que si en un plazo de 48 horas contadas desde ese día no hacía entrega de todas las armas y pertrechos que tenía en mi poder, el Cuerpo de Marina de los Estados Unidos se vería obligado a batirme y despojarme por la fuerza. Que esperaba mi contestación. Le contesté que estaba bien, que le llevaríamos nuestras armas, pero que esperábamos qué cumpliera su promesa de despojarnos de ella. Inmediatamente principiamos a alistarnos y fuimos muy puntuales a la cita. El día 16 de Julio, tres días después de recibir la nota de Hatfield ya mi ejército ascendía a sesenta hombres, entre oficiales y soldados regulares. Además contaba con 600 indios armados de machetes, cutachas y hachas, todos listos para el asalto a El Ocotal. A la una de la madrugada iniciamos el ataque.

—En el Ocotal estaban probablemente cien marinos y otro tanto de soldados nicaragüenses renegados comandados por ellos. Le voy a decir. Yo realmente sólo contaba con mis 60 hombres para la verdadera lucha; los indios eran para que ayudaran con el ruido y su número. Así pues, con la certeza de encontrar la muerte y con el valor que da la convicción de poseer el derecho y la justicia, con mis sesentas soldados y los indios luchamos contra los famosos marinos de los Estados Unidos en desigual y recia batalla que en realidad era dos a uno contra nosotros, ya que los indios carecían de armas. Nos vencieron, digo por que no pudimos vencerlos, únicamente por los aviones. Sin los aviones muy mala suerte hubieran corrido los marinos en El Ocotal, después de haberme prometido despojarme de las armas por la fuerza. Los campesinos

nos saquearon El Ocotal y los marinos se encuevaron en un cuartel viejo de grandes paredes en el centro de la ciudad, el que no incendiarnos y dinamitamos en consideración a las mujeres y niños indefensos del vecindario. Le repito que si no hubieran sido los aviones que nos atacaron despiadadamente, sin duda alguna hubiéramos acabado con los marinos. Los aviones en formaciones, se dejaban caer como gavilanes bombardeaban, ametrallaban y se volvían a elevar para repetir la maniobra, con lo que lograban herir o matar algunos indios, pero lo que sobre todo lograban muy eficazmente era sembrar el terror. Considere usted que era la primera vez que se veían en Nicaragua aviones de guerra en acción y para los indios, la primera vez que los veían y oían su estrépito ensordecedor. Se podría decir que los sentían, de tan bajo que volaban. Lo que me más duele de esta batalla es la pérdida de mi brazo derecho, el Coronel Rufo Marín, súper-hombre y caballero. La publicidad que esta batalla nos dio, fue tremenda.

—Después de una larga pausa durante la cual el General sólo parecía estar presente físicamente: Me miraba fijamente sin verme, pues su mirada y su mente, sin duda alguna, estaban en otro lugar y en otro tiempo que él sentía como real y presente. Aun muy pensativo yo, continúo:

—Como usted puede ver por mi relato, después de los pactos de Tipitapa hubo un momento, en La Corneta, donde sólo me quedaban 29 hombres y aun de esos pocos, algunos vacilaban. Sin embargo, yo debo de haber estado loco como dicen, pues no desmayé.

Insistí y discutí y por más esfuerzo que he querido hacer, no puedo recordar que lógica usé, pero logré convencer a aquellos hombres de que "es preferible mil veces morir que ser esclavo". Solamente aquella voluntad férrea de que me armé y el ánimo estoico y rebelde de aquellos indios pudieron hacer de aquella cruzada de guerrillas absurdas, una realidad.

—Usted sabe muy bien que hasta entonces la palabra de los Estados Unidos era ley inapelable en Nicaragua. Se les obedecía como a dioses y nos dominaban con sólo el gesto. Yo mismo, se lo confieso, creía firmemente que iba a entregarme a una muerte segura y necesaria para lavar a Nicaragua con un bautismo de sangre aquella afrenta que me hizo el borrachito mejicano al llamarme vende patria por culpa del tratado Bryan—Chamorro.

En realidad mucho fue lo que aprendimos del combate de El Ocotal: Primero y lo más importante de todo, siempre situarse del lado del honor y la justicia, lo que sustenta el espíritu haciéndole invencible; segundo, que la invencibilidad de los marinos americanos es puro mito. Tercero, que la participación de la aviación militar en nuestra contra introducía un elemento de sorpresa que sería difícil de esquivar y en cuarto lugar aprendimos el inmenso valor de la publicidad en cuanto a la opinión mundial y nos convencimos que nuestro principal objetivo debería ser el de prolongar la lucha de protesta por el mayor tiempo posibles, pues en realidad desde este punto de vista no importa tanto el que se gane una batalla, como el librarla y publicarla. También fue de gran valor salir prácticamente

victoriosos de una batalla donde solo esperábamos encontrar la muerte para lavar la honra de la Patria. Conste que de esto iban conscientes todos mis hombres inclusive los indios lo aceptaron con honda satisfacción.

Capítulo III

En Bocay —Rio Coco —Jueves 9 de Marzo de 1933.

Salimos muy al alba de Luz y Sombra y como a medio camino, donde el río se torna más caudaloso, cambiamos el pipante mediano que llevamos por uno grande de caoba y con 16 canaletes que hacían lujos de maniobras:

Imitaban, al remar acordemente, vuelos y ruidos de diferentes animales. El vuelo del murciélago, el de la golondrina, el caminar del pato, etc. Todo esto con ruidos y golpes de los canaletes (remos especiales) y a los lados del pipante. El "probero" va de pies en la propia punta de la proa con una larga vara de bambú con la que dirige las maniobras y establece el curso de la "nave".

Al llegar a un raudal "siembran" los canaletes en el agua, en tal forma que frenan la velocidad del pipante, como si fuera un automóvil. Después ladean los canaletes horizontalmente, apenas rozando el agua, para evitar que se bambolee o que se vaya de un lado o del otro

Una flotilla de picantes, diminutos, medianos y grandes había llegado a encontrarle, pues sabían de la llegada de El General. Eran familias de los palenques de Bocay. Resulta interesantísima la flotilla de pipantes. Todos le llevan obsequios: Flores, frutas, pollos, cotorras, iguanas y frasquitos de polvo de oro.

La selva ha cambiado de aspecto completamente. Ahora sólo se ven bambúes, pig-bahs, cicales y toda clase de palmeras a la vera del río. A cada dos o tres kilómetros, *pasamos* un palenque de indios. Un palenque es una reunión de 15 a 20 chozas construidas sobre tallos gruesos de bambú como de dos metros de altura, sobre

las cuales hay un piso de cajas de bambú al igual que las paredes. El techo y las paredes están Cubiertas con hojas de palma o de Cocoteros bien trenzadas. El día lo pasan abajo y la noche arriba, salvo cuando hay luna y buen tiempo. Llegamos a Bocay a las cinco de la tarde. Es un bello lugar precisamente en la confluencia del Río Bocay con el Coco. El pueblo de Bocay consiste en unas doscientas chozas que fueron destruidas e incendiadas totalmente por los marinos cuando abandonaron su gran cuartel e instalaciones que ahí tenían. Bocay fue una de las grandes bases de la Marina Americana durante la guerra. Tenía estación central de radiocomunicación campo de aterrizaje y facilidades de acuatizaje, pues el río aquí alcanza una anchura mínima de 200 metros en el verano y en el invierno mucho más pero variable.

El actual cuartel de Sandino consiste en un caserón de bambú para las provisiones y adyacente una casa pequeña de madera y techo de zinc. Tiene cocina de hierro. Un barril que fue de aceite diesel, sirve como ducha de baño. Hay muchas cajas con documentos y otras más están por llegar. Dos máquinas de escribir en buen estado (teclado inglés), camitas portátiles y por supuesto la hamaca del General. Una mesa grande que también sirve de escritorio al General y dos mesitas pequeñas metálicas, que como casi todo lo anterior, fueron recuperadas de donde las quemaron y abandonaron los marinos.

La casa que ocupa el General está sobre un promontorio escarpado tal vez de 30 metros de altura, con amplia vista sobre la "Y" que forman los ríos. La noche era despejada y con claridad de luna llena. Antes de la cena, que fue muy buena, el General y yo llevamos un par de

butacas y nos fuimos a conversar a la luz de la luna, a la orilla del barranco que da al río.

—Oiga, Román, he estado en este lugar muchas veces, pero nunca antes en estas condiciones: La noche tan despejada, la belleza y calma del lugar con una luna llena que hace brillar las aguas de este río milenario y sobre todo sin los sobresaltos de la guerra. Quiero aprovechar la belleza paradisíaca del paisaje y esta tranquilidad única e inefable para platicarle acerca de intimidades y sentimientos, que aunque no forman parte de nuestra campaña militar, si, los considero aspectos fundamentales de nuestra lucha que le ayudarán a usted a entender la esencia de la misma y del futuro de Nicaragua. Quiero sentirme libre de hablar sin hacer pausas para sus notas, que además requerirían más luz de la que está bellísima luna nos puede proporcionar. Muy difícilmente se me presentará otra ocasión más propicia que ésta para lo que siento necesidad de expresarle, por lo que le ruego, pues, no tomar nota en esta ocasión.

—Desde luego que usted puede usar para su obra todos los detalles que de esta conversación considere más importantes, usando en cuenta su propia manera de expresarlos y con la extensión y en la forma que lo estime más congruente con la presentación de su trabajo. Además, he notado que usted tiene muy buena memoria y mañana o pasado podrá sin dificultad escribir al respecto lo que crea conveniente.

—Me hablaba paseándose con la cabeza gacha, dando unos cuantos pasos para acá y otros para allá. —Ya ve, pues, ahora sin la hamaca tendré que pasearme, sentarme y hacer muecas, como dice Blanquita. Y a propósi-

to dice mi señora esposa, que es una lástima que no la haya conocido, es una bella persona. Espero que haya otra oportunidad. Permítame decirle, aquí internos que lo que me tiene mas nervioso ahora, es que estoy próximo, a ser padre. Quizás dentro de tres meses más. Por eso es que ella no pudo venir conmigo esta vez. Usted no puede imaginarse la alegría y la ternura que siento al pensar que estoy próximo a ser padre, más que nada porque quiero darle a mi hijo todo el cuidado y todo el amor paterno que a mí me faltó. Ya verán los espíritus astrales que yo no soy un resentido.

—Quizás no sea exacto lo que acabo de decir, pues hay algo que me inquieta aun más que lo de la paternidad y es el futuro de Nicaragua y de mi cruzada, pues aunque los Estados Unidos hayan tenido que aceptar la derrota militar, que hasta cierto punto le da algún prestigio a su nuevo Gobierno, no tan fácilmente aceptarán una derrota política. De esto estoy absolutamente seguro. No se en qué forma lo intentarán, pero se que ellos cuentan con políticos muy hábiles y muy sutiles y que los nuestros son muy corrompidos y como usted lo sabe, desdichadamente la política no es mi terreno. Además, los Estados Unidos tienen mucho dinero que saben muy bien como usar y en política el dinero es un arma muy poderosa. Ya vio usted como compraron a Moncada y a todos sus generales y oficiales y en fin a todos sus soldados, excepto los nuestros, a diez pesos por cabeza.

—He tenido varias propuestas que de aceptarlas me hubieran proporcionado amplios medios para proseguir la guerra y hasta para haber tomado el poder en Nicaragua, pero consideraré que una vez retirados los marinos

hubiera sido indigno de mi parte derramar más sangre de hermanos. Especialmente siendo el Dr. Sacasa, hombre íntegro a quien yo aprecio inmensamente y en quien confío totalmente. Precisamente, para evitar intrigas y presiones políticas, aceleré unilateralmente la firma de la paz.

—Sobre esto he pensado mucho, muchísimo. Desde hace bastante más de un año, sabiendo que nuestra guerrilla era ya invencible, comprendí que eventualmente los marinos tendrían que irse y que nosotros quedaríamos enfrentados a la Guardia Nacional, ejército contra el cual no es nuestra lucha y contra el cual no tenemos querella alguna, excepto que dudo de su constitucionalidad y de su lealtad a Nicaragua. Pero por más que he meditado y cavilado en cuanto a como evitar los peligros que para Nicaragua involucra tal situación, he llegado a la conclusión que no me corresponde a mí, ni a mi ejército el tratar de solucionar un problema que aun no existe más que en embrión. El aborto, además de inmoral es peligroso.

—Mire, Román, los largos años de lucha combatiendo en condiciones tan desfavorables y manteniendo en alto un ideal y el nombre y la honra de la Patria; talvez sean unas glorias, pero también son una gran responsabilidad. La pureza de la causa debe mantenerse a cualquier costo. La soledad en la montaña, cargando con todo el peso de esta campaña sobre mis hombros. Las noches interminables de vigilia y espera, le abren a uno un sentido extra, mediante el cual todas las cosas adquieren una nueva dimensión y la capacidad de juicio es más serena. La quietud y la inmensa soledad de quien ya no tiene a quien recurrir para tomar las últimas decisiones, que tie-

nen que tomarse, le ponen en contacto con algo más allá de su propio ser ¡Más allá de todo lo humano! Es pues basado en estas extraordinarias experiencias y en estas hondas cavilaciones y profundos pensamientos, que sé de positivo y sin lugar a la menor duda, que el resto de mi vida está sellado al lado de estas montañas y de sus humildes moradores.

—El General hizo una pausa muy marcada y sostenida que aproveché para recapitular mentalmente los puntos básicos de su discurso. Después de unos, dos o tres minutos, cambiando de fisonomía dejando escapar una sonrisa de honda satisfacción y también cambiando de tema, dijo:

—Recuerda? Yo le conté que cuando me hirieron en la batalla de Zaraguasca, me llegaron a atender un médico hondureño y una enfermera salvadoreña. Entonces omití decirle algo que siento debo confesarle. Esa enfermera se llama Teresa Villatoro. Cuando tenían detenida a mi esposa, esa mujer me acompañó en el Chipote. La he querido mucho y haría cualquier cosa por ella, pero se tiene un carácter la chingada y simplemente no somos el uno para el otro, por eso la regresé a El Salvador y partimos para siempre. Quiero serle muy franco en cuanto a mujeres ¡Claro que me gustan! Pero no me apetecen estas zambas y mucho menos las prostitutas; por eso me traje a Teresa, pero en cuanto pudo venirse mi mujer, la despaché. Aquí mis soldados tienen libertad para enamorar a las que quieran, zambas u otras y también para conseguirlas por las buenas, pues es una ley terminante en el ejército que al que viola o estupra una mujer, se le fusila sin contemplaciones y como abundan las indias y

campesinas, realmente, no hay problemas. De homosexualidad no se ha registrado ni un sólo caso durante toda la guerra. Esas degeneraciones urbanas aquí son tabú.

—Ahora bien, una de las razones porque me casé, fue por tener una compañera en la montaña, pero a Blanquita no me la dejaron venir. La tenían en rehenes. Dicen que se la llevaron a León. Con decirle que para su madre y sus tías yo soy un masón y un comunista es decir, “hereje excomulgado”

—Bueno, después de Zaraguasca, cuando vino Blanquita trajo a sus dos hermanos, Pedro Antonio y Luis Rubén, a quienes dejé como ayudantes de Secretaría. Les teníamos muy bien vigilados y al poco tiempo mis muchachos me mostraron pruebas irrefutables que estaban en coqueteos con la Guardia Nacional. Iban a ser fusilados, pero a ruegos de Blanquita les dejé ir ¿Y ha de creer? En Agosto de 31 se presentaron a la Guardia Nacional.

—Como no tomaba notas y me habló de tantas cosas, solamente hice resúmenes mentales de lo que me pareció más significativo, para ceñirme lo más fielmente posible a su relato. Como habláramos de perros, le pregunté que por qué no los tenían y me contestó que los perros eran buenos para cuidar predios, guiar ciegos, perseguir prisioneros escapados y para guerra de otros tipos, pero no para las guerrillas porque más bien distraían al soldado que en las emboscadas tenía que estar completamente inmóvil, a veces hasta por muchas horas seguidas. También les achacó el dejar huella con la cagada, que cada perro come más

que un soldado y que en las largas cruzadas lluviosas en la montaña se perdían, pues sólo el olfato les guía y que a la larga más bien delataban en vez de encubrir. De ahí que los perros estaban descartados en las guerrillas y prohibidos en los campamentos. También trajo a colación aquella su novia Mercedes de Niquinohomo. Indudablemente la guerra contribuyó a separarles, pero además en cuestión de ideas era anticuada y no habría podido vivir en la montaña. Finalmente, él se había dado cuenta que había un hado que se oponía entre ellos y a la hora de partir a la manigua ya era muy tarde... Mejor que eso quedara como un dulce sueño infantil a que terminara en una realidad triste y trágica.

Me dijo que algo le llenaba de una inmensa satisfacción, era el que nunca hubo un pleito o discordia rencorosa entre sus generales y oficiales, ni siquiera entre la tropa. Hubo siempre verdadera fraternidad y respeto al rango, lo cual obró como un aceite mágico que hizo funcionar maravillosamente el complicadísimo engranaje de sus operaciones, tal que más bien parecían un juego de balompié, excepto que aquí un mal pase significaba la muerte.

—Después de estarse paseando un rato en silencio, el General se sentó en la butaca, estiró las piernas y con las manos detrás de la cabeza gimió suavemente y dijo: Después de todo, no hay como la hamaca.

—No hay duda, le dije, pero también debemos recordar la escuela peripatética que ha sido seguida por tantos filósofos.

—A propósito, de Filosofía, creo conveniente expo-

nerle a grandes rasgos algunas de mis ideas filosóficas ¿Usted debe haber leído algo, u oído hablar sobre Martín Trincado? (*Aquí el maestro Román, como más adelante lo dice, por escribir de memoria la conversación con el general llama Martín a Joaquín Trincado.*)

—Sin esperar que yo le contestara continuó: Martín Trincado es sin lugar a dudas uno de los grandes filósofos

Contemporáneos. Es el fundador de la escuela “Magnético espiritual de la Comuna Universal”. En Buenos Aires tiene una gran revista llamada “La Balanza”. Es el Gran Maestro de la Cosmogonía. Es una lástima que yo no conocí al Maestro Trincado antes de escribir mi “REALIZACION DEL SUPREMO SUEÑO DE BOLIVAR”, pero estoy elaborando con él nuestra teoría de la “UNION HISPANO AMERICA OCEANICA”

—Después, paseándose a ratos, sentado otras veces, continuó hablando sobre La Reencarnación, Los Rosacruces, Espiritismo, Yoga, Teosofía e inspiraciones intuitivas, de las que tuvo muchas y muy valiosas durante la guerra. Repito que como no tomé notas de esta conversación y no quería recargar mi memoria, no hice esfuerzos en retener las mencionadas teorías que el General me explicó; por el contrario, usé las pausas para repasar y fijar mejor todo lo anterior. Le comenté que desgraciadamente yo no estaba iniciado en esas doctrinas esotéricas, pero que conocía personas serias y de mucho valor intelectual entusiastas por la Astrología, Hipnotismo, Espiritismo y Teosofía y que en cuanto a las intuiciones, no sólo no hay duda, sino que actualmente constituyen un campo de serios estudios.

Cuando nos retiramos, nos esperaba Tranquilino con un formidable plato de sopa de sesos con palmito y otros aderezos mágicos de la flora del Río Coco. Pero antes de cenar hice un resumen de los puntos salientes de la conversación, mismos que ya llevaba ordenados en la memoria, pudiendo así descargar la mente y gozar enteramente la cena y la compañía del General. Después de la cena, antes de acostarme, escribí un borrador de tan importante conversación.

Bocay — Río Coco — Viernes 10 de Marzo de 1933 7 A.m

Anoche dormí en un cuarto contiguo al del General, junto con Tranquilino, en dos camitas metálicas de las desenterradas. Temprano de la mañana llegó a traerme el Coronel Rivera para mostrarme el campamento que está rodeado de cabañas de zambos. Me llamó la atención que, todas las “mujeres” de doce años o más, en su mayoría andan embarazadas o criando, o ambas cosas a la vez. A los tiernos les llevan colgando de la espalda, en una tela de tuno. El tuno es un árbol cuya corteza es puesta a remojar y después estirada con mazas de madera contra una troza, hasta convertirla en una tela como de cáñamo. Se puede lavar, coser, y trabajar como cualquier otra tela. Es muy fresca y la usan para taparrabos, hamacas, sacos de carga y en fin, para todo aquello que puede ser hecho con tela, pues es la única que tienen. Los niños andan desnudos, los adultos semidesnudos y “pintados” como venados tiernos. Ninguno habla ni entiende español. El Coronel Rivera les reparte sal.

El Almirante es el Jefe de todos ellos, a su vez dependiente del Coronel Rivera. El Almirante es hijo de una zamba y de un negro. Sus manos son blancas como si anduviera con guantes de algodón y su rostro es como una máscara debido a los parches blancos alrededor de los ojos y de la boca. Estas manchas de la piel son producidas por bebedizos de lo que solamente los hechiceros conocen lo secretos, tanto para producirlas como para quitarlas. Esa es la creencia entre ellos y les llaman "vulpis".

El Almirante me extendió su enorme mano que tuve que estrechar. Parecía lija y me produjo un fuerte repelo en todo el cuerpo, pero supe disimular. El Almirante es un experto conocedor de toda esta región y de su gente. Conoce el río metro por metro, desde ciudad El Cabo hasta Santa Cruz. Fue el mejor instrumento del Coronel Rivera para el manejo de la flota de pipantes durante la guerra. Le dicen El Almirante, porque el dice que es el Almirante Sellers de la Flota Nicaragüense. El Coronel le decía: Se necesitan tantos pipantes, tal día, a tal hora, en tal lugar y allí estaban. Después de esta interesante visita regresé a la casa y poco después llegó el General que había salido después del desayuno para hablar con algunos de sus generales, quienes se alojaban en un gran rancho paji- zo muy próximo a nosotros.

—¿Qué tal durmió? ¿Cómo se siente?

—Muy bien, General, gracias. Sólo el zumbido de la quinina en los oídos, pero ya me acostumbraré. Me encantó el aguacero de esta madrugada y el ruido que hacía sobre el techo de zinc. ¡Figúrese, lloviendo en Marzo!.

—Aquí eso es normal. Lluve casi todo el tiempo. Allá en la Costa del Pacífico sólo llueve durante cinco y

medio meses del año. Por eso es que aquí la vegetación está siempre verde y adornada de flores y se pueden sacar cuatro cosechas al año. Bueno ¿Está listo para trabajar?

General, allí está mi silla, la mesita y los útiles y aquí está su hamaca.

—Bueno, ¿Dónde nos quedamos?, me dijo acostándose en la hamaca.

Quedamos, general, terminando el asalto al Ocotal su primera verdadera confrontación con los marinos.

—Ah, si, perfectamente, ya recuerdo. Pues bien, la lección de la batalla de El Ocotal me convenció de que era un disparate morir en batalla campal contra los Estados Unidos que era preferible mantener la protesta cuanto más tiempo fuera posible y decidí acantonarnos en un mismo cerro que conocí gracias al Coronel Conrado Maradiaga. Está cubierto de pasturas y cuenta con varios manantiales. A trechos está cultivado y allá en la abrupta e incomunicada cumbre, separada de la base por verticales precipicios de rocas escarpadas y escondida siempre entre una neblina perenne, nos instalaríamos como cóndores alejados de la llanura a donde sólo descenderíamos a preparar emboscadas.

Aquella cumbre es El Chipote, entonces todavía anónima cima de los Andes. Pero antes de acuartelarnos definitivamente en El Chipote, tuvimos algunas batallas más: La de San Fernando el 25 de Julio, fue un encuentro inesperado con una fuerte tropa de marinos cuyo número era muy superior al nuestro. Se trabó un combate horroroso en el que estuve a punto de morir, pues me emplazaron varias ametralladoras y ni yo mismo me expli-

co como pude salir con vida. Casi todo mi ejército huyó en desbandada. Pero, en previsión de algo semejante, de antemano habíamos señalado un punto de reunión. En este caso, precisamente San Fernando, un pueblecito donde abunda la gente rubia, situado como seis leguas al Este de El ocotal, casi al principiar la enorme cuesta de El Chipote. Después de esta derrota de San Fernando siguió otra peor aun, la más grande derrota en los seis años de guerra contra los marinos y que nosotros llamamos el "Combate de las Flores". Es este un cruce de caminos entre las montañas cercanas y El Chipote. Allí se encontró mi ejército, muy lastimado y apenas reorganizado, después de la derrota de San Fernando, con otro grueso de marinos. Mire, Román, los "yanques" peleaban a su manera, con táctica de escuela, con mucha confianza y sangre fría. En escuadras y con esas sus formaciones geométricas. Yo habría preferido evitar este encuentro, pues el sistema que había decidido emplear, era el de mis guerrillas y no el de batalla campal. Sin embargo, nos vimos obligados a trabar combate. La lucha era espantosa y nuestra técnica primitiva de diseminarnos y cada soldado buscar su salida, esta vez resultaba imposible, pues por la sorpresa estábamos rodeados y desde luego es mucho más fácil hacer blanco en un grupo que en un individuo que huye. A pesar de todo, nos defendimos tan ferozmente como éramos atacados. Yo no se cual habría sido el resultado entre ambas técnicas. Tal vez nos hubieran dominado pero no en la forma desastrosa con que nos desbarataron, porque en el momento más álgido, los malditos aviones vinieron en defensa de los marinos, me mataron gran cantidad de soldados y sembraron un completo desorden en mis filas. Pero, aviones o no

aviones, esta batalla fue una total victoria de los marinos, que además nos capturaron gran cantidad de elementos de guerra y vitualla que estábamos llevando a El Chipote.

—Esta batalla de Las Flores, aunque fue una tremenda derrota para nosotros, al mismo tiempo fue una gran lección, pues en ella aprendimos mucho más acerca de cómo debíamos pelear en el futuro. Los marinos nos persiguieron afanosamente, pero logramos burlarles y picarles la retaguardia y diez días después de la derrota de Las Flores les sorprendimos en Telpaneca, donde se habían acuartelado. Telpaneca es un pueblo de unos dos mil habitantes. El ataque fue todo un éxito. Ocupamos el pueblo y nos aprovisionamos. Lo único que no tomamos fue el cuartel de los marinos, pues sus líneas de trincheras las tenían rodeadas con alambre de púas y además tenían una red extensa de zanjas comunicadas entre sí, copiando el sistema de atrincheramiento usado en la Guerra Europea. En esa forma ellos podían circular por buena parte del pueblo sin exponer el pellejo, por lo que distribuí parte de mi gente en las alturas próximas donde emplazamos ametralladoras con las que les teníamos embotellados en las zanja, mientras las tropas tomaban provisiones en el pueblo. La situación se mantuvo así toda la noche hasta el día siguiente temprano de la mañana cuando las escuadrillas de aviones comenzaron a bombardearnos y ametrallarnos, por lo que iniciamos nuestra retirada a la montaña.

Por fin logramos acuartelarnos en El Chipote. Al poco tiempo grandes núcleos de marinos y destacamentos de nicaragüenses renegados fueron enviados insistentemente para atraparnos, pero todos, sin excepción, cayeron en

emboscadas. Mientras duró el sitio de El Chipote, logramos darles varias sorpresas que fueron verdaderos combates. Por ejemplo el de Las Cruces, que fue el primero y donde capturamos la primera bandera de los Estados Unidos. Después en varios otros combates capturamos tantas que ya ni eran novedad. En esa batalla de Las Cruces también capturamos mapas y documentos y murieron varios oficiales y soldados, entre ellos el Capitán Bruce y el Capitán Livingston y otros oficiales cuyos nombres no recuerdo de momento, pero que están debidamente registrados en nuestros archivos. Además, fueron ampliamente publicados en los periódicos de ese tiempo. Al Capitán Bruce le recuerdo muy porque había anunciado por escrito y publicado que antes del primero de Enero prometía la cabeza de Sandino. Pues bien, antes de esa fecha perdió la suya, que se la enviamos a los marinos, pero diciéndoles que me quedaba con sus anteojos de campaña, que son los que todavía uso. Excelentes en un bello estuche de piel y con una pequeña brújula.

Una de las banderas capturadas, se la obsequié al Museo Nacional de México junto con objetos tales como estuches de cirugía, con decoraciones, insignias, precias, órdenes del día, claves, programas de ataque, etc.

—En el Chipote, — continuó el General, después de habernos tomado un agradable jugo de naranjas poco a poco la situación se hacía más difícil a medida que nos iban acorralando y estrechando, pero nunca nos faltó gente, ni armas, ni pertrechos. Los bombardeos de los aviones y la destrucción masiva de las cosechas y ganados de los vecinos, con objeto de privarnos de provisiones, hizo que muchísimos hombres vinieran a sumarse a nosotros.

También mujeres. Venían principalmente de Honduras y El Salvador. Venían exponiendo sus vidas a dar servicio como enfermeras, lavanderas, cocineras, barberas y algunas simplemente para acompañar y distraer a los muchachos entre emboscada y emboscada. Creo que por ese tiempo una tercera parte de mi ejército estaba compuesto por hondureños y salvadoreños, pero nunca ha habido ni hubo sentimientos nacionales localistas y a todos nos unía un odio mortal contra los marinos que han hecho mierda el país con sus malditos aviones.

—En cuanto a armas, se las capturábamos a los marinos nuecesitas y flamantes. Más de lo que necesitábamos, pues nosotros ya no peleábamos batallas campales, sino sorpresas, emboscadas y asaltos. Hoy aquí, mañana en las minas, pasado mañana 100 ó 200 kilómetros más allá. Además, por la frontera de Honduras, apenas en las inmediaciones de El Chipote, recibíamos todo lo que necesitáramos. Medicinas, dinamita, provisiones, etc., de modo que resultaba absurdo y brutal ese destronamiento del país por los aviones de la marina. Puedo garantizarle que durante todo ese sitio de El Chipote, que duró nueve meses, nos atacaban diariamente varias escuadrillas de aviones. Al principio dos o tres veces por día y a cualquier hora. Después venían sistemáticamente: A las seis de la mañana en punto aparecían los primeros cuatro aviones seguidos de otros cuatro y se dedicaban a bombardear y ametrallar y así sucesivamente todo el día, cada dos horas. Cuatro aparatos, ocho aparatos, cuatro aparatos... .Hasta como a las cinco de la tarde. Por supuesto que nosotros le echábamos bala y logramos derribar algunos. En verdad muy pocos daños personales nos causaban los tales aviones, aunque es cierto que al principio

nos asustaron y preocuparon mucho, pero después los tomábamos como una simple lluvia con rayería y sabíamos encuevarnos bien, pero mataron grandes cantidades de ganado vacuno y caballar.

—El General se puso a reír, se levantó de la hamaca, dio una de sus caminaditas con la cabeza gacha y tornó a recostarse en la hamaca.

—Me da risa porque no deja de ser divertido. Es la historia de las flores, de El Chipote, como les llamaban los muchachos. Bueno, desde antes del sitio de El Chipote yo me había proveído en los minerales de San Albino, demás de una tonelada de candelas de dinamita comprimidas, las que más tarde usamos para la fabricación de bombas. Las bombas de mano consistían en cierta cantidad de dinamita envuelta entre varias capas de cuero crudo ligeramente humedecido e intercaladas, tuercas, clavos, grapas, pedazos de metal de rifles y pistolas inservibles o de cualesquier objeto metálico que podíamos conseguir. Estas bombas resultaron de efectividad, porque una vez colocadas en la punta de un cohete doble, eran disparadas desde la cumbre de El Chipote. Por eso los muchachos las llamaban las flores de El Chipote y resultaron armas de una originalidad y sui géneris, como todo lo de esta guerra, pero sobre todo resultaron de excelentes resultados prácticos. Durante todos los encuentros se probó que las bombas de mano de los marinos, a pocos metros de la explosión, los fragmentos se elevaban mucho. No eran peligrosas al que las tiraba, pero tampoco a quienes se las dirigían. Nuestras bombas, en cambio, a treinta metros de la explosión podían resultar mortales, pues los fragmentos se abanicaban en todas direcciones

atrás del suelo. Ahora, las que se catapultaban con cohetes fueron llamadas flores de El Chipote, por que la flora de ese cerro es exuberante y como generalmente se disparaban por la noche contra lugares donde teníamos informes que los marinos se hallaban patrullando, reventaban allá abajo como una gran flor de fuego.

Teníamos talleres de mecánica, de carpintería, sastreía, barbería y panadería, operados casi totalmente por muchachas voluntarias que como le dije venían de la Segovia, de Honduras y de El Salvador y todas exponiendo el pellejo. En estos talleres del Chipote se hacían maravillas de inconcebible ingenio y de absurdos inverosímiles, considerando los materiales con que contábamos. Según Cabrerita, el sabio Salomón dijo que cuando “necitatus apretatur, intellectos, discurritur” y aun después del Chipote estas muchachas heroicas nos siguieron montaña adentro haciéndose cargo de los campamentos.

La situación en El Chipote se agravaba día a día por la mortandad de animales que había hecho la vida insostenible debido a la descomposición de los cadáveres y la fetidez nauseabunda y aunque hervíamos el agua tuve miedo de una epidemia. Los zopilotes y buitres tupían el espacio, a grado que una vez los ametrallamos, confundiéndonlos con aviones. Nuestra vida, pues, se dificultaba con cada día que pasaba y aunque continuábamos emboscando y peleando ferozmente, por las razones de higiene mencionadas, decidí abandonar nuestro invicto Chipote.

Con alguna anticipación fabricamos muñecos de zacate vestidos con nuestra ropa y sombreros de los que usaba

nuestro ejército y armados de rifles de madera los habíamos colocado en lugares adecuados y visibles y aun reemplazábamos a los muertos. Una noche sin luna, sigilosamente, abandonamos en masa nuestro maternal Chipote. Fue una operación tan bien ejecutada, que por varios días continuaron sus ataques los aviones arrasando aquel sitio y kilómetros y kilómetros en sus alrededores, donde en efecto ya nadie quedaba. Al fin se dieron cuenta de nuestra estratagema y cuando trataron de perseguirnos, ni sospechaban dónde podríamos estar. Estábamos muy lejos donde apenas divisábamos las cabezas del Chipote con sus chambergos de nubes.

Después la lucha continuó ruda y cada vez más intensa y cambiando de escenarios: el dinero americano compra y trató de difamarnos en el mundo entero llamándonos bandidos y alterando los informes. Siempre era un marino muerto por cada cien bandoleros, como les gustaba llamarnos. Los aviones marinos, decían ellos, no asesinaban ni destruían los ganados y cultivos de las familias campesinas, sino limpiaban de bandoleros el país. Pero parece mentira que los peores enemigos nuestros eran la prensa nacional, la mayoría de los empleados públicos y la guardia nacional. La historia dará cuenta de esto.

Ahora que recuerdo, déjeme contarle algo muy divertido. Otra de tantas estratagemas, ridícula pero efectiva, fue la de mis funerales. Por medio de los campesinos se lo hicimos saber a los marinos y los aviones después de muchos vuelos de reconocimiento lo atestiguaron. El parte fue anunciado oficialmente por el departamento de estado y por el departamento de marina en Washington y

muchos periódicos y revistas de los Estados Unidos describieron el enterramiento del bandido de Sandino, por fin exterminado por los aviones de la pacificación de la marina norteamericana. En casi todo el mundo se comentó mi muerte y hasta fue un gran aliciente literario para poetas y periodistas partidarios de nuestra causa. Hasta me hicieron llorar por sus sentimientos viriles expresados en sus responsos y cantos a mi muerte. Por eso hicimos que pronto se diera a conocer la verdad.

De la prensa de Nicaragua, con gloriosas excepciones de pequeñas revistas, mejor no hablemos. Me da lástima que muchos intelectualoides de mi patria me trataran así, pero bien, volvamos a mis funerales.

—Y tan vivo estaba yo -continúa el General, riéndose, que salí directamente a capturar los minerales de oro LA LUZ Y LOS ANGELES, propiedad norteamericana de la que son accionistas Mr. Knox y el ex presidente Don Adolfo Díaz. Después de capturada y saqueada la mina donde obtuvimos mucho oro, los muchachos se excedieron y la dinamitaron. Desde luego se extendieron los correspondientes recibos que envié a los damnificados para que los cobraran al Tesoro de los Estados Unidos, con esta razón; “para que sepa el pueblo de los estados unidos que sus marinos son incompetentes para garantizar las vidas y propiedades de los norteamericanos en nicaragua”.

—El General se levantó de la hamaca y principió a pasearse con idas y venidas, la cabeza gacha y las manos atrás, parándose a mirarme de vez en cuando. De pronto se detuvo apuntando con un dedo.

—Ahora bien, escúcheme que esto es muy importan-

te. En efecto es un punto clave para entender bien mi guerra y perdone que vuelva a romper el orden cronológico, pues a decir la verdad, yo no espero que usted escriba la historia de mi campaña. De eso ya se ocuparán los historiadores, lo que quiero que asimile y describa es el espíritu de esta guerra y su significado para Nicaragua y todos los pueblos que aprecien su libertad.

En el Chipote, como suele decirse vulgarmente, le dimos vuelta a la tortilla. En verdad El Chipote fue nuestra verdadera *Academia de Guerrilla de Nicaragua*. Durante el sitio de El Chipote, mientras peleábamos, también organizamos un bien delineado sistema de guerrilla basado en las experiencias de un incontable número de encuentros, favorables y adversos, los cuales relatados, cada oficial iba comentando y todos analizando muy minuciosamente para sacar conclusiones y saber como mejor actuar en tales o cuales circunstancias algunos soldados también participaban en esta labor. Durante ese sitio que duró poco más de nueve meses hubo muchos encuentros y emboscadas que no viene al caso enumerar y que entre nosotros les llamamos, conjuntamente, "El Chipotón o El Sitio de El Chipote.

—Durante ese sitio logramos recuperar fuerzas y aumentar y organizar el ejército, hasta llegar a convertirlo en una máquina de guerra precisa y única en sus procedimientos, además de casi infalible en sus planes de emboscadas, retiradas, contra—ataques, asaltos, sorpresas, sistema de comunicaciones dispersiones y acarreo de heridos y muertos, pues sólo que nos fuera absolutamente imposible dejábamos un herido o un muerto. En fin una organización como me gustan a mí las cosas, he-

chas minuciosamente y tratando de no dejar al azar el menor detalle y que todos, absolutamente todos los oficiales, estuvieran muy bien informados de como actuar y tomar el mando en caso de emergencia del superior y así poder llevar a cabo la operación, aun en las más imprevisitas circunstancias que se pudieran presentar. Adviértote que esta organización y casi perfecto funcionamiento de mi ejército fue más que obra mía, de la colaboración de cada oficial y soldado que supieron poner su parte y jugarse sus vidas estoica y heroicamente para que el plan se ejecutara y se llevara a cabo con un progreso paulatino pero sostenido. Aunque aquí sólo le doy una idea general, ya que no necesita más para su obra, en nuestros archivos tenemos todo minuciosamente detallado.

Puede figurarse como será la cuesta del Chipote, que al Jefe de los Marineros en esa área, un tal Mayor Young, según supe por mí servicio de información, cuando estuvo seguro que ya me habían destruido los aviones, decidí avanzar hasta mi campamento en la cumbre.

Cautelosamente y siempre protegido por los aviones, avanzó barriando con fuego de morteros, ametralladoras y rifles lanza granadas, hasta un matorral que moviera el viento. Desde luego Young no encontró resistencia alguna y aun así le tomó varios días ascender con su batallón de marineros los seis kilómetros que hay desde el Río Murra en la base, hasta la cumbre. Cuando por fin el Mayor Young se tomó nuestro glorioso campamento, a fines de Enero de 1928, fuera de la pestilencia y cadáveres de animales podridos, encontró algunos de los monigotes de zacate que lograron escapar las bombas de los aviones.

Como era de esperarse, el Mayor Young en su informe oficial, que recibió mucha publicidad, dijo: "Por fin ya hemos terminado con el bandolero de Sandino".

Después del sitio de El Chipote siguen muchas batallas de importancia y una larga serie de acciones menores y cotidianas. Algunas fueron mortales e inesperadas, pero todas contribuyeron a mantener la protesta de Nicaragua por su independencia mediante una guerra sin cuartel entre indígenas, incultos en su mayoría, contra oficiales de las más famosas academias militares de los Estados Unidos y sus tropas bien equipadas y apertrechadas.

—Nuestra guerra se extendió desde Ciudad de El Cabo y Puerto Cabezas en la Costa Atlántica al extremo nor-oriental del país, hasta Chichigalpa en la Costa del Pacífico al extremo occidental y a más de 400 kilómetros en línea recta. Hasta Chontales por el Sur Oeste y San Francisco del Carnicero, frente a frente con Managua, más tarde le daré un resumen biográfico de todos mis generales y las acciones de guerra y batallas que dirigieron cada uno de ellos.

Bocay — Rio Coco — Sabado 11 de Marzo de 1933

EL clima aquí es muy agradable. Ni frío ni caliente. Está seco y sopla brisa lo más del tiempo. Las neblinas o vaho del río a la hora de los crepúsculos.

Todo el tiempo vienen romerías de indios e indias a pedir sal dicen con un quejido muy sereno y triste, "nassáaa", que quiere decir saludo o buenos días. Esta gente apenas andan cubiertos con taparrabos de tela de tuno.

Las viejas muestran sus pechos flácidos caídos hasta la cintura. Las jóvenes los tienen abultados y duros y las jovencitas, desde como de nueve años, los tienen cónicos y erectos. Parecen cuernos y muestran avanzado desarrollo sexual. Muchas llevan grandes flores en la cabeza. Tienen el cabello muy lacio, negro y tupido. Nadie tiene canas, salvo que tenga una mezcla de negro o de blanco usan una cuerda amarrada a los tobillos. Las jóvenes suelen pintarse de rojo con achiote las mejillas y los pezones. Dicen que es excitante mostrar los pezones rojos y que además preserva la piel suave.

Muchas de las hembras de doce años para arriba, traen un crío colgando de la espalda por medio de una tela de tuno y como vienen dormidos, llevan la cabeza desgobernada y parecen desnucados. Estas mujeres permanecen de pie y meneándose temblorosamente para que no se despierten los críos. Cuando se sientan para lactarlos, siempre con el mismo movimiento, como se sientan en el suelo como Budas, por su escasa vestidura dan espectáculos anatómicos sin importarles en lo más míni-

mo o quizá a un sin darse cuenta. En su mayoría, toda esta gente vive rascándose por la sarna, las pulgas y los piojos. Las más viejas tienen piel de paquidermo.

—Vea, —me dice el Coronel Rivera, —esta gente vive con hambre. En los tiempos de la guerra, los animales muertos que pasaban flotando en el río, que habían sido víctimas de aviones de los marinos, aunque ya fuera descompuestos se los hartaban, pues ellos dicen que el fuego purifica todo.

-Anoche fui con Tranquilino, Cabrera, Montiel, el Capitán Castro, Melesio y varios otros muchachos a una juerga de zambos. Llevamos guitarras, acordeones y sal como a unos dos kilómetros de nuestro campamento. En un barranco alto a manera de azotea desde donde se puede admirar un ancho arco del río. Se trataba de una celebración de fin de cosecha a la luz de la luna. Cantos con tambores y pitos de monotonía lenta, ondulosa y persistente, mientras bailaban formando rueda veinte entre hombres y mujeres abrazados y girando a veces con pasos y a veces con brincos cortos y seguidos, ya moviéndose de derecha a izquierda o viceversa alrededor de una fogata con gran ruido de risotadas, llantos y aullidos. Levantaban las manos en alto invocando a los espíritus. (pág 96) Bebían chicha y lanzaban buchadas al aire para que también bebieran los espíritus. La juerga, entre bailes, comida, bebida y sexo colectivo, por lo general dura hasta que se acaba la chicha y la comida. Unos dos días con sus noches.

Cuando nace un niño no se hace fiesta, ni se bautiza, ni nada. La madre se ahuyenta del palenque hacia la montaña y regresa como a los tres días con el crío, mientras

tanto, un hombre de los que han ayuntado con ella se ha quedado en el tapesco llorando y quejándose como con dolores de parto, por lo que le dan comida y chicha para que calme.

Entre ellos no existen fiestas de matrimonio. Tal rito se desconoce, porque no hay más ley que el mutuo consentimiento para acopiar por el tiempo que sea. Cuando mas, el individuo interesado en una jovencita le compra a su madre por tabaco, sal o cualesquier utensilio. Nunca hay reyertas, ni mucho menos crímenes por celos o asuntos sexuales. El sexo aquí es como comer, defecar, nacer o morir.

Cuando hay un enfermo grave y la enfermedad se obstina en atormentarlo, significa que poseído por espíritus malignos y se llama el Suquia, especie de mago y sacerdote quien se comunica con los espíritus y le dicen cuanto cobran por dejarle en paz y que remedios darle. El pago se hace en raciones de carne de puerco, zahíno o jabalí para que coman todos los concurrentes a la ceremonia de curación. Los concurrentes a su vez pagan por tales oraciones, o si se muere el enfermo, para el entierro que consiste en echarle al río.

Para esta gente los Suquias son sagrados la virtud de suquia no se hereda, pues no todos nacen con la facultad de curar y sentir y hablar con los espíritus. Para ellos son seres privilegiados, como santos. Los suquias, son célibes y no poseen ni pueden poseer nada, pero la comunidad tiene la obligación de proporcionarle cuanto necesitan para vivir.

Conste que estas supersticiones ya están desapareciendo, porque desde que el General Sandino controla esta

región, les está organizando para trabajar en cooperativas y ha suprimido a los suquias, substituyéndoles con enfermeras. Está instalando escuelas y ha prohibido la fabricación de chicha, que sólo se puede producir con permiso especial y en cantidades limitadas. La pena por infringir esta ley es muy severa.

La chicha se hace fermentando el pig—bah, la yuca, el banano, la piña y muchas otras frutas, pero la clásica se obtiene de maíz purpúreo (pujagua). La cususa la hacen de jugo de caña, de dulce de rapadura o de maíz. Es una bebida tan fuerte como la ‘Mula Blanca’ del Sur de los Estados Unidos.

Antes de la ley contra la embriaguez, ése era el único objetivo de la vida de estas gentes y desde los siete años de edad, hembras y machos se emborrachaban conjunta y muy frecuentemente. Ahora, los que quieren embriagarse tienen que irse muy adentro de la montaña.

La prostitución aquí no existe, porque las mujeres cambian de compañero a su albedrío y ayuntan con cualquiera por placer, por sal o por cualesquier objeto de interés, siendo ésto bien visto por los familiares. El incesto es muy común, porque rara vez saben de seguro quien es el padre y como no es mal visto, no es raro ver críos de dos hermanos o madres con hijos, etc. Son gente tan fecunda como su mortalidad infantil.

Desde luego, ahora todas estas costumbres también ya están cambiando.

—Es evidente— dijo el General — que esta obra es muy difícil, pero con sólo lograr inculturarles ilusiones, esperanzas y las nociones más elementales de moral y de higiene, lograría un verdadero triunfo. Son millares y milla-

res de indios entre zumos, zambos, misquitos y caribes los que hay en esta Costa Atlántica de Nicaragua y las cuencas de sus ríos. Aunque desde luego no existe ningún censo oficial, con la ayuda del Coronel Rivera he logrado estimar que conjuntamente exceden de cien mil. En mi guerra me tocó venir aquí y me dí cuenta de nuestra realidad, porque ésto también es Nicaragua y me hice el firme propósito que en cuanto terminara la guerra de independencia, en vez de aceptar las buenas invitaciones que tengo a París, Buenos Aire y México, dónde sólo iría a exhibirme como artista de cine, cantante de tangos, político embajador de vitrina, me quedaría aquí en el Río Coco.

La parte más salvaje, pero más bella de nuestra Patria.

A libertarla de la barbarie en que la tiene sumida la explotación, feudo-colonial primero y ahora capitalista. Para hacer lo posible por civilizar a estos pobres indios que son el tuétano de nuestra raza. Y como usted puede apreciar, ya está principiando o fructificar mi obra. Ojalá que lograra yo al menos dejar esta obra bien iniciada, para que nuestras futuras generaciones y gobiernos se ocupen de este problema que es fundamental para el desarrollo económico y moral de Nicaragua., esta región virgen comprende mucho más la mitad de todo el territorio nacional y solamente civilizándola se puede hacer de Nicaragua un país digno y respetado.

-Román. Óigame bien usted que esta joven, óigame estas palabras porque pueden resultar proféticas: De aquí no saldré. Sé que por estas ideas me matarán ¡No los marinos, sino lo nicaragüenses. Lo sé pero no me importa, porque ese es mi destino, el mismo que trajo aquí. Por lo menos dejaré la semilla sembrada y algún día fructificará.

—Después de quedarse pensativo, reflexionando, continuó lentamente:

—Aunque el Coronel Rivera que tiene más 40 años viviendo con esta gente y que habla todos sus dialectos me dice en privado que estoy perdiendo el tiempo. De por espacio unos dos siglos diferentes clases de misiones que han venido, han fracasado, porque estas gentes viven holgazanamente. Lo único que les preocupa es la hartazón, la borrachera y el sexo.... ¡Qué va a interesarles a ellos esperanzas, ni ilusiones, ni moral, ni higiene, mucho menos leer o escribir que no ve, General, me agrega el Coronel, que estos indios tienen por lo menos dos mil años de vivir así lo que va a pasar es que se van a ir de aquí a otro río ¡hay tantos ríos en este enorme despoblado Litoral Atlántico¡.

—Puede ser que tenga él razón, pero el Presidente Sacasa está conmigo y cree en mi plan de redención de esta zona. Después que nazca mi hijo me iré a Managua a visitar al señor Presidente y terminar de arreglar la organización de la Cooperativa Agrícola del Río Coco. Esto ya lo dejé ampliamente conversado con el Dr. Sacasa.

-Tomé muy en cuenta, que aunque sin duda alguna son los marinos los que han causado todo este daño y destrucción, para el efecto de un resultado práctico, todos los nicaragüenses debemos compartir la responsabilidad de la reconstrucción. Personalmente me siento más obligado, porque todo aquél que inicia una guerra, por justa que sea como lo fue la mía, forzosamente se involucra en las consecuencias de la misma.

—Con el retiro de los marinos norteamericanos de Nicaragua, la firma del tratado de paz del dos de Febre-

ro pasado y el Dr. Juan - Bautista Sacasa en la Presidencia, el interior de Nicaragua tiene un brillante futuro. En cambio esta región, por obvias razones, siempre ha estado abandonada de nuestros gobiernos ¿Si yo no asumo la responsabilidad de iniciar su incorporación a la vida nacional, quien la asumirá?

Capítulo IV

El viaje a México - (Bocay - Río Coco, lunes 13 de marzo de 1933)

Anoche hubo un temblor muy fuerte como a eso de las once. Ayer, por ser domingo, hubo muchas interrupciones y en efecto no tuvimos una sesión formal de trabajo, sino conversaciones aisladas, que en su mayor parte fueron acerca de temas no relacionados a este trabajo, en cuenta el General me pregunta mucho acerca de mí personalmente y de mi familia y de su propia iniciativa me prometió ir a conocer a mis padres la próxima vez que visitara la capital, lo cual le agradecí muchísimo. También debo agregar aquí que ayer el General me mostró gran cantidad de documentos cartas y recortes de periódicos y revistas relacionados con los hechos hasta aquí mencionados y otros que se relataran adelante. Me dijo que me los mostraba para que pudiera yo verificar sus palabras a lo que le repliqué que aunque a mi me bastaba con su palabra, desde luego no desaprovecharé la oportunidad de examinar tan valiosos documentos, mas no con el propósito de verificación, sino por ilustrarme.

—Como usted sabe, ya le he relatado mi vida privada hasta en sus aspectos más íntimos y sin escamotear voluntariamente ningún detalle. Asimismo le he narrado nuestra guerra desde la revolución del 26 hasta hoy, al menos sus partes más salientes y digamos en su aspecto mecánico. Más adelante le completaré lo que a la guerra corresponde. No importa el orden cronológico, pues prefiero que ésta sea una crónica o relato espontáneo y no una historia extraída de bibliotecas o documentos embalsamados, pero antes quiero rogarle ano-

tar muy especialmente los siguientes puntos que le relataré en detalle:

1°. Mi viaje a México, tal como yo lo interpreto.

2°. La organización de mi ejército, su funcionamiento y datos biográficos de miembros de mi Estado Mayor.

3°. Comentarios y especulaciones, a la luz de los hechos, de todo lo que pasó, de lo que estás pasando y de lo que vendrá.

—Antes de empezar a trabajar en firme, permítame hacer un par de observaciones: Usted tiene paludismo. “La Tigra” le ayudará para mientras, pero necesita cuanto antes un tratamiento médico completo. La malaria es una enfermedad traidora. Por mi parte tengo muchísimo que hacer en relación a la cooperativa para poder llevarle al Dr. Sacasa todos los datos que me solicitó. Tengo que tener cifras exactas, comprobadas y documentadas, así como un plan elaborado sin que *falte* el más mínimo detalle y que no haya pregunta que me haga que no pueda contestarle de inmediato y con abundancia de datos. Para mí, después de expulsados los marinos, esta cooperativa es lo más importante que existe, tanto así que ya le dije que no abandonaré esta misión sino muerto.

—Además de lo estipulado en el Convenio de Paz, el Dr. Sacasa me ha empeñado su palabra de hombre, de caballero y de Presidente en cuanto a la realización de la Cooperativa— estoy seguro que me cumplirá. Cuanto más pronto termine el trabajo de planificación, tanto más pronto se iniciarán los trabajos y aunque esta primera cooperativa sea realmente modesta, lo importante es demostrar la funcionalidad del proyecto y la susceptibilidad de estos indios al buen trato y la civilización. Si lo-

gro siquiera hacer funcionar esta primera unidad, del resto se encargar el futuro.

—Además, tengo que estar en San Rafael a mediados de abril, para el nacimiento del niño, que podría muy bien anticiparse. Pero eso sí, Román, este trabajo lo terminamos, aunque tengamos que pegarnos a él noche y día.

—General, yo estoy a sus órdenes para trabajar por todo el tiempo que sea necesario. Primero nos ocuparemos de su viaje a México tal como usted lo interpreta y sobre el cual— ya he leído todos los recortes que ayer me prestó, las cartas suyas al Presidente Portes Gil y al Dr. Pedro José Zepeda y en fin todos los otros documentos relacionados con el viaje.

—Me alegra pues que ya haya estudiado toda esa documentación, pues ya se habrá dado cuenta que en resumen el viaje a México es un embrollo en el que sólo yo tengo la culpa de haberme metido. El principal motivo del viaje fue la urgencia que teníamos de elementos bélicos y sobre todo de apoyo económico substancial. Pues bien, un joven de Guadalajara, México, José de Paredes, que se presentó voluntario y que me resultó buen ayudante porque sabía de trabajo de oficina y porque hablaba inglés por haber vivido en California, oportunamente me informó de haber conocido bien al Presidente Portes Gil, antes de ser designado a concluir el período presidencial del General Álvaro Obregón y además de tener parientes que trabajaban muy cerca de Portes Gil. Me sugirió que le dejara ir a ver si era posible conseguir la ayuda de México. Pensé que nada se perdería con probar. Se fue y al tiempo regresó con las más halagadoras

— ofertas del Presidente Portes Gil, que naturalmente no podían ser por escrito por razones de seguridad, según me dijo, pero trajo consigo los pasaportes y salvoconductos para todos los que habíamos planeado me acompañaran. Nos preparamos lo más rápidamente posible y partimos. Yo lo sé, le repito, la culpa fue sólo mía ¡Tan matrero que soy y confiarme de un culo cagado como Paredes. Los pasaportes y salvoconductos resultaron legítimos. Así fue que a principios de junio de 1929 salimos para México vía Honduras, El Salvador y Guatemala. Me acompañaban entre otros de mi Estado Mayor, los siguientes oficiales de la Legión Latinoamericana: Rubén Artila Gómez, de Colombia; Agustín Farabundo Martí, de El Salvador; Gregorio Gilbert, de la República Dominicana; Esteban Pavietich, de el Perú y José Paredes de México. De cada uno de ellos le hablaré más adelante.

—Pues bien —continúa el General— con una serie interminables de pretextos y barajos me hicieron esperar en Yucatán. Casi sin recursos e ignorando en lo absoluto qué planes tendrían para conmigo, me encontraba en Mérida. Me habían soplado que el Embajador de los Estados Unidos, Mr. Morrow, en combinación turbia con Portes Gil y algunos de mis allegados trataban únicamente de retenerme como secuestrado y desacreditarme.

—Mientras tanto la prensa contribuía a convertir en un pleito de perros y gatos el asunto de mi representación... Por un lado Farabundo Martí, con los comunistas; por el otro Pavletich, con los apristas y de Paredes que resultó un zángano y mentiroso, aunque le doy el beneficio de la duda porque podría ser que hubiera actuado equivocadamente por su entusiasmo juvenil, pero como

quiera que fuera, - fue el causante directo del enredo.

—La verdad es que al Presidente Portes Gil no le dijeron que yo solicitaba ayuda militar y económica de México, sino asilo y esto no se lo dijo a Paredes, quien nunca vio al Presidente Portes Gil, sino que por medio de interpósitas personas. Era tal mi desesperación por las calumnias que me levantaban, debido a las intrigas de los comunistas, apristas y otros grupos revolucionarios, que expulsé de mis filas a Martí, Pavletich y de Paredes, diciéndoles que no les quería volver a ver jamás. Inmediatamente escribí una larga y detallada carta al Presidente Portes Gil pidiéndole su respuesta definitiva y que me dejara regresar a mis montañas. Usted vio copia de esa carta, fue fechada en Yucatán, el de diciembre de 1929 y recibida por el Señor Presidente a fines de ese mismo mes. Para hacer la historia corta e ir directamente al grano, en los primeros días de febrero de 1930 el Señor presidente de México, Emilio Portes Gil, me recibió en entrevista especial en el Castillo de Chapultepec. Me manifestó muy amablemente que el Gobierno de México nunca había tenido ni podía tener intenciones de ayudarnos para la guerra porque era un problema internacional muy delicado intervenir en la política interna de otro país. Que así como México, en la medida de sus fuerzas, no permitiría que intervinieran en los suyos, tampoco intervendría en los de otros y que él entendió que únicamente le solicitaba asilo hospitalario para mí. Ésta es la pura verdad. Nada más ni nada menos.

—Debo además mencionar que todos mis gastos de viajes y permanencia en México me fueron reconoci-

dos y fueron por cuenta del gobierno de México. Conste, que sin solicitarlo ni empeñarnos en ningún compromiso político.

—El Dr. Pedro José Zepeda me llevó a saludar al General Plutarco Elías Calles a su retiro en Cuernavaca. También quiero mencionar que durante mi corta estadía en la Capital Mexicana, me recibieron y atendieron con el rango de General. Me pusieron 6 ayudantes de la seguridad *nacional*, más dos de los míos. Ese era mi séquito. Yo pensaba quedarme uno pocos días más en esa encantadora ciudad, donde además me hicieron toda clase de exámenes médicos, pero sucedió una cosa rara de esas que con frecuencia me pasan. Se me ocurrió ir a ver una gran corrida de toros y por supuesto el Coronel de la Seguridad Mejicana que me acompañaba ordena los mejores boletos, a la orilla del ruedo y al lado de una salida. En la gran plaza no cabía ni un alfiler, como suelen decir. Nosotros llegamos, intencionalmente, a mediados del primer toro, para no llamar la atención. Yo iba vestido de civil con anteojos oscuros, pero terminado el tercer toro, mientras la banda tocaba una diana, alguien con una bocina la contuvo y gritó: — “Mejicanos, el General Sandino está con nosotros en esta plaza ¡Qué viva el General Sandino!” y ha de creer, como por resorte la plaza entera se puso de pies gritando ¡Viva Sandino!

—Yo ya no vi más porque los de la seguridad y mis ayudantes me sacaron como en peso y se decidió que era mejor que regresara a Yucatán inmediatamente. Y así fue...

—General, le dije yo ¡Que gran casualidad! El aviador Espinoza Altamirano ¿Le recuerda en el Palacio Presidencial? —Por supuesto. Junto con usted me fue - pre-

sentado por el aviador Julio Zincer; era su copiloto.

—Exactamente. Pues el 3 de febrero recién pasado, cuando Zincer regresó de llevarle a usted a Jinotega, él, Altamirano y yo cenamos juntos y Altamirano nos contó que estando él en la plaza de toros de Méjico anunciaron que usted estaba allí y que había sido tal el estruendo y la ovación que tuvo que suspenderse la corrida por unos minutos. Nos dijo que en su vida había sentido tal emoción patriótica, que hasta se le erizaron todos los pelos del cuerpo. Que las porras en los tendidos de sol gritaban repitiendo como oleadas ¡SAN DI NOOO... SAN DI NOOO... VIVA! que volaban sombreros al ruedo y que parecía que todo mundo había enloquecido. Dice que una artista muy joven y conocida que estaba en la fila adelante de él, frente al ruedo, se quitó los calzones, los besó y los tiró a la arena gritando ¡Aquí voy yo General Sandino! El General sonrió, obviamente complacido y después de una pausa continuó:

—De regreso en Mérida, el primero de abril despaché a Las Segovias a varios de mis hombres, quedándome oculto en una quinta de un amigo, solamente con cuatro de mis ayudantes. Sabíamos que espías del Gobierno Norteamericano nos seguían los pasos muy de cerca. No se con que intencione Con la ayuda del servicio Secreto Mejicano el 24 de abril salí por mar para Veracruz, de donde seguí por ferrocarril pasando por Guatemala, El Salvador Honduras. Regresé a Las Segovias en los primeros días de mayo. El 10 de junio siguiente 1930, exactamente un año después de mi partida, en el cerro Tamalake, hoy de la Reunión, departamento de Jinotega, rendí el informe de mi viaje a nuestro ejército. La guerra,

que durante mi ausencia había sido mantenida activa en Las Segovias por nuestro ejército al mando de los Generales Pedro Altamirano y Miguel Ángel Ortiz, a mi regreso se activó de una manera feroz.

Capítulo V

Organización y funcionamiento del Ejército

En adelante suprimiré los incidentes del diálogo puesto que duró varios días y noches consecutivas interrumpidas sólo por intervalos indispensables como los tiempos de comida, visitas de consultas de sus oficiales y salidas del General, que redujo a un mínimo indispensable y que yo aprovechaba para afinar mis notas tratando de mantener la más alta fidelidad al relato del General. Respecto a la organización del ejército, me pidió que reprodujera íntegramente el documento adjunto:

Pauta y organización del Ejército Nacional Defensor de la Soberanía de Nicaragua

- Primero – Se admite a todos los hermanos Hispano-americanos que quieran voluntariamente defender la soberanía nacional de Nicaragua y que reconozcan como Único Jefe Supremo al General Augusto C. Sandino.
- Segundo – Desconocer todo acto de los gobiernos traidores a la Patria y de las fuerzas piratas de ocupación de la marina de los Estados Unidos, pues la política de Nicaragua no debe emanar de un Gobierno extraño, sino que debe estar basada en el más alto espíritu nacional.
- Tercero – El Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, no es una facción partidarista que trate de dividir al país, sino que por el contrario, es el alma y el nervio de la patria y

de la Raza y su misión tan sólo se concreta a defender la Soberanía Nacional y al mantenimiento de los derechos de la libertad que le han sido violados por hijos traidores y fuerzas extranjeras y juramos ante el símbolo sacrosanto de la Patria, morir antes que vendernos o rendirnos a los invasores, quienes por tantos años han jugado con nuestro Honor Nacional.

- Cuarto — Todo patriota que quiera levantarse en armas, tiene que ponerse a las órdenes del General Augusto C. Sandino.
- Quinto — A todo soldado le está prohibido molestar a los campesinos pacíficos. Pero podrá lanzar empréstitos forzados a los capitalistas nacionales o extranjeros, para el sostenimiento del ejército, debiendo llevar una contabilidad escurpulosa y documentada. La infracción de este artículo será sancionada según nuestro código Militar.
- Sexto — Ningún Jefe puede celebrar pactos con ningún enemigo de la Soberanía Nacional y está obligado a obedecer toda orden del Jefe Supremo con la más estricta disciplina y textualmente bajo la misma pena.
- Séptimo — Todos los miembros del Ejército Defensor de la Soberanía nacional de Nicaragua se comprometen a no devengar ningún sueldo, pues por abnegado patriotismo todo nicaragüense está obligado a defender la Soberanía Nacional voluntariamente y sin ningún

interés pecuniario o esperanza de recompensa material y sólo se conformará con el cumplimiento de su deber, pero se le proporcionará equipo, vestuario y a alimentación, según estemos capacitados para ello

Octavo – toda nota oficial del Jefe Supremo de los Oficiales deberá llevar al final las palabras: “PATRIA Y LIBERTAD”.

Noveno — El Jefe Supremo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, jura ante la Patria y ante sus soldados no tener compromisos con nadie ni contraerlos en futuro y que sus actos se ajustan al más elevado patriotismo, asumiendo la responsabilidad de ellos ante la Patria y la Historia.

Décimo — Todos juramos tratarnos como hermanos y morir o libertar a Nicaragua.

Todo lo expuesto lo firmamos todos los Jefes Oficiales y soldados del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, conscientes de nuestro deber. A los dos días del mes de Septiembre del año Mil Novecientos Veintisiete, en el Cuartel General de El Chipote, Montañas de las Segovias, Nicaragua, Centro América.

Nota: La presente copia que doy al hermano José Román, es copia fiel del original que existe en el Archivo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, a cuyo pie aparecen más de mil firmas, entre ellas muchas de patriotas que sucumbieron por la causa.

Después de haberme leído y entregado el documento que antecede, continuó el General y aquí transcribo fielmente, aunque sin diálogo, todo lo que él me dijo:

Tenemos códigos de regulación militar y civil. Mi ejército que empezó con veintinueve hombres, a pesar de la ruda batalla que mantenía, cada día se engrosaba más y controlaba mayor extensión del país, hasta el punto que exceptuando la línea férrea del Pacífico y la parte sur del país, más de medio Nicaragua era controlada por mi ejército. Las ciudades de Jinotega, Matagalpa y Estelí estaban prácticamente sitiadas y a tres kilómetros de estas poblaciones empezaba nuestro dominio.

En la misma ciudad de León, el que salía a más de seis kilómetros al Noroeste y al Este de la ciudad, sabía que estaba expuesto a encontrarse de un momento a otro con una de mis patrullas. Lo mismo sucedía en Chinandega y Chichigalpa, habiendo esta última ciudad sido tomada una vez por el General Umanzor y otra vez por el General Colindres.

En Managua misma, desde Tipitapa en adelante y al otro lado del lago, desde San Francisco del Carnicero para todas direcciones, era bien sabido que nosotros estábamos en control. En total, llegamos a dominar una extensión territorial de más de 80,000 kilómetros cuadrados, sin incluir los 35,000 del territorio disputado, que era tierra totalmente nuestra y de gran valor.

En las etapas finales de la guerra, nuestro ejército estaba integrado por un poco más de dos mil hombres entre infantería, caballería (como podríamos llamarle a los muleros), oficiales, soldados y palmazones. Se denominaban palmazones, a los menores de 13 años que estaban

en servicio militante y a los nuevos, quienes antes de ser soldados y empuñar un rifle, tenían que servir como ayudantes de soldados, artilleros u oficiales. Ni mi hermano Sócrates se escapó de sus seis meses de Palmazón. Los artilleros tenían hasta cuatro y cinco palmazones.

El término Palmazón fue tomado de tres hermanos de apellido Palmazón, Chico, Macario y Calixto, todos menores de trece años, que sirvieron en el ejército de ayudantes y de espías. Los tres fueron muy valientes y muy útiles y los tres murieron ametrallados en avanzadilla. Después, a los nuevos que desempeñaban sus cargos y que llegaron a ser numerosos, se les llamaba palmazones.

El Ejército de Reserva estaba compuesto de mil ochocientos hombres que vivían en sus fincas como ciudadanos de paz, pero que ayudaban de correos, en espionaje, en el aprovisionamiento del ejército regular y también para reponer las bajas. Se les denominaba con el nombre de civiles y también como los soldados regulares, pasaban un riguroso entrenamiento para poder ser soldados de Línea.

Naturalmente, el Ejército tiene un índice de sus partidarios, que en toda la región controlada suman ciento ochenta mil personas. Nuestra guerra habría sido imposible sin la ayuda de ellos. Además contábamos con las tribus de zambos, sumos, misquitos y caribes que viven entre el Río Coco y el Grande de Matagalpa, en la Costa Atlántica de Nicaragua y parte del Territorio Disputado. Conjuntamente estas tribus prestaban servicios de inmenso valor para la causa, tan importantes como los de los rifles, pues sin ellos tampoco habría triunfado nuestro ejército. En total son un poco más de cien mil y como a

usted le consta, viven en condiciones completamente primitivas, pero saben muy bien quien vela por ellos; son fieles hasta la muerte y veneran nuestra causa. Como ya le dije, por ellos me quedará aquí a cualesquier costo.

El Estado Mayor estaba compuesto por los siguientes Generales: General Pedro Altamirano a quien los enemigos llaman Pedrón. Nació de una familia de campesinos en la ciudad de Jinotega el año de 1870.

Ha sido el más fiel y al mismo tiempo en el que más confianza he depositado. Me acompaña desde el principio de la lucha. Por su perseverancia, su efectividad y su valor como guerrillero, ascendió desde soldado hasta General Jefe del Estado Mayor. Él quedó al frente del Ejército cuando fui a México.

Cuando principió la lucha no sabía leer ni escribir y por eso casi siempre le puse como Secretario al General Juan Santos Morales. Durante los azares de la lucha y a pesar de su edad, solamente porque yo se lo ordené, Altamirano aprendió a leer y escribir cancanando y cacarañando, pero ha progresado mucho y ahora asómbrese, también sabe escribir a máquina, pero con un solo dedo.

Sus principales campañas fueron: La Chuscada, El Garrobo, Bocaicito, El Remango y La Camaleona. Puso numerosas emboscadas y dio varias batallas de importancia, siendo la más famosa de todas la de El Embocadero, en el Cerro Cimarrón. El General Altamirano era el Jefe de la Columna No. 1 compuesta de doscientos soldados de línea, más ayudantes, palmazones y civiles. Controlaban parte de los departamentos de Chontales, Matagalpa y Bluefields.

A lo antes relatado por el General Sandino, por mi propia parte agrego lo siguiente:

Altamirano es un indiazco voluminoso, ventrudo, de movimientos lentos, de voz ronca y de muy pocas palabras. Parece un oso gris. Pero es increíblemente suave y atento cuando se le conoce bien y le toma confianza a uno. Su cabello es algo canoso y lo lleva siempre alborotado. Tiene las cejas tupidas, los bigotes largos y caídos y los dientes manchados de nicotina. Tiene boca grande, en la que siempre lleva un tabaco de Copán o un chircagre, casi siempre al lado izquierdo y escupe con frecuencia por el lado derecho; tiene ojos tan pequeños y cerrados, que es difícil penetrarles.

Siempre lleva una toalla enrollada en el cuello y nunca deja su pistola 44, su chuspa y su machete. Tiene fama de ser sumamente cruel y se dice que cortó más de sesenta cabezas. Yo le traté por algún tiempo, en cuenta durmiendo en el mismo cuarto o champa varias veces, comiendo juntos y juntos viajamos en mula y en pipante. Confieso haberle llegado a tener algún temor al principio, pues ha llegado a ser tal la fama que le han dado, que para intimidar a los niños se le dice ¡Ahí viene Pedrón! como sinónimo del diablo y la propaganda enemiga que ha publicado cantidad de fotografías de individuos supuestamente decapitados por él. Sin embargo, al tratarle de cerca me pareció un hombre que trata de ser bueno y sustituir su apodo de Pedrón, que data desde sus días de contrabandista, por el muy respetable de ahora, General Pedro Altamirano. A pesar de su edad y corpulencia es un hombre muy ágil y enérgico. Es suspicaz e inteligente y sobre todo, sincero en su fanatismo por el General Sandino.

Continúo ahora con la relación del General Sandino con respecto a su Estado Mayor:

General Juan Santos Morales. Nació en Somoto Grande, el año de 1889. Estudió milicia durante cinco años en la Academia Militar de Nicaragua, en tiempos del Presidente General José Santos Zelaya. En 1929 ingresó a mi ejército donde prestó importantes servicios, habiendo sido ascendido rápidamente. Algunas veces, sirvió como segundo del General Altamirano.

General Carlos Salgado. Es de la ciudad de Somoto. Empezó con cinco rifles y llegó a formar un buen ejército, pues capturó muchos elementos de guerra. Fue uno de los hombres más activos que tuve. Su columna era de 150 soldados de línea, ayudantes y demás. Ya le ha visto, es viejo, pero más fuerte que un buey. Tiene el tipo igualito al piel roja de los niqueles norteamericanos, pero con ojos azules.

Sostuvo muchos combates entre los cuales los más importantes fueron los de La Puerta y El Níspero, el 29 de febrero de 1932, en los que aunque no causó muchas bajas, capturó gran cantidad de armas y pertrechos a la Academia militar de la Guardia Nacional, al mando del Capitán E. J. Truble, de la Academia de Anápolis y Jefe de la Academia de la Guardia. Truble, con algunos de los de su Academia fueron a salir por Chinandega, por un lugar llamado la Trinidad.

El General Salgado era Jefe de la Columna No. 2 y operó por el lado de León y también en la Costa Atlántica, recibió una oferta muy halagadora del General Logan Feland, por entregarme, pero Salgado me la pasó... Es el *mayor de* todos los oficiales del ejército.

General Pedro Antonio Irías. Nació en 1887, en el pueblo de Murra. Ingresó al ejército desde el principio de la lucha. Es mestizo, de estatura pequeña, moreno. Muy sereno, pero activo, muy inteligente. Tenedor de libros graduado y mecanografista, por eso, casi siempre ha sido el encargado de mi Oficina y de la Contabilidad. Es un hombre notable para la ejecución de órdenes y planes. Además, es muy prudente y de muy buenos modales, en fin ya usted le ha tratado.

Sus encuentros de más importancia fueron los de El Calabozo, Las Cuchillas, Pis-Pis y otros. En El Embocadero actuó como segundo del General Altamirano. Operó entre los departamentos de Matagalpa, Jinotega y Bluefields como Jefe de la Columna No. 3 de cien soldados de línea.

General Juan Gregorio Colindres, nació en el pueblo de Murra el año de 1890 y es hijo del segundo matrimonio de la madre del antes mencionado General Irías. Como usted ha podido verle, es de estructura atlética, mediana estatura, color blanco, barba rasurada, modales suaves y muy buen amigo. Trabajaba en las minas de San Albino cuando se vino conmigo. Fue de los que me acompañaron a Puerto Cabezas en mi primer jira en busca de armas ¿Recuerda?

Varias veces se retiró del Ejército por causas privadas, pero siempre regresaba. Ha sido muy activo y sus combates más importantes son: El Chorro, La Danta, El Manteado, Chichigalpa y Las Cruces, como segundo del General Estrada.

Su columna operaba entre Chinandega, León y Estelí y era la No. 4 de 150 soldados de líneas. Colindres es el

que quiso proclamarse Presidente Provisional, entotorotado por aquél de Paredes, como le referí anteriormente.

General José León Díaz. Nació en la República de El Salvador e ingresó en nuestras filas en 1927. De grandes bigotes, contextura atlética, color moreno y de valor temerario. Generalmente se ocupaba de las exploraciones de campo. Sus combates principales fueron Macuelizo y Somoto y operaba entre Chinandega y Las Segovias con la columna No. 5 de unos cincuenta soldados de primera línea.

General Ismael Peralta. Operaba con la columna No. 7 al lado de Estelí pero muchas veces actuaba de segundo o ayudante mío.

Debo advertir que estos Jefes no estuvieron todo el tiempo en tales columnas y que los soldados que pertenecían a tal columna no estuvieron en ellas para siempre, por el contrario, se hacían frecuentes cambios y modificaciones dependiendo de las localidades y clases e operaciones.

General Adán Gómez. Nació en la ciudad de León. Tiene muchos años de vivir en la Costa Atlántica donde tiene una propiedad de ganadería, ahora arrasada. Quizá es el hombre más fuerte y alto del ejército. De bigotes, tez morena, ojos profundamente negros y divagados, con una mirada como si estuviera siempre viendo cosas lejanas. Habla poco, ronco y fuerte. No es farsante ni jactancioso. Pero, óigame Román, en su vida ha visto usted un hombre de tal temeridad. Ahí sí que se murió el miedo. A ese hombre, aun el miedo le tiene miedo.

La famosa batalla de Laguna de Perlas de la Revolución del 26, que se le atribuye al General Moncada, fue

ganada por el arrojo temerario de Gómez y sus hombres, como lo ha atestiguado el General Rivera Delgadillo, quien fue el Jefe derrotado. Averígüelo usted y verificará mis palabras.

Asimismo se le atribuye al General Beltrán Sandoval el levantamiento de El Rama del 4 de mayo de 1926, sin embargo se debió al General Gómez. Pero aquí está la tragedia: Adán Gómez. No sabe leer ni escribir y por eso le han robado sus glorias Moncada y Sandoval y él ha pasado anónimo.

Sus combates y emboscadas son muchos y él fue quien peleó con 50 hombres en la batalla de Zaraguasca, después del Armisticio del Presidente Sacasa, que habiéndole notificado, se reconcentraba al desarme y en el camino se encontró con la Guardia Nacional, quienes alegaron que no habiéndoles sido comunicado el Armisticio, atacaron a Gómez con fuerzas muchas veces superior. El combate duró varias horas. Hubo muchas bajas en ambos lados que se retiraron dejando el triunfo indeciso. Ésta fue la última batalla de la guerra.

General Juan Pablo Umanzor. Nació en el pueblo de Las Manos, en la frontera entre Honduras y Nicaragua, mitad y mitad en cada República. Umanzor nació el año de 1903 en la parte hondureña.

Es flaco, alto, bastante prieto por lo chorotega, con la diestra casi paralizada y la pierna derecha imperfecta, ambas, consecuencia de heridas de balas que recibió en diferentes ocasiones durante la guerra. No sabe leer ni escribir, sólo se le ha podido enseñar a firmar. Habla muy poco y es de temperamento delicado. Cuando conversa jamás da la vista, por lo que es muy difícil estudiarle.

Además, es poco abordable y jamás dice nada sin que yo se lo autorice.

Nuestro Ejército se ha distinguido por su disciplina y buena organización, como hasta los enemigos lo reconocen. Umanzor ha sido uno de los hombres más disciplinados y obedientes que he tenido y como carece del instinto de conservación, posee un valor temerario y salvaje. Por ejemplo, una vez que le ordené que procurara hostilizar la línea férrea por el lado de Chichigalpa, a los quince días recibí contestación: «Conforme sus instrucciones, tomé la plaza de Chichigalpa y tengo sitiada la línea férrea desde Chinandega hasta La Paz Centro. Por otra parte, el Ejército esta muy bien equipado».

Umanzor me ha acompañado desde el principio de la Revolución y por mucho tiempo ha sido Jefe de la Columna No. 8 compuesta de 500 soldados de línea y que operaba en los departamento de León y Chinandega. Umanzor sostuvo muchos combates, algunos adversos, pero la mayoría favorables, entre ellos: La Pelona, El Raspador y Chichigalpa.

En Punta de Riel, en El Sauce, como los marinos controlaban la información oficial, el Capitán Puller y Escamilla, el mercenario mexicano, dieron el parte de este combate como una derrota para nosotros y anunciaron mi muerte, cuando en realidad nada me pasó. Las heridas que tengo las recibí al principio, cuando peleábamos únicamente contra los marinos. Por otra parte, la acción de Punta de Riel la dirigió solo Umanzor y su objetivo no era tomarla, sino simplemente hostilizar el campamento. No convenía retener un lugar conectado por el ferrocarril. Me dijo Umanzor: «A mí no me derro-

taron, atacué causé y me causaron bajas y retiré conforme planes. A los que verdaderamente tenía ganas de tantear era a los de escuela Militar de la Guardia. Supe una vez que andaban por el lado de La Cenicera y Moyocunda y al mando de su Jefe, Capitán Trumble. En Moyocunda se encontraban un contingente de cadetes y guardias. Trumble sabía bien que yo buscaba. Salí buscando a Trumble, que jamás presentó acción y en vez de defender al grupo de cadetes, les abandonó enviándoles 150 guardias. Los 150 guardias llegaron a Moyocunda y después de un ligero cómbate, por haber llegado los aviones a bombardearnos, mis muchachos se abrigaron en la Casa Hacienda y los cadetes y los guardias, abandonaron el elemento bélico, incluyendo todas las ametralladoras y eren despavoridos sin rumbo... Dicen que entre ellos iban un joven Argüello Wasmer, otro apellidado Pallais, de León y otros más que fueron apareciendo días después, uno por aquí y otros por allá, pero todos medio muertos por el susto, el hambre y la calentura.»

General Simón González. Nació en Honduras el año de 1397. Es indio puro. Bajo, grueso, de contextura férrea y de sangre belicosa. Resuelto siempre a matar o a que le maten. Cuando está tomado, hace alardes de su hombría y se vuelve peligroso, por lo que tiene absolutamente prohibido bebidas alcohólicas y me obedece fielmente.

Le aprecio mucho porque en todos los combates en que participó, solo o conmigo, siempre pidió la avanzada para ir de carnada. Mire usted, cuando se le ordenaba una exploración del terreno o una emboscada, indefectiblemente regresaba con muchos muertos y heridos,

pero con grandes cantidades de elementos capturados. Por eso le llamaban La Careadora.

General Francisco Estrada. Le he dejado por último, precisamente porque es el más importante de todos los Generales que formaron mi plana mayor. Estrada nació en Managua, el primero de noviembre de 1902. Pertenece a una familia pobre, pero muy antigua, honorable y de las fundadoras de Managua. Como usted ha visto, es moreno del tipo mestizo, muy alto, cenceño, muy fuerte y resistente. Tiene el cabello crespo, ojos negros y de mirada franca y directa. Es sólo medianamente instruido, pero tiene mucho sentido común, excelentes modales y grandes aspiraciones. Se casó hace mucho tiempo en Managua y tiene una niñita de once años. Su esposa es cajera de una de las casas comerciales más grandes de Managua.

Se enganchó en el ejército en San Rafael. En 1926, adonde llegó a presentármese. Por algún tiempo me sirvió como Primer Ayudante, pero ascendió rápidamente hasta el grado de General. Durante toda la guerra comandó varias columnas en diferentes sectores, pero nunca se separó enteramente de mi lado. Le tengo especial aprecio porque además de ser muy valeroso, inteligente y de mucho tacto, se comporta siempre muy gentilmente. En Managua y en Jinotega, hasta los más acérrimos enemigos nuestro reconocen lo anterior. Antes de juntarse conmigo, fue Director de Policía de Jinotega.

El General Estrada dirigió combates famosos como Las Cruces, Telpaneca; Las Trincheras, El Salto, La Concordia y otros.

En la segunda etapa de la guerra, en la célebre batalla de Zaraguasca que anteriormente le mencioné, donde caí herido por una bomba de avión, en sus brazos me llevó Estrada kilómetros y kilómetros, cuesta arriba y cuesta abajo sin fatigarse. Es un hombrazo y jamás alardea. Durante todo el tiempo de la guerra no vio a su esposa ni a su hijita y solamente se comunicó con ellas por fuentes secretas de nuestro Servicio de Inteligencia. Se enviaban recados y sabía que estaban orgullosas de su patriotismo y que le esperaban fielmente.

Aunque sin el grado de Generales, hubo cuatro Coroneles que pertenecían al Estado Mayor y desempeñaron funciones de igual importancia. Ellos son:

Coronel Sócrates Sandino. Nació en Niquinohomo, Nicaragua, el 31 de octubre de 1988, es mi hermano por parte de padre y de quien ya hemos hablado largamente.

Cuando principió mi guerra, Sócrates se encontraba en la ciudad de Nueva York, trabajando como mecánico en una fábrica de aquella ciudad. Sócrates recibió alguna instrucción secundaria. Se juntó conmigo en México. colaboró en mi cruzada militar, muchas veces sirviéndome de secretario y otras peleando y llenando los seis meses de entrenamiento para guerrillero. Lo más del tiempo anduvo en la columna del General Umanzor.

A lo anteriormente dicho por el General Sandino acerca de su hermano Sócrates, le agregé yo: El Coronel Sandino es de mediana estatura, blanco, de facciones comunes. Es muy agradable y de fácil palabra, pero de temperamento acalorado. No es inteligente. No se parece al general.

Coronel Agustín Sánchez Salinas. Nació a fines del

siglo pasado en la ciudad de León, Nicaragua y es hijo del acaudalado doctor Fernando Sánchez. El Coronel Sánchez asistió a algunos de los mejores centros de enseñanza de Europa y los Estados Unidos y habla cuatro idiomas. No sólo es muy inteligente sino hasta brillante, pero por desgracia es impredecible y violento. Ha sido gran partidario de nuestra causa.

El Coronel Sánchez Salinas es de estatura pequeña, de color blanco cetrino, erudito y atropellado para hablar se acalora mucho en las conversaciones y dicen que ha sido periodista de combate. Peleó en nuestras filas más de dos años, habiendo dado sus seis meses de aprendizaje y fue ascendido paulatinamente hasta el grado de teniente coronel por su eficiencia militar. Por algún tiempo me sirvió de secretario.

Cuando el doctor Sacasa tomó posesión de la Presidencia de la República envié al coronel Sánchez Salinas en compañía de nuestro querido Alfonso Alexander, gran poeta colombiano, miembro de nuestro ejército y ex secretario y ayudante del general Estrada, ambos con una misión periodística a la capital. Fueron encarcelados hasta el día que se firmó la paz.

Coronel Abraham Rivera. Nació en la ciudad de Jinotega el 16 de marzo de 1875, de una vieja familia segoviana. Desde muy joven se dedicó al negocio de madera y comercio sobre el Río Coco y en la Costa Atlántica. Tiene cuarenta años de traficar este río de arriba para abajo y conoce como sus manos todos sus raudales rápidos y vueltas y es compadre o amigo íntimo de todos los zampos, zumos, misquitos y caribes que viven a lo largo del Coco, sabiéndole además sus nombres, vidas y milagros.

Igualmente conoce a toda la gente de Puerto Cabezas y Bluefields.

Por mi parte agregaré a lo antes dicho por el General, que el coronel Rivera es un viejo de mediana estatura, rosado, gordo, panzón y que usa siempre un cinturón como de veinte centímetros de ancho en la parte inferior de su gran barriga, tal que parece que ya se le van a caer los pantalones. Camina con las piernas muy abiertas, por lo que creo que tiene hemorroides. Tiene los ojos pardos con los parpados rojizos y brotados, dándole en conjunto un aspecto de batracio. Usa bigotes caídos. Se ríe mucho y recio mostrando sólo tres dientes grandes. Vocifera todo el tiempo con el vocabulario más soez que uno pueda imaginarse, en ingles, en zambo, en zumo o en misquito, dialectos que maneja muy bien al igual que a los indios de las correspondientes tribus, pues les conoce la psicología y le quieren mucho. Es sordo de un oído por lo que sólo oye lo que le conviene. Se casó con una mulata de tintura de misquita con la que tiene algunos hijos. Es muy atento, activo, inteligente y sobretodo de muy buenos sentimientos. El coronel Rivera es uno de los hombres más útiles que ha tenido el General Sandino, pues desde el principio de la guerra controlaba el manejo de la flota de pipantes sobre el Río Coco y gran parte de la sección de abastos que venían de Honduras y la Costa.

Continúa el General Sandino:

Coronel Conrado Maradiaga. Nació en Yuscarán, Honduras. El no sabe cuando, pero es muy viejo. Además es muy moreno, alto y extraordinariamente flaco, hasta el punto de parecer un hombre de una sola dimensión. Usa

un gran sombrero tejano y lleva permanentemente un gorro de dormir debajo del sombrero.

Tiene ojos como de culebra, chiquitos, redondos y brillantes y puede ver en la oscuridad. Tiene dos puntas de bigotes caídas y unos cuatro pelos largos y canosos en la barbilla. Tiene forma de ser extraordinariamente lascivo y come con la voracidad de un tiburón. Quizá por eso padece de diarrea perenne.

Maradiaga es de los que me siguen desde las minas de San Albino y cuando me fui a buscar armas a Puerto Cabezas, Maradiaga se quedó de Jefe de nuestro primer pelotón en El Chipote, lugar que él me descubrió.

La principal cualidad del Coronel Maradiaga es ser el mejor *chan* o baqueano de todas estas montañas. Conoce de una manera minuciosa e increíble este laberinto de ríos, selvas y montadas de Las Segovias, del Territorio Disputado y de la Costa Atlántica hasta Bluefields. Pedacito por pedacito, como si hubiera tomado una radiografía y la llevara en la mente.

El fue quien siempre me guió. Conoce más que juntos todos los otros baqueanos que tiene el ejército y que son excelentes. Maradiaga se orienta por instinto, como algunos animales. Fue mi guía perenne a través de estas selvas protectoras. Durante siete años nos llevó como guiado por algún impulso cósmico con exactitud de brújula infalible.

Entre los que murieron por la causa, hay dos Generales:

General Miguel Ángel Ortiz. Nació en la ciudad de El Ocotal. Era un joven muy inteligente que además tenía el don de presentir las cosas o del sexto sentido como suelen llamarlo. Poseía muy buena instrucción, intuición

militar y muchísimo valor. Fue uno de los más importantes Generales que tuve y también uno de aquéllos a quien más afecto tuve.

Murió el 15 de mayo de 1931 en a batalla de Palacagüina, por una bomba de avión. Su muerte fue muy sentida en el ejército y su memoria es reverenciada por todos los soldados que le conocieron.

General Pedro Blandón. Cuando el sitio de El Chipote, Blandón era un arriero que se ocupaba de guiar las mulas y los bueyes de carga. Cuando por casualidad le descubrí y me di cuenta que era un hombre de gran talento natural, inmediatamente principié a utilizarle. Muy rápidamente ascendió hasta General, cosa muy difícil en nuestro Ejército. Aunque no sabía leer ni escribir, cuando fui a México le llevé y a los tres meses ya leía de corrido y a los cinco ya hasta escribía en máquina, al tacto y con todos los dedos. Mucho leía libros de historia y textos de escuela que compró y vivía estudiando. Fue herido por una bomba de avión y le terminaron con ametralladora en la Costa Atlántica, el 14 de abril e 1931.

El Coronel Rufo Marín cuando murió era jefe de mi Estado Mayor, pero sin grado oficial, porque apenas estábamos comenzando. Murió en la primera batalla que tuvimos, la del Ocotál, peleando como un león al frente de la columna en el asalto al cuartel de los marinos el 16 de julio de 1927. Fue mi primer brazo derecho y gran alentador. Le sentí inmensa y fraternalmente.

Además de los tres ya mencionados, en nuestra guerra murieron poco más de cien oficiales entre coroneles, mayores, capitanes y tenientes. De todos ellos, así como de los soldados muertos incluyendo hasta el último

Palmazón y los detalles de las acciones en que murieron, etc., existe registro minucioso en el Archivo de nuestro Ejército.

Entre soldados, sargentos, cabos, artilleros, ayudantes y palmazones, murieron muy aproximadamente 2,800 hombres desde el 4 de mayo de 1927 hasta el 2 de febrero de 1933. Civiles murieron más de dos mil y también consta en el Archivo.

El número de campesinos asesinados por los marinos y la Guardia Nacional, en tierra y por los aviones, nadie lo sabe ni se puede calcular.

Desde luego que traidores en toda causa ha habido. Basta con recordar a Judas. Sin embargo en nuestras filas los casos de traición fueron muy pocos pues antes de ser siquiera soldados pasaban un minucioso entrenamiento en el que indefectiblemente se decubrían las intenciones de pretendientes o aspirantes. Mas de un centenar llegaron de mala fé, pero de ellos ninguno existe ya.

El General Santos Sequeira de la ciudad de Granada, Nicaragua, primero quiso asesinarme traidoramente, pero me hice el disimulado y le puse sobre bajo secreta y estricta vogilancia. Pronte le descubrieron en contacto con los marinos con planes de traiciomarnos y aunque trato de huir, fue capturado cerca de Wiwlií y fusilado inmediatamente, en Julio de 1928.

El capitán José de Paredes de Guadalajara, México estando yo allá se regreso y ahsta el mismo General Colidres le entotorotó la cabeza haciéndole proclamarse Presidente Provisional de Nicaragua. Colidres fue capturado inmediatamente, pero Paredes logró escapar.

Como única exepción, Colidres fue perdonado en con-

sideración a su larga y fiel actuación anterior y también en consideración a su hermano, el General Irías. No fue degradado, pero quedó excluido de servicio activo.

Hubo otros traidores de menor cuantía como soldados que pedían permiso de ausentarse y después trataban de vender informes acerca de sus Jefes, como le sucedió al General Altamirano, pero como no le encontraron a él, los Capitanes puller y Lee, asesinaron a sus dos hijos mayores y a un yerno suyo. Les preguntaron sus nombres y ellos contestaron: Altamirano

¿De la familia de Pedrón? Preguntó Lee.

¡No, hijo de puta. Del general Altamirano!, contestó uno de ellos.

Inmediatamente les ametrallaron a todos.

En el orden intelectual, sí hubo también un gran traidor, ¡mi verdadero judas! Usted debe haber oído hablar de él, por supuesto, un señor Froylán Turcios de Honduras, versificador anticuado.

Turcios tenía una revista moribunda llamada *Ariel*, la que convirtió en un órgano sandinista con el objeto de allegar fondos y hacer propaganda por la causa antiimperialista pero fueron tanto los fondos que reunió que prefirió quedarse con varios miles de dólares y declararme bandolero.

Según Turcios, los norteamericanos nos derrotarían irremisiblemente y creyó que su chanchullo jamás se descubriría, pero aquí estoy yo para atestiguar con todos los documentos. Por medio del gobierno de los Estados Unidos le hizo nombrar cónsul en París, para que tuviera oportunidad de disfrutar de los miles robados a nuestra causa y que gozara de la recompensa por su traición.

Me pasó esto con Turcios porque como intelectual le creí sincero y honesto y confié en él, ¡pobre Turcios me da lástima!. Se suicidó moralmente. Dicen que unos estudiantes peruanos en París le abofetearon y llenaron de excremento por su traición. Lo que son las cosas. Si me hubiera dicho que quería ir a París, le hubiera nombrado representante de nuestro ejército... ¡y tanto afecto que yo le tenía!

Como el General notara perplejidad en mi fisonomía y gestos consecuencia de mis ganas de intervenir pidiéndole tolerancia, él me dijo: conste Román, que no es usted quien dirá esto, soy yo, y hágame el favor de escribirlo íntegramente así. ¡Sí señor!, le contesté. Porque el General me lo pidió tan categóricamente, aunque no estuviera yo de acuerdo, ya que habían muchas intrigas de por medio, para serle fiel lo transcribo lo más apegado a sus palabras que me ha sido posible.

Con respecto a un segundo que hiciera mil veces, lo consulté con mi estado mayor en congreso pleno y entre todos resolvieron que era mejor que nombrara a cualquiera de ellos para tal o cual cometido, como representante personal y acreditándole debidamente cuando así se necesitara, pero que no era necesario que yo tuviera una especie de repuesto. Alegaron para ello que yo era irremplazable. Y que en caso de una desgracia, entre ellos deliberarían lo pertinente. De haberse designado uno, lo habríamos sometido a votación no sólo entre el estado mayor, sino entre todo el ejército. Creo que el general Estrada habría sido el escogido sea esto como fuera, creo que fue muy prudente aceptar la opinión de mi estado mayor.

Mi guardia personal la componían 30 hombres. Casi todos muchachos jóvenes y de absoluta confianza. Muchos de ellos empezaron de 15 y hasta de 13 años de edad, hacen ya cinco, seis y siete años. Me cuidan, quieren y obedecen más que a un padre y forman una organización fraternal entre ellos mismos, pero dentro del ejército.

Mucho tiempo fueron jefes de mi guardia personal: Estrada, Orteza, Blandon y Altamirano. Sin embargo jamás se nombraron oficialmente ayudantes militares, sino que les tomaba al azar cada semana, dentro de mi guardia personal.

De mis secretarios privados, puedo decirles que casi todo el tiempo ha estado encargado del manejo de la oficina el general Pedro Antonio Irías, quien también ha sido mi ayudante archivero. También desempeñando el cargo de secretario privado: Agustín Farabundo Martí, General Juan Santos Morales, Coronel Agustín Sánchez Salinas y doña Blanca Aráuz de Sandino, mi esposa, aunque todos por corto tiempo.

Máquinas de escribir, papel y utensilios de oficina, etc. En su gran mayoría eran suministrados, involuntariamente, como gran parte del equipo del ejército, por el departamento de guerra de los Estados Unidos, lo que no quisiéramos dejar pasar sin nuestro reconocimiento.

Yo le llamo la Legión latinoamericana, a los que vinieron voluntariamente de casi todos los países de Latinoamérica a engrosar las filas del ejército defensor de la soberanía nacional de Nicaragua. Sin embargo, debo aclarar que aunque me sea necesario incluirles en tal denominación, simplemente para hacerles honor especial que merecen, yo no considero extranjero en Nicaragua a

ningún latinoamericano.

La Legión latinoamericana, no sólo constituye uno de los gestos más hermosos de solidaridad continental con nuestra lucha y una prueba elocuente del inmenso valor de los lazos de sangre de lengua y de raza que unen a los pueblos latinoamericano, sino además la mejor condecoración recibida por nuestro ejército.

Los miembros de la Legión latinoamericana son algo muy diferente a los "voluntarios" que por hambre o alguna otra necesidad se enganchan en París en la Legión extranjera, o en Nueva York y San Francisco en el cuerpo de marinos de los Estados Unidos y aunque en estos dos ejércitos hayan algunas honrosas excepciones sólo son excepciones, mientras que en nuestra Legión latinoamericana cada uno de sus miembros tuvo que abandonar un hogar bueno y clausurar todo un mundo de esperanzas para ir costeándose su propio pasaje, pasando enormes dificultades y afrontando peligros mortales tan sólo para llegar a un novisiciado único, largo y durísimo y eventualmente llegar a ser un soldado sin sueldo y vivir en estas selvas bellas pero inhóspitas y ascender lentamente ¡eso es verdadero heroísmo!.

Por razones de espacio y de tiempo, ya que usted está muy enfermo y a mí se me han presentado labores extras y urgentes no podré mencionar por ahora los nombres de todos los miembros de la Legión latinoamericana, deber ineludible que supongo para un futuro más propicio. Mientras, quiero mencionarle los nombres de algunos de aquellos que por una u otra razón deben figurar en este relato, esperando rendir un modesto homenaje a toda la Legión. Más tarde publicaremos una obra enteramente

dedicada a rendir homenaje detallado a cada uno de estos numerosos héroes créame, Román, son tanto que será un libro extenso. En nuestro archivo están inscritos todos sus nombres incluyendo sus generales y todos los datos de servicios, etc. comencemos pues con el más distinguido miembro de la Legión:

General Manuel María Jirón Ruano. De nacionalidad guatemalteca. Alto oficial del ejército de aquel hermano país. Estudio milicia en la Academia Militar de Postdam, en Alemania. Viajó extensamente por toda Europa y dominaba a perfección cinco idiomas. Fue gobernador de Petén.

El General Jirón Ruano dejó a su esposa y sus niños, dejó su hogar y sus propiedades para ingresar a nuestro ejército como un simple soldado. Por su capacidad competencia militar y muchos méritos ascendió rápidamente al alto rango de general. Debido a su vasta cultura a su trato refinado, a sus modales y a su gran caballerosidad llegó a ser uno de los más queridos y respetados de nuestro ejército. Prescindiendo el decirle que era valiente, pues todo el que ingresaba a nuestras filas venía dispuesto a morir y sabía que las probabilidades de salir con vida eran pocas.

Jirón Ruano fue el primer y único prisionero en toda la guerra, pero no fue capturado en campaña: sucedió que el general Jirón Ruano se enfermó gravemente de paludismo y pidió permiso para irse a curar a Guatemala desde luego se le concedió el permiso. Yendo, vestido de civil y desarmado, rumbo a León, al pasar cerca de las minas de San Albino, cruzando un río le cayeron de sorpresa ocho marinos de la tropa que comandaba un te-

niente Hanneken. Éste no quiso hacerse responsable y se lo entregó a un mierdoso mercenario Mexicano llamado Escamilla, quien antes de fusilarlo le preguntó si tenía algo que decir y Jirón Ruano le contestó «¡nada, hijo de puta!»

De todos los muertos del ejército, ha sido el hombre más sentido todavía, cuando se menciona su nombre entre los que fueron sus soldados y oficiales, se saluda militarmente su memoria. Cuando termine de organizar la cooperativa y tenga un poco de tiempo para atender mis asuntos personales, tengo planeado hacer los arreglos necesarios para que los hijos del general Jirón Ruano sean educados por mi cuenta, tal como su padre lo hubiera hecho.

La memoria del general José María Jirón Ruano es una Gloria imperecedera para nuestra hermana República de Guatemala.

Teniente Coronel Carlos Aponte Hernández. Joven universitario de la República de Venezuela. Me sirvió algún tiempo de ayudante personal. Vino expresamente a dar dos años de servicios en nombre de los estudiantes de la universidad de Venezuela. Hombre sin tacha y excelente amigo. Al término de dos años regreso a su patria. ¡Un héroe!

Esteban Pavletich. Joven de nacionalidad, peruana, aunque de origen europeo me sirvió de ayudante en asuntos de oficina. Vino en nombre de los intelectuales del Perú. Desgraciadamente después estuvo a punto de enredarme en asuntos del PRA. Intrigó a tal grado, que como ya le dije, en Mérida tuve que expulsarle del ejército.

Capitán Augusto Farabundo Martí. Estudiante de le-

yes de nacionalidad salvadoreña. En el fondo tenía grandes méritos pero desgraciadamente combinados a un carácter sumamente rebelde. Tuve que expulsarle del ejército por haberme querido enmarañar, en México en un enredo con los comunistas que me costó muchos dolores de cabezas. Después continuó dedicándose a esas actividades, por las que fue fusilado en el Salvador por el despota Martínez, realmente, yo nunca tuve ninguna disputa ideológica con él, pero por su rebeldía no pudo comprender las limitaciones de mi misión a México, ni su categoría de subordinado.

Antes de ser fusilado vivó al comunismo internacional y dijo que antes de morir, aunque había sido expulsado de su ejército quería morir gritando, ¡que viva el General Sandino!.

Capitán Gregorio Gilbert. Joven estudiante y de la República Dominicana. Vino en nombre de la juventud estudiantil de su país. Se incorporó al ejército para servir dos años, que no pudo cumplir enteramente por mi viaje a México es un excelente hombre de grandes méritos personales y con una opinión propia bien formada. Peleó con bravura y sin tregua y después regresó a su patria ¡Otro héroe!

Sargento Marcial Salas. Estudiante universitario de la hermana Costa Rica. Vino en representación de los estudiantes universitarios de esa hermana República. Fue muerto en la batalla del Manteado en lucha cuerpo a cuerpo con un teniente de la marina, quien a su vez fue ametrallado por el entonces capitán Juan Gregorio Colindres. A Salas se le enterró con honores de capitán ¡otro héroe!.

Teniente Rubén Ardilla Gómez. Se presentó en nom-

bre de los estudiantes universitarios de Colombia. Perteneciente a familia muy distinguida y rica de su país. Un muchacho muy brillante. Peleó bravamente en varios combates y estuvo en mi guardia personal por mucho tiempo.

Capitán Alfonso Alexander. Joven y notario colombiano. Fue ayudante del General Estrada y fue emisario mío, junto con el coronel Sánchez Salinas, ante el presidente Sacasa, pero como ya le dije, fueron encarcelados.

Con todos estos y muchos otros más latinoamericanos, Nicaragua tiene una deuda externa de gratitud y respeto.

Hubo también alemanes, ingleses, irlandeses y ciudadanos de otras nacionalidades que ofrecieron sus servicios en nuestro ejército, pero muy cortésmente a todos les rendí las gracias informándoles al mismo tiempo que la pauta del ejército solamente permitía militar en sus filas a latinoamericanos.

La misma contestación di a varios marinos americanos que desertaron en sus filas y quisieron ingresar a las nuestras. Entre ellos dos oficiales cuyos nombres no quiero sean publicados, pero que además de presentarse ante mí personalmente, traían varias ametralladoras y veinte cinco mil dólares del pago de su guarnición. Acepté las armas y a mucha insistencia de ellos, cinco mil dólares como una contribución personal a nuestra causa. Además de rendirles las gracias en nombre mío y Nicaragua, les puse a salvo al otro lado de la frontera, en Costa Rica. Si más tarde se llega a saber sus nombres, por otras fuentes ya no es culpa mía. Otro marino se suicidó y varios desertaron. Sus nombres fueron publicados oportunamente, pero no por incidencia mía.

Debo aclararle que la Legión latinoamericana no constituyó un solo cuerpo, primero por que vinieron en diferentes épocas y segundo por que los más operaron en diferentes regiones que no conocían, pero en total que podrían haber formado un regimiento.

El departamento de agricultura comprendía a todos los civiles pertenecientes al Ejército, quienes vivían en sus propiedades y estaban voluntariamente obligados a entregar a nuestros campamentos cantidades determinadas de maíz, frijoles, cerdos, cuajadas, etc. De todas las entregas se llevaba un control exacto por zonas y por contribuyentes a quienes compensábamos con sal, medicamentos y armas. Además todos los civiles del departamento de agricultura pertenecían simultáneamente a la red del servicio de información secreta.

Los zambos, sumos y misquitos tenían la obligación de plantar anualmente y por familia por lo menos media hectárea de tabaco, cereales, etc. Bajo pena de no recibir sal.

En todos los campamentos cuando no estaban ocupados por nuestras fuerzas funcionaban fincas particulares y tenían crianzas de ganado, puercos, aves de corral, muchas veces sufrían graves dueños a causa de la aviación enemiga, pero cuando se aproximaba una columna de marinos avisados por el servicio secreto todo era trasladado cuidadosa, fraccionaria y sigilosamente a otros lugares. Eventualmente los marinos averiguaron y dieron órdenes a los aviones de exterminar a todo ser viviente. El atroz e irreflexivo bombardeo de los aviones en vez de destruir mi ejército multiplicó mis partidarios por millares.

Los principales jefes del control de abasto fueron los coroneles Rivera, Raudales y Donaire.

La tarea del departamento docente, aunque para mí de gran importancia, resultó muy complicada, debido a las circunstancias. Se trataba de enseñar a leer y escribir a muchos de los oficiales que no sabían y al noventa por ciento de los soldados que eran analfabetas. A cada oficial que lo necesitaba se le asignó un andante para que le diera entre batallas y emboscadas y que reportara su progreso periódicamente. Entre los soldados esta tarea resultaba mucho más difícil pero se hacía todo esfuerzo posible.

También se mantenían varias escuelas en los siguientes palenques de indios: san Carlos, San Juan, Krasa, Asán, Bocay y Raytí. Le hablo en tiempo pasado en cuanto a estas escuelas. Por que en este momento no se por seguro cual sea el futuro de ellas, pero estoy absolutamente resuelto a continuar esta valiosa labor ahora que ha terminado la guerra y también por eso que estoy tan urgido con el establecimiento de la cooperativa, pues la principal labor de esas escuelas es la de enseñarle el español a los aborígenes, labor en la que mucho se ha adelantado además las escuelas mencionadas, hay otras menores en las cabañas en las que se usan métodos gráficos de enseñanza.

Puedo asegurarle que ahora entre los oficiales, los analfabetas se cuentan con los dedos de la mano y sobran. Desdichadamente por falta de suficientes maestros y otros elementos, entre los soldados en progreso fue apenas perceptible.

En adelante, en la cooperativa agrícola de Río Coco será obligatoria, gratuita en todas edades hasta que no quede ni un solo analfabeta.

En el ala femenina Gabriela Mistral es la abanderada.

Oficialmente nombrada por aclamación «benemérita del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua» ¡salve!

También muchísimas mujeres de Nicaragua dieron su valiosa colaboración. De todas las clases sociales salieron varias partidarias de la causa que sirvieron de muy diferentes maneras: espionaje, correo, proselitaje y aun directamente de enfermería y menesteres domésticos. Muchas de esas mujeres que siguieron a diferentes columnas para dar su servicios en cuanto fuera necesario, al igual que los soldados se jugaban la vida y muchas también, murieron en esos servicios.

Los actos de heroísmo de las mujeres que colaboraron en el ejército no sólo son muchísimos, sino que además la mayoría requieren largas historias para explicar los sacrificios que sufrirían y los peligros que enfrentaron por amor a la patria y todas, campesinas, maestras de escuela, enfermeras, amas de casa y aun señoritas de sociedad, rindieron servicio sin los cuales nuestra guerra no habría sido posible. De todas estas mujeres y sus actos heroicos guardamos minucioso detalle en el archivo. Por el momento debo al menos mencionar las siguientes:

Blanca Aráuz de Sandino. No porque sea mi esposa, sino porque en los servicios de enlace que nos prestó como telegrafista, son imponderables. Además, en la última etapa de la guerra sirvió como secretaria privada mía.

Señora Juana Cruz. Tenía una cantina en Jinotega y cambiaba el licor por tiros con los guardias y obtenía informe confidenciales con los marinos por medio de sus *muchachas* adiestradas. También fue una importante directora de correo y espionaje en esa región. No sólo no se le pagaba por sus servicios, sino que ayudaba económi-

camente también.

Señora Tiburcia García Otero. Natural de Cúa, donde poseía una hacienda grande que fue destruida, al igual que sus hijos y empleados, según ella misma contó, por los aviones y tropas de los marinos. La destrucción fue tan bárbara, que llegó hasta el punto de no dejar ni un perro vivo. Además, le aterraron el pozo.

Desde entonces se volvió gran partidaria nuestra. Fue encarcelada y vapuleada en la penitenciaria de Managua por órdenes del propio Moncada, para que dijera sobre mí, pero esa mujer prefirió la tortura y la muerte si fuese necesario. No lograron sacarle nada, y muy enferma tuvieron que sacarla de la cárcel, lo que aprovechó para escaparse a Costa Rica. Luego, dando una gran vuelta por Honduras volvió al ejército a servir de cocinera, enfermera y lavandera. Actualmente se encuentra atendiendo a mi esposa hasta después del parto, cuando regresará a rehabilitar su hacienda.

Si quisiera ahora enumerar los nombres y acciones de todas las mujeres que se sacrificaron por la causa tomaría un espacio desproporcionado de este libro y del tiempo de que disponemos, pero los pocos casos aquí mencionados dan una idea de las grandes diferencias entre las personas que actuaron, sus motivaciones y las clases de servicios rendidos. Oportunamente me encargaré de una publicación especial para rendirle a estas mujeres el homenaje que merecen, pues sus nombres y sus hechos constituyen una verdadera gloria para Nicaragua y deben incorporarse a la Historia Patria, como en el caso de la Legión latinoamericana.

Gran parte del material de nuestro archivo y museo la

tenemos escondida en lugares recónditos de la montaña. Todo pasará a ser propiedad de la Nación para ser expuesto al público cuando ya no haya peligro que Nicaragua sea despojada de tan gloriosas reliquias, mientras, vivirán ocultas en las entrañas de la selva.

En el Chipote, en La Chispa y principalmente en la gruta de Tunagualán, hay ocultas, bien empacadas y clasificadas, cantidades de cosas capturadas a los marinos: Documentos confidenciales, precillas, mapas, banderas, hélices de aviones, utensilios, fotografías y muchas cosas más. Los trofeos que le mostré personalmente, son piezas repetidas de esta colección.

También se guardan en el Museo tarros de hojalata bien soldados conteniendo las cenizas de muchos aviadores y oficiales de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, las que en su oportunidad serán devueltas, pues de todas tenemos identificaciones adecuadas y las direcciones de sus familiares. Llevarán el siguiente mensaje: «Aunque por fraternidad universal lamentamos esta consecuencia inevitable de nuestra guerra y compartimos de todo corazón el duelo que les causa, sin embargo deseáramos que mostraran estas cenizas a la juventud de los Estados Unidos para que tomen ejemplo y vean como pueden retornar si su gobierno atropellara otra vez Nicaragua».

El archivo consta de tres a cuatrocientos kilogramos de documentos originales, muchos de ellos ya publicados. De la mayor parte de esos documentos estoy sacando copias para llevarlas a Niquinohomo, por si algo me ocurriera. Los originales quedarán aquí en la montaña hasta el momento oportuno. Entre estos documentos no

figuran libros, ni revistas, ni diarios publicados en varios idiomas, pues todo eso suma varias toneladas. Todo esta catalogado por fechas y el trabajo de recopilación se efectuó entre emboscadas y cambios de campamentos.

La Flota de nuestro ejército contaba con treinta pipantes pequeños, veinte medianos y diez grandes, todos en perfectas condiciones bien dotados de palanqueros excelentes en su oficio y además muy entrenados en nuestro estilo de guerrilla fluvial. Todos eran zumos, zambos o mísquitos. Además de la flota de nuestra propiedad, en caso de emergencia el Coronel Rivera podía reunir mucho más de propiedad privada.

Las lanchas de motor que usaban los marinos, aun las más pequeñas que tenían el motor fuera de borda, resultaban muy imprácticas para la guerra en este río tan encajonado entre montañas, pues el ruido del motor ampliado por los ecos de la montaña, las denunciaban con gran anticipación. Además, costaba mucho pasarlas por los rápidos y raudales. En cambio los pipantes, totalmente silenciosos, al oír la tripulación el ruido de un avión o lancha de motor, o simplemente sospechar lo proximidad del enemigo por cualesquier razón o motivo, simplemente se aproximaba a la playa, se echaban al agua y se escondían entre la selva conjuntamente con su embarcación. Todo desaparecía sin dejar huella.

Los palanqueros, o la tripulación del pipante, también actuaban como soldados guerrilleros, no sólo para defenderse en caso necesario, sino también para poner emboscadas al presentarse la oportunidad. Por razones estratégicas, cada vez que se efectuaba un desembarque forzado, de ser posible, las tripulaciones se dividían en-

tre ambas márgenes del río pudiendo comunicarse entre ellas por medio de «cantos de pájaros», «ruidos de animales» y otros medios naturales que ellos habían aprendido a imitar a perfección y que correspondían a una clave especialmente elaborada para el propósito. Mediante este sistema ellos podían comunicarse aun en presencia del enemigo sin que este tuviera la más mínima sospecha.

Nuestra flota de pipantes se movía en todos estos ríos con la misma precisión y coordinación que todo el Ejército y todas sus operaciones estaban controladas por el Coronel Abraham Rivera en colaboración con su brazo derecho, nuestro "Almirante Sellers del Coco" como a él le gusta llamarse. Ya usted conoció a ambos.

A lo anterior, relatado por el General Sandino, quiero agregar los siguientes datos:

Un pipante, es una embarcación en forma casi de canoa. Son totalmente de una sola pieza labrada de una troza de caoba y otras maderas adecuadas, consecuentemente no tienen ni necesitan ni un solo clavo o remache. Sus dimensiones varían según los usos a que se destinan, pero generalmente entre dos y doce metros de largo, de 35 a 70 centímetros de ancho y quizá otro tanto igual de calado. Las más grandes pueden transportar hasta dos toneladas de carga o veinte pasajeros, además de la tripulación de 12 a 14 palanqueros. Estas embarcaciones constituyen el sistema más práctico de navegación en el Río Coco, tanto por los raudales, como por los caprichosos cambios del cauce. Yendo río abajo, generalmente las maniobran con un tipo especial de remos llamados canaletes y río arriba, con unas grandes varas de bambú

o de árboles, pero muy fuertes y rectas, así como flexibles, a las que les llaman palancas.

El Río Coco es navegable por pipantes grandes, desde la desembocadura del Río Júcaro, cerca de Quilalí, hasta el Cabo de Gracias a Dios a unos 600 kilómetros de distancia. Hacer este recorrido en doce días río abajo, es muy buen tiempo, así como hacerlo en 25 ó 30 río arriba según las lluvias y la carga.

Nuestro Servicio Secreto es muy complicado de explicar, así como fue de eficiente su funcionamiento, hasta el punto que las cartas y correspondencia especial, desde Managua o León por ejemplo, tardaba en llegarnos hasta aquí tres o cuatro días caminando día y noche y pasando clandestinamente por manos de Civiles y soldados. Gran parte del Servicio Secreto estaba a cargo de mujeres, que resultaban menos vulnerables que los hombres. Parece mentira que quienes más efectivos y constantes servicios prestaron a La Causa, fueron señoras y señoritas de las más ricas y viejas familias de Nicaragua en las ciudades de Matagalpa, Managua, León y Chinandega, quienes por medio de sirvientas pasaban sus informes verbales a nuestros agentes. Muchas de ellas, hasta frecuentaban la compañía de Oficiales de la Marina para tratar de averiguar cuanto fuera posible y de importancia para nosotros e informarnos. Muchas emboscadas, entre ellas dos de las más importantes, la de El Embocadero y la de El Bramadero, fueron debidas a informaciones precisas de las mencionadas jóvenes.

Todas estas señoras y señoritas, para sus mensajes verbales o escritos usaban seudónimos. Los mensajes escritos se usaban únicamente cuando era indispensable y para

los verbales sometían a las empleadas a rigurosos ejercicios de memoria. La Jefe en Matagalpa es una de las jóvenes más ricas y cultas. Muy conservadora y absolutamente insospechable. En la ciudad de León, dos jóvenes y una viuda de los más antiguos abolengos. En Chinandega dos señoras casadas con grandes terratenientes. Quizá por su posición, la que más importantes servicio prestó, fue la esposa de uno de los miembros del Gabinete del General Moncada. De estas damas me es imposible revelar sus nombres, pero todos constan en el Archivo con amplios detalles para que oportunamente la Patria pueda honrarlas.

De todo lo anterior usted puede dar fe, puesto que le he mostrado muchísimos mensajes aunque casi todos están en clave y firmados con seudónimos, las fechas, referencias y estado de conservación evidencian su autenticidad.

Los métodos usados para conducir mensajes eran muchos y constantemente renovados. Por ejemplo, un mensaje de León, Managua o cualesquier lugar, podía venir muy bien doblado, cosido y oculto en el ala de un sombrero de paja que viajaba de cabeza en cabeza día y noche hasta llegar a mis manos. En caso de peligro, se perdía el sombrero. Otras veces en la ropa interior que portaban las mujeres correos. Avisos ingenuos en los periódicos y muchos trucos más.

También teníamos representantes en El Salvador, México, La Argentina, Francia y en los Estados Unidos donde teníamos nuestros mejores partidarios y de donde se recibía la mayor ayuda económica y moral. Parece mentira, pero así es.

Los estudiantes de Nicaragua fueron los únicos que

como mis soldados protestaron, tratando de repeler la invasión con la fuerza. Los estudiantes de Nicaragua también fueron los únicos que formal y constantemente protestaron intelectual y bravamente, hasta con la sangre, por el honor de nuestra Patria ¡Solamente ellos y nosotros!

Como la guardia nacional y los marinos ex comulgaban a todo aquel que siquiera mencionara a Sandino y además les castigaban con fuertes penas y encarcelamiento, nadie se atrevía a decir Sandino sin añadirle bandido o bandolero.

Al principio, de no haber sido por unos cuatro periodistas y el gesto de los muchachos universitarios, mi protesta hubiera pasado casi inadvertida entre los nicaragüenses. El poeta Salomón de la Selva; Alfonso Valle, el Dr. Barahona y Adolfo Ortega Díaz, este último sobrino del Ex Presidente, Don Adolfo Díaz, sólo por haber escrito en mi favor, fueron expulsados del país.

En una ocasión, como a los estudiantes de la Universidad de León les prohibieran una manifestación, todos sin excepción se vistieron de luto. En un ataúd pusieron la Constitución y la Bandera de Nicaragua y pausada pero enérgicamente, con las manos atadas por detrás y un pañuelo amordazando la boca, en procesión fúnebre fueron a depositar aquel ataúd al Cuartel de los marinos, casi en el centro de la ciudad de León. Los marinos y Jefes militares se rieron como si fuera una comedia.

Los estudiantes sin embargo, regresaron a la Universidad en muy buen orden, pero el poeta Alí Vanegas no pudo resistirse por más tiempo. Subió a la tribuna y empezó a decir terribles verdades, tratando a los marinos de piratas.

Apenas iniciado el discurso de Vanegas, un teniente de la Guardia Nacional de apellido Castrillo, nicaragüense, corrió a delatarlo al jefe de los marinos, un Capitán Spark, quien inmediatamente mandó a disolver la protesta con un pelotón de guardias al mando de un teniente Stevens. La manifestación fue disuelta, pero el grupo de los estudiantes, no se sabe quien lanzó una piedra que hirió el rostro del teniente. Se desató un tumulto espantoso y fue un milagro que no haya habido una mortandad. Esto lo supe por relato de un testigo presencial.

Cuando la llamada sociedad de León obsequió al Almirante Woodward con una fiesta en el Club Social de aquella ciudad, a media fiesta los estudiantes le llevaron una nota en la que le comunicaban su protesta por tal atropello a la dignidad nacional. Le hacían saber que una fiesta al Señor Woodward habría sido una cosa diferente y bienvenida, pero una fiesta al Almirante Woodward, Jefe Plenipotenciario de la Misión Electoral, interventora, hería la dignidad del país.

También los estudiantes nicaragüenses contribuyeron con sangre en nuestra cruzada. Entre otros, el Bachiller Octavio Oviedo, de León, hijo del Magistrado Dr. Isidro Oviedo, ingresó en nuestro Ejército y murió materialmente desbaratado por una bomba de avión en el combate de Quisalaya.

Aunque resulte un poco desordenado, consecuencia de la premura del tiempo, no quiero dejar de mencionar aunque sea ligeramente algunos detalles respecto al funcionamiento de nuestra campaña. Le hablaré pues de las picadas y emboscadas.

Las emboscadas fueron la táctica primordial de nues-

tra guerra, pudiendo considerarse que constituyeron la parte fundamentalmente ofensiva de la misma, que en su conjunto y dada la enorme superioridad del enemigo, tenía que ser una guerra básicamente defensiva. Las emboscadas suplieron dos grandes necesidades de nuestra campaña, primero el sensacionalismo con que eran acogidas por la prensa mundial aumentaban nuestro prestigio y desprestigiaban a los marinos y sobre todo al Gobierno de los Estados Unidos contribuyendo a acortar la guerra y segundo, al mismo tiempo que desmoralizaban a los marinos, levantaban enormemente la moral de nuestros soldados, no sólo porque constituían el tipo de acción militar en que con el mínimo de riesgo para nuestros hombres se causaba el máximo de bajas al enemigo, sino también y muy principalmente por el enorme efecto psicológico de sentirse atacando en vez de huir y esconderse, como teníamos que hacerlo lo más del tiempo. De tal importancia era dicho efecto psicológico, que para las emboscadas siempre sobraban voluntarios, que teníamos que turnar para proporcionar igualdad de oportunidades.

El éxito de una emboscada depende fundamentalmente de cinco elementos: 1°. Informes precisos acerca del número del enemigo, de la ruta que sigue y clase de armas que porta. Desde luego estos datos nos los suministraba nuestro espionaje al cual no siempre le era posible conseguir informes completos por lo arriesgado de la misión. 2°. Que el enemigo se moviera a pie. 3°. Encontrar en la ruta al enemigo un terreno adecuada para emboscar. Mucha importancia resulta que el lugar de emboscada sea casi al final de la jornada, cuando ya están más cansados. 4°. El elemento de sorpresa es de inmenso valor por lo que a veces se preferían sitios quizá menos defen-

sivos para los nuestros, pero menos sospechosos. 5°. Dependiendo de las circunstancias del terreno y otros factores, a veces convenía más emplear machete y cuchillo, otras veces ametralladoras o rifles. Desde luego el manual de instrucciones a este respecto es extensísimo y aquí sólo puedo darle una idea vaga y general, que espero ilustre la complejidad de este tipo de guerra tanto para nosotros como para los marinos.

Finalmente, en relación a las emboscadas, debo decirle que aunque el peligro es mayor para el que sufre, demandan mucho más del que las emplaza, pues además que casi siempre se encuentra en menor número, por lo general significan horas enteras de espera y angustia, casi sin poder moverse, a veces aun a la vista de una víbora.

Para explicarle lo de las picadas, permítame regresar a El Chipote, que como le dije, fue nuestra Academia de Guerrillas de Nicaragua. Ahí nació nuestra táctica de emboscadas, de asaltos, de sorpresas y de picadas. Pasando por alto lo de los asaltos y sorpresas, las picadas corresponden a una operación defensiva probablemente constituya la más completa acción de retirada.

Después del sitio de El Chipote, nuestras fuerzas ocuparon El Zapotillal, donde tuvimos algunas escaramuzas. Después pasamos a La Chuscada, con encuentros menores y de ahí salimos directamente a la mina de La Luz y Los Ángeles como le referí anteriormente desde otro punto vista.

Después del asalto a la mina y su consecuente destrucción, temimos ser masivamente atacados por *los marinos* y aunque estaba reunido el total del ejército, ni queríamos una batalla campal, que con seguridad perderíamos por la

superioridad numérica y de armamento de el enemigo, ni era la mina un lugar adecuado para tal batalla, sobre todo por estar expuestos la aviación, por lo que decidimos despistarle. Totalmente por medio de una *picada*.

Esencialmente, una *picada* consiste en abrirse paso a través de la vegetación, de la breña y del laberinto de la selva, dejando el mínimo posible de huellas. Para lograr este propósito, una avanzadilla especializada abre el paso sin cortar ni dañar ni una rama, ni un bejuco y si es posible ni una hoja. El ejército en masa, junto con todo su equipo y vitualla, tiene que pasar por ese estrecho y forzosamente sinuoso sendero que sigue las lineaciones del terreno más propicias para el fin perseguido, en fila de indios, o sea uno por uno y con el mayor cuidado posible. Luego una retaguardia, también altamente especializada en su oficio, se encarga de colocar toda la vegetación tal como estaba inicialmente, para no dejar rastro.

Aún para gente tan acostumbrada a la vida de la selva, como la que me acompañaba, una *picada* resulta una operación titánica. Durante toda *nuestra* campaña hubo muchas *picadas* menores, realizadas por algún regimiento o columna que se encontrara en la necesidad inevitable de emprenderla, pero una *picada* del ejército en masa, sólo hubo una, La *Picada* de Tunagualán. Ni nuestro éxodo después del sitio de Chipote puede compararsele.

Por las razones mencionadas, salimos de La Luz y Los Ángeles en marcha forzada a través de lo más espeso de la selva hasta llegar después de diez días a la Gruta de Tunagualán, guiados por la extraordinaria selvática e instinto de orientación del Coronel Maradiaga, único conocedor del lugar. En efecto, además El Chipote y

Tunagualán, hubo otra tercera picada del ejército en masa, pero definitivamente, nada es comparable a Tunagualán, pues esta gruta está situada en las verdaderas entrañas de la montaña ¡Quizá nunca antes en otro lugar se haya realizado una cruzada semejantes!.

La gruta de Tunagualán es una cueva enorme y fantástica. Tiene muchos recovecos, gran abundancia de estalactitas y es muy fría. En épocas remotas deben haberla habitado algunas tribus primitivas, pues en ella se encuentran muchos jeroglíficos y grabados en la roca de las paredes. Existe una vertiente que forma una poza de agua y en una de las paredes, labrada de la misma roca, hay una gran cabeza de monstruo que vierte agua por la boca. Tunagualán quiere decir Palacio del Diablo. En esta gruta tengo escondidos los originales más importantes de nuestro Archivo. Los demás son copias. Además, es la caja fuerte del Ejército, pues ahí tengo escondido todo el oro procedente de los asaltos de las minas y gran cantidad lavado por los indios y que nos lo traen voluntariamente.

De Tunagualán salimos al Río Coco, quedas entonces se convirtió en el principal teatro de nuestra guerra y de donde siempre estuvo el control movidizo de todas nuestras operaciones, pues el río siempre lo controlamos, parte nosotros, parte los marinos. Desde ese momento dividí mis fuerzas en diferentes columnas prácticamente independientes y que operaban en diversas regiones, empezando a aplicar en sus combates las teorías formuladas en El Chipote, desarrollándolas en un sistema especial de guerra que nosotros dimos en llamar guerrillas. Es decir pues, ya contábamos con un verdadero ejército de gue-

rrilleros graduados.

Nuestros guerrilleros tenían que ser verdaderos expertos en lo siguiente: Orientarse dentro de la tremenda selva, caminando sobre una alfombra de podredumbres. Resistir la lluvia constante con la ropa mojada y dormir con ella. Aguantar el calor infernal y húmedo de los bajos y el frío y viento de las cumbres. Las culebras, escorpiones, hormigas feroces, los zancudos, las garrapatas y docenas de otros bichos que asaltan por todos lados. La malaria, la disentería y el tifus, empeorados por la falta de medicinas y la falta de comida y el hambre. . . Pero lo peor es la angustia y el ansia de largas esperas silenciosas en las emboscadas. Todo esto y muchas cosas más por días enteros, por semanas, por meses enteros por años ¡Ahí se necesita ser muy hombre!, tener verdaderos cojones para aguantarse. Por eso más de la mitad de los aspirantes que iniciaron su entrenamiento de guerrilleros se rajaron. Unos a los pocos días, otros al mes, dos meses. Enfermos, agotados, con gran entusiasmo, pero físicamente no podían más...

Aunque otra vez interrumpa el orden de esta relación, le ruego dispensar porque se me ha venido de momento a la memoria, digamos una anécdota de la guerra, que aunque a primera vista pueda parecer una simpleza, creo que ilustra maravillosamente lo absurdo de la campaña de los marinos contra Nicaragua, o contra mí, como ellos decían.

En una ocasión, estando nosotros sobre el río, en un lugar llamado Banás, ya después de haberse dividido el ejército en varias columnas, como a eso de las nueve de la mañana, fuimos localizados por una escuadrilla aérea

que inició un nutrido bombardeo, mismo que duró casi todo el día.

Momentos antes de iniciarse el ataque, en uno de los ranchos abandonados, el Clarín Cabrera había encontrado y logrado atrapar un pollito y lo había traído para almorzar con él. Después del primer ataque, en el momento que Tranquilino se disponía a preparar los utensilios de cocina, retornaron los aviones, o quizá otra escuadrilla.

El pollito fue amarrado en un horcón del rancho y todos corrimos a abrigarnos bajo las rocas. El bombardeo fue incesante, casi como hasta las cinco de la tarde. Venían, flotilla tras flotilla y volaban tan bajo, que nos tenían prácticamente inmovilizados. Por fin desesperados de estar encuevados, decidimos arriesgar y tirarles y con gran contento notamos que uno daba una voltereta en el aire. Era un anfibio grande y fue a caer a seis kilómetros de nosotros, a la orilla del río en un lugar llamado El Chilamate. Pero, cosas de la vida, antes de caer el avión, su última bomba que disparó hizo blanco en el pollito, que después de los aviadores, fue el único difunto de todo el bombardeo que en total duró no menos de seis horas y en el que consumieron no menos de 500 bombas.

Permítame hacer las siguientes cuentas, aunque sean sólo aproximadas: Quinientas bombas, en promedio bajo de cien dólares cada una suman cincuenta mil dólares; en gasolina, sueldos de los aviadores y desgaste de los aviones, pongámosle otros cien mil dólares; valor de un anfibio grande, digamos cien mil dólares y los seguros de vida de los dos aviadores, si de veras les aprecian, añaden otros doscientos mil dólares. Total, que el pollito que se encontró Cabrera no lo pudimos almorzar, pero lo

pagó la Marina de los Estados Unidos con casi medio millón de dólares y las vidas de dos aviadores ¿Qué pensarían sus esposas e hijos si supieran que dieron sus vidas por un pollito perdido en las selvas tropicales?

Bueno, de Banás salí con mi columna en marcha permanente, ocupando sucesivamente los siguientes campamentos: El Rempujón, Wamblán, San Pedro, La Paz, California, Las Flores, El Trinquete, La Felicidad, La Chispa y La Culebra. De éste último salí para México.

Durante la guerra, continúa el General, aquí no había tiempo para dedicarse a la nostalgia ni a la melancolía. Esos lujos no caben en la manigua. Mis muchachos, como ya le expliqué, vivían una durísima vida de guerrillero, pero la vivían como dice el dicho, “encantados de la vida” y hasta inventaron sus propios refranes: “Para digerir aire, sólo hay que tener buen humor”, “Mas peligro corre el vivo que el muerto”; “el que tiene miedo se muere primero” y otros muchos por el estilo.

Cada columna tenía su propia orquesta, continúa el General; la de la mía la componían: Montiel, acordeonista; Miguel, guitarrista; Macario, hijo del General Altamirano, guitarrista; Tranquilino, cantor y guitarrista y Cabrera, guitarrista, cantor, poeta y Director de la Orquesta. Ya les volverá ver en acción porque mañana por la noche le darán a usted un concierto de despedida. Conste, que es a petición de ellos, porque todos lo estiman y respetan, principalmente Cabrera y Tranquilino. Como aquí es muy amplia la terraza, vendrá toda mi guardia personal y otros de los muchachos por ahora estacionados aquí, algunos de ellos con sus amiguitas de La Costa.

Interrumpo aquí el relato del General para intercalar

algunas observaciones personales sobre Tranquilino y Cabrerita, pues como el General me les asignara como ayudantes y hartó que me sirvieron, son de los que mejor llegué a conocer, tanto así como al General Estrada y al Coronel Rivera.

Tranquilino Jarquín, es puro indio segoviano. Alto, fuerte, atlético, rasurado y le faltan muchos dientes. El es nada menos el cocinero particular del General desde el principio de la guerra. Cuando el General fue a México, le llevó consigo. Fuera de la cocina es artillero y de los mejores con los ametralladores grandes. Tiene su propia "Browning", capturada de un avión derribado. Dicen que con las ametralladoras Colt, si no me equivoco, saca sonos de tango y otros aires populares y que los ejecuta en batalla.

Pedro Cabrera, el poeta, es un tipazo, aunque sólo tenga 155 centímetros de estatura. Además de sus cualidades artísticas, es artillero de rifles lanza bombas y Asistente Personal del General, a quien atiende desde el día del primer levantamiento en las minas de San Albino. Ayuda a Tranquilino en la cocina y en servirle la mesa al General. Cabrerita, como todos le llaman familiar y cariñosamente, es además un gran Don Juan. Dice que tiene siete queridas, por aquí por allá, para siempre tener donde caer "encamado" Al hablar hace muchos ademanes, poses y piruetas muy divertidas y tiene muy buenas y constantes ocurrencias humorísticas, pero todo lo anterior vale poco para él en comparación a su puesto de honor: Clarín de la Guardia personal del General Sandino, función que desempeña desde que principió la guerra, con gran maestría y el agrado del General. No lo cambia, dice él, ni por la Presidencia de la República. Ritualmen-

te, toca a las cinco de la mañana y a las diez de la noche y cada otra que es menester. Hay que verle tocar: Asume una distinguida pose; cierra los ojos y parece que se durmiera, inspirado, y sopla altibajos y requiebros. Indiscutiblemente es un artista del clarín y nadie está más justamente convencido de ello, que él mismo.

El primer pito que tenía —me dijo— me lo arrugó una bomba. Traté de remendarlo, pero a pesar de todos mis esfuerzos, sonaba como caña rajada, por lo que sufrí mucho hasta que en la batalla de El Bramadero le capturamos a los marinos éste que tengo ahora ¡Este sí que trueña lindo! Cuando lo estoy tocando, me hace sentirme como un ángel sonando una trompeta celestial.

El concierto comenzó al caer la noche, serena y sin lluvia, iluminado por una multitud de fragantes antorchas de ocote que bordeaban el río frente al telón oscuro de la selva. Estuvo muy concurrido y alegre, con griterías y vivas cada vez que se mencionaba al General. Hubo bailes y cantos típicos, tanto de los indios segovianos, como de otras tribus, completados con danzas y canciones en inglés ejecutados por los mulatos de La Costa, que constituyen un buen porcentaje del ejército. Su música tiene variaciones de ritmos antillanos combinadas con otras propias de ellos. Desde luego, abundó de comer: Chicharrón con yuca, trocitos de carne de cola de lagarto, iguana a las brasas, huevos de iguana cocidos, etc. y todo enchumbado con naranja agria, cebolla y chile congo. Además hubo mucha chicha, pero tierna, o sea de poca fermentación. Reinaron la alegría y la cordialidad. Yo, desde luego bailé con algunas de las tremendas mulatas de Puerto Cabezas y El Cabo que acompañaban a los cos-

teños. Me resultó una noche muy original y encantadora y al recordar aquel paraje maravilloso, me hace pensar en el paraíso terrenal.

Antes de dar por terminada la fiesta o “social” como le llaman los de la Costa O “Concierto”, como le llama Tranquilino, subió Cabrerita a un taburete y tocó atención con su clarín. Después habló con la bocina: —Ahora,— camaradas, antes de dispersarnos y de despedir nos, vamos a cantar el Himno de nuestro Ejército glorioso... .Apenas se calmó la consecuente explosión de vivas y aplausos, sonó el clarín otra vez y la orquesta le siguió con la música del antiguo Himno Nacional de Nicaragua: “Hermosa, soberana. .” Mientras toda la concurrencia, ahora de pies, con profundo respeto y ardor cantó en unísono el Himno del Ejército, que transcribo fielmente:

Aquí están los defensores
que con plomo y no con flores,
luchamos por libertar
a nuestra Patria adorada
que traidores sin conciencia
la vendieron por un real.

Nuestra Patria es la Sultana
linda, Centroamericana,
de los lagos y el pinar,
donde los nicaragüenses
que entendemos el honor,
por nuestra Patria querida

estamos dando la vida
contra el yanque y el traidor.

Aquí están los guerrilleros,

MALDITO PAÍS

terror de filibusteros
que nos quieren humillar.

Aquí están los indios fieros,
Nicaragua, Nicaragua,
que te van a libertar,
porque ha sido tu destino
que César Augusto Sandino
nos Lleve por el camino
donde vamos a triunfar.

Capítulo VI

Comentarios y Especulaciones

Continúa el relato del General, diciéndome:

Las fuerzas de los marinos de los Estados Unidos que ocupaban militarmente a Nicaragua, en la primera etapa de nuestra guerra consistía en varios millares de hombres con cuarteles en casi todas las ciudades de la república y en varios lugares de la montaña.

Tenían su Cuartel General en Managua, además de grandes cuarteles en León, Granada, Bluefields, Puerto Cabezas, Santa Cruz (Río Coco), Boca del Poteca (Río Coco), Bocay (Río Coco). El Ocotal y Jinotega, todos con servicios radiotelegráficos y campos de aterrizaje para escuadrillas de corsarios, sikorskies y fockkers de *transporte*. En algunos tenían facilidades para anfibios. También mantenían verdaderos cuarteles flotantes en los barcos de guerra que mantenían anclados en el Golfo de Fonseca, turnándolos periódicamente y haciendo frecuentes visitas al lado del Atlántico. Los cuarteles del interior y los barcos vivían en constante comunicación por medio de la radio y de los aviones. Estos no sólo les servían para bombardear, pues los tenían de todo tipo, sino también para el transporte de heridos, comida y materiales bélicos, así como para localizar los movimientos de mis tropas y comunicárselos instantáneamente.

Es indiscutible que sin los aviones esta guerra hubiera sido muchísimo peor para los marinos. Al principio pareció que los aviones terminarían con nosotros en pocos días, pero la selva y las montañas se ocuparon de protegernos. Además, viéndome entre la espada y la pared y con el ejemplo del primer avión que derribamos empe-

zamos a tirarles cada vez que podíamos, con mucho más éxito de lo supuesto. Lo más importante fue que les perdimos el miedo y aprendimos a protegernos de ellos, tal fue el número de los que logramos derribar y averillar, que empezaron a volar a mucho mayores alturas, desde donde resultaban aun menos efectivos.

En la minuta del ejército aparecen, totalmente confirmados, los siguientes aviones derribados: 1°. En el Zapotilla. Un avión derribado. Dos aviadores muertos. Una ametralladora y muchas cosas capturadas. 2°. En Quilalí. Un avión tirado con rifle Concón por el Coronel Peralta. Iba volando bajo y cargado de provisiones. 3°. En el Río Coco, frente a El Chilate. Un avión tirado por Tranquilino Jarquín, con la ametralladora Lewis capturada en el avión caído en el Zapotillal. Un aviador muerto, el otro huyó golpeado después de pegarle fuego al avión. 4°. - Cerca de San Rafael. Ametrallado. Los aviadores no murieron pero fueron golpeados, escaparon después de incendiar el avión. 5°. Tirado con ametralladora en El Chipote por el Coronel Quintero. Cayó en la propia ciudad de Estelí. Murieron los dos aviadores. 6°. Tirado por las fuerzas de Umanzor. Fue a caer a las Sierras de Managua. 7°. Derribado con rifle Concón en los minerales de la Luz y Los Ángeles. Fue a caer a Puerto Cabezas. 8°. Un anfibio tirado por las fuerzas de Umanzor. Trató de llegar hasta Managua, pero cayó en el lago, cerca de Chiltepe. 9°. Un trimotor ametrallado en Llano Grande, cerca de Jinotega. 10°. Un corsario, tirado cerca de las minas de San Albino, por El Cacao. 11°. Un anfibio derribado cerca de Bluefields. 12°. Un corsario derribado cerca del Río Wawa, en la Costa Atlántica. 13°. Trimotor derribado del Río Grande, Costa

Atlántica. Los aviadores se salvaron, incendiaron el avión y huyeron.

Hubo muchos más que sin duda derribamos, pero que no pudimos verificar por lo intrincado de la selva, la lluvia y la neblina y como le dije, la lista anterior se refiere a casos absolutamente verificados.

También hay que tomar en cuenta que muchísimos aviones fueron perforados y averillados sin necesariamente ser derribados, de esos ni siquiera podemos sospechar el número. Para muestra, hágame favor de leer este despacho y corregirme la traducción, porque el original esta en inglés.

Washington D. C. Agosto 12 de 1931 A. P. - Los informes enviados desde Nicaragua al Departamento de Marina de esta Capital por los Tenientes Gordón Heritage y Orville B. Simons, hacen saber que su aeroplano fue acribillado a balazos por los bandoleros. Antes que se desplomara en un pantano al Noroeste de Nicaragua, el 22 de Julio. Otro aeroplano de guerra de la Marina que lo acompañaba salió con las alas perforadas por los proyectiles. En el avión de Heritage y Simona se llegaron a contar hasta 16 orificios de las balas. No pudiendo sacar el aparato lo incendiaron y lo abandonaron y tuvieron que recorrer como 50 millas entre la selva con gran peligro de sus vidas, hasta que llegaron a Puerto Cabezas. Tuvieron que abandonar las ametralladoras que portaba el avión". (Note usted que este avión no esta incluido en la lista anterior.) Solamente en Managua, los marinos tenían a su disposición un mínimo de quince corsarios, tres Fokker y seis Anfibios Cifras que variaban frecuentemente.

También son detalles de importancia los siguientes: Como ya le conté anteriormente, los marinos usaban en el Río Coco unas lanchitas muy bonitas con motores de gasolina fuera de borda, que denunciaban su presencia a varios kilómetros de distancia. Igualmente inútiles, trajeron unas enormes mulas de tallas desproporcionadas comparadas con nuestras mulitas, pero que resultaron inservibles, como las lanchas de motor. Las pobres mulas en la selva más bien resultaban una *carga*, pues no podían marchar mucho tiempo en el fango por tener los cascos muy desarrollados y no estar acostumbradas al cambio brusco de pantano a roca viva y viceversa. Además, tenían que importarles el forraje porque tenían una dieta especial ¡Pobrecitas! En un potrero tengo jubiladas como sesenta de ellas que dejaron abandonadas los marinos.

En Managua y en otras ciudades tenían camiones, automóviles, ambulancias, tractores y hospitales de primera. Solamente en Managua llegó a haber hasta cinco mil marinos acantonados, número muy variable, debido a que todo el tiempo les enviaban a otros cuarteles, así como renovándoles. Además de las ametralladoras grandes, trajeron unos cañones livianos, creo que de 75 milímetros, que igualmente resultaron inútiles «en la managua» por lo difícil, digamos imposible, de transportarlos y sobre todo por no tener ejército en el cual hacer blanco.

La alimentación de los marinos durante la guerra, en caso necesario era suministrada por los aviones que les dejaban caer, jamón, pan caliente, mantequilla, helados, cigarrillos, medicamentos, etc. Nosotros, por el contrario, casi sólo comíamos carne de mono a veces sin sal y guabul o tasajo salado. Esto desde luego en las embosca-

das o durante las campañas, porque en los campamentos, sí se comía en abundancia.

El Cuerpo de Marina, cada tanto tiempo renovaba sus contingentes, enviando a los que habían estado en la montaña a curarse de la malaria y otras pestes y a reemplazarlos venían tropas frescas, pues según frases de los mismos marinos, las garrapatas, los piojos, las pulgas, los chinches, las culebras y todos los demás bichos de la selva, eran feroces sandinistas.

Algo de lo que más perjudicaba a los marinos, era el fango. El perenne suampo de la selva con todas sus bacterias y microbios y su alfombra movediza de podredumbre emanando su vaho letal. Y los gusanos peludos y las moscas y mosquitos locos por sangre nueva. Si señor, el pantano era el más feroz de todos los sandinistas, porque los indios nacidos y criados entre este lodo, no le temen, pues tienen su sangre inmunizada, pero lo respetan, porque el pantano humilla a todos los que se atreven a violarlo.

Los uniformes de gala, las botas de piel, los guantes de gamuza y todos los vistosos arreos militares, que tanto subyugan a las damiselas y que dan la impresión de poder, de fuerza y de arrogancia, al recibir la fétida y prieta caricia del fango quedan desprestigiados y humillados tristemente. Igualmente quedarían nuestros zapatones burros y caites sandinistas en una parada militar en la Quinta Avenida o en los Campos Elíseos. Por eso, cuando los marinos se empantanaban decían:

«God Damned Country.»

Lo mismo que cuando tenían que quitarse cientos de garrapatillas y piojos, me cuentan que torcían la boca y

decían: «God damned country», cuando veían una culebra con la cabeza en alto; cuando el fango cubierto de lechuguilla y grama les atascaba; cuando millones de moscas y mosquitos y cuando el calor infernal o las lluvias torrenciales les acosaban, decían lo mismo, «God damned country».

Por favor —interrumpió su relato el General ¿Cuál es el verdadero significado de esa expresión, «God damned country?» —Bueno, literalmente quiere decir: «País maldito de Dios», aunque en mi opinión personal, para verdaderamente interpretar el sentimiento y la intención del maldiciente, la traducción es simplemente ¡Maldito país!

—Hombre, qué bueno. —Exclamó el General— Por favor, póngale ese título a su libro «¡Maldito País!» En verdad que la pobre Nicaragua ha sido un país maldito: Primero, los españoles le dieron su nombre tomándolo de un cacique cobarde que le tuvo miedo a cuatro caballos y unos cien españoles andrajosos. Que dicen que Nicarao era un sabio porque les habló del diluvio y no les puso resistencia, dándoles además oro y comida y dejándose bautizar alabando a Jesús ¡Qué diablos de diluvio, ni que calavera de gato, si sólo se comunicaban por señas! Porque fue tan generoso o cobarde, por eso le llamaron Nicaragua a nuestro país ¿Por qué no le llamaron Diriangén?... Si no ha sido por la ayuda traidora de Nicarao, Diriangén les hubiera echado al lago y acabado con ellos. Nicaragua se debería de llamar Diriangén o Diriamba.

Me dirá que eso ya pasó, pero no ha pasado porque perdimos El Guanacaste, Regalamos San Andrés y La Providencia, nos ocuparon los filibusteros de Walker y

dos veces los marinos y las revoluciones y los piratas, los huracanes y el terremoto... solamente por un milagro de quién sabe qué constelación reincorporamos La Mosquitia, es decir, casi toda la Costa Atlántica. Gracias a los Generales José Santos Zelaya y Rigoberto Cabezas, de lo contrario ahí tendríamos otra Belice y si nos descuidamos también se va a perder el territorio en disputa con Honduras.

Y francamente hablando --continúo el General-- Nicaragua fue un país maldito para los marinos, para el Secretario de Estado Mr. Stimpson, para el Almirante Sellers, *para* el General Logan Feland, para Mr. Knox, para el Presidente Hoover... Sin embargo, se lo digo de corazón, los marinos no tenían la culpa, soy el primero en reconocerlo, pues como mi amigo Montenegro de quien le hablé, ellos solamente venían obedeciendo órdenes. Si el pueblo de los Estados Unidos hubiera visto a sus muchachos muriendo tristemente, sin gloria, sin honores y sin saber por qué, jamás el pueblo norteamericano habría permitido que *esos* bravos muchachos vinieran a enlodar sus uniformes conjuntamente con el prestigio de esa gran nación aquí en las selvas y pantanos de Nicaragua.

La verdadera culpa fue de los políticos y de los diplomáticos que jamás dijeron la verdad, excepción sea hecho del Embajador Willard Beaulac que vio los toros de cerca, en Nicaragua. Apelo a la sinceridad de cualquiera de los marinos que hayan peleado contra nosotros a que me desmientan y entre ellos al más humano, valiente y caballero de todos los que combatieron en mi contra, el Coronel Evans Carlson, que fue Director de Policía de Managua durante el terremoto de 1931.

A los banqueros, a los ministros de Estado, a los almirantes, a los capitalistas usureros, a los Presidentes de las grandes compañías, a los vende patria como Moncada y a sus paniaguados, a esos es a quienes quisiera haber tenido el gusto de verlos enlodarse peleando contra los marinos en la managua de este “maldito país”.

A esta guerra, me dijo el periodista norteamericano Carleton Beals, se le puede llamar en americano, aquí lo tengo apuntado: *“The greatest funny of the World”*, nuestra benemérita Gabriela Mistral nos llamó: “El pequeño Ejército loco de voluntad y sacrificio, que se vuelve carne viva de nuestra historia”.

A mi regreso de México --dice el General-- me encontré con que los marinos habían cambiado de táctica. Ya no peleaban solos, sino mezclados mitad y mitad con la Guardia Nacional, pero como se dieron cuenta que las balas de los sandinistas hacían más blanco en ellos que en los nicas, en los últimos años de la guerra adoptaron el sistema de sólo dotar de oficiales marinos a las tropas de guardias nacionales. Yo habría preferido no tener que pelear contra la Guardia Nacional, porque son nicaragüense como nosotros, pero como les enviaban a atacarnos y ellos obedecían...

Al principio la guerra fue caballeresca, pero se fue encarnizando poco a poco hasta convertirse en una guerra terrible y sin cuartel.

Los marinos se distinguieron en cometer atrocidades con los campesinos. A veces por sólo sospechar de simpatizar con nosotros. Apuñaleaban lentamente para hacer confesar, decapitaban, castraban, asesinaban criaturas y mujeres que sospechaban ser espías. Pero lo peor

fue lo de los aviones que durante toda la guerra incendiaron miles de propiedades y destruyeron ganadales y plantaciones enteras, para rendirme por hambre.

Mis muchachos también a todo marino que capturaban lo decapitaban y también les cortaban los miembros genitales y se los metían en la boca como cigarrillos y dejaban las cabezas clavadas en estacas a la orilla de los caminos por venganza. Ambos ejércitos cometieron atrocidades que dejan pálidas a todas las de la propaganda antigermánica de la guerra.

¿Quién principió a cometer atrocidades?. Lo cierto es que son más culpables los marinos por preciarse de ser educados y civilizados y por ser los intrusos y quienes para pelear no construyeron carreteras, ni ferrocarriles, ni caminos, ni nada. Muy por el contrario, únicamente destruyeron.

Para Nicaragua ésta fue una guerra de desolación, pues ambos bandos nos empeñábamos en aniquilarnos. La principal diferencia está en que ellos lo hacían por esclavizarnos y nosotros por liberarnos y en que ellos atacaban indiscriminadamente a la población rural, incluyendo ancianos niños y mujeres totalmente ajenos a la lucha, mientras que nosotros sólo atacamos al ejército invasor y aun cuando nos atacaron combinadamente con la Guardia Nacional, siempre tratamos de ser selectivos a favor de lo nacional. Yo tengo el valor y dignidad de confesar lo brutal de nuestros procedimientos y sobre los cuales, si bien no hay explicación si hay justificación. Ellos tratan de ocultar y negar la verdad sobre sus crímenes de guerra y aun aquellos casos en que la evidencia hace imposible negarlos, tratan de justificarlos

como medidas necesarias para salvar a Nicaragua del bandolerismo.

A los jefes y altos oficiales norteamericano, si se les mencionan las atrocidades de los marinos, se ponen furiosos y tratan a todo trance aparecer como salvadores y pacificadores de Nicaragua, aunque en honor a la verdad algunos pocos, pero muy pocos de los altos oficiales han confesado ser un error de los Estados Unidos esta guerra.

Estando la lucha en lo más encarnizado, vino el admirante Woodward con los llamados Navies para súper vigilar las elecciones en que resulto triunfador y elegido como presidente de la República el Dr. Juan Bautista Sacasa.

Por fin los marinos desocuparon Nicaragua el 2 de enero de 1933 y todo el mundo creyó que la guerra de Sandino continuaría. Me ofrecieron dinero y armas en abundancia para atacar a Sacasa y a él ofrecieron un gran empréstito "para acabar con Sandino"...

Se creía que la paz sería imposible.

Don Sofonías Salvatierra, Jefe del Obreroismo en Nicaragua inició unas conferencias preliminares y a los pocos días logró un armisticio. El primero de diciembre de 1932 yo había enviado desde nuestro Cuartel General al Coronel Agustín Sánchez Salinas y al Capitán Alfonso Alexander, el gran poeta colombiano, con instrucciones de manifestar personal y privadamente al Dr. Sacasa el peligro del momento, pero estos dos enviados míos fueron capturados y encarcelados antes de recibir la Presidencia el Dr. Sacasa, quedando así interrumpida su misión.

Mi esposa, Blanca de Sandino, desafiando muchos peligros se trasladó desde nuestro campamento hasta su

pueblo natal, San Rafael del Norte, a donde llegó el 4 de enero de 1933 para entrevistarse con los representantes de los diferentes grupos pacifistas que en Nicaragua surgieron en aquel momento.

Don Sofonías Salvatierra me escribió y logramos concertar y efectuar conferencias, para las que me aproximé más a Jinotega, pero no era posible llegar a un fin práctico debido a sus limitadas facultades. Por esa razón, aun sin estar de acuerdo varios de mis representantes, como ya faltaban solamente cinco días para que expirara el armisticio y las conferencias no llegaban a ninguna conclusión, yo, en uno de mis arranques súbitos e intuitivos, resolví ir a Managua para hablar personalmente con el Dr. Sacasa y fue así como él y yo hicimos la paz.

Ahora Nicaragua continúa políticamente dividida y así continuará mientras los gobiernos pertenezcan a partidos presupuestívoros y representen tales intereses personales y egoístas, en vez de velar por los intereses del pueblo nicaragüense. Al presente momento nuestro sacrificio ha logrado lo que desde al principio me propuse, nuestro suelo y nuestra Patria libre de tropas extranjeras. Pero mire usted, cuando se empieza una lucha, uno cree saber cual es la meta final, pero a medida que la lucha avanza y se prolonga y se intensifica y se brutaliza, uno se va dando cuenta de que la meta no era el final sino más bien el verdadero principio y que el logro de la meta, con los cambios que ocasiona, aun cuando dichos cambios signifiquen la erradicación de un grave mal, forzosamente también ocasiona problemas.

Como le dije anteriormente, con la expulsión de los marinos de Nicaragua, no terminan los problemas de la

nación. Hay muchos peligros internos y externos. Estos, porque los Estados Unidos, si bien pueden darse el lujo de convertir una derrota en un acto de magnanimidad hacia un país pequeño y en un acto de sabiduría por reconocer su error y retirar sus tropas, carecen de la liberalidad de espíritu necesaria para reconocer los derechos ajenos por encima de las ambiciones comerciales y no van a dejar de intrigar y manipular para sustituir la intervención armada con otra tan sutil que no se puede combatir con las armas, sino únicamente con la dignidad y honestidad de nuestros políticos, algo que por ahora sólo existe en grado ínfimo. Esto es el principal peligro interno y constituye una condición que sólo a muy largo plazo y a costa de grandes sacrificios se podrá superar.

Aunque ya se lo he dicho en otra ocasión, aunque quizá con otras palabras, me permito repetírselo porque es algo que considero de fundamental importancia para el futuro de Nicaragua: Estoy absolutamente convencido que no hay semilla que no fructifique si se planta en buena tierra. No hay en el mundo quien pueda dudar de la excelencia de la semilla que hemos plantado y yo no tengo la menor duda que el pueblo de Nicaragua es tierra fértil y generosa y sépalo usted que esta semilla, aunque habrá que regarla con abundantes lagrimas y sangre de nuestro pueblo un día, quizá lejano, fructificará inesperada e irresistiblemente y tanto más largo sea el periodo de germinación tanto más hermoso sería el fruto. ¡No Pierda nunca la fe. Usted lo verá!

Otra cosa: No olvidemos jamás que la caída del Presidente General José Santos Zelaya se debió principalmente al repudio de ofertas de créditos estadounidenses y

ninguna precaución es exagerada en cuanto a préstamos extranjeros.

Para que tome las notas que juzgue pertinentes, le he mostrado copias y originales de cartas mías para los Señores Presidentes Portes Gil, de México; Hoover, de los Estados Unidos; Romero Bosques, de El Salvador e Irigoyen de la Argentina y para los señores Froylan Turcios, de Honduras; Dr. Pedro José Zepeda en México y otros más, así como un buen número de las que he recibido de muchas Personalidades y de los más altos Oficiales e los Estados Unidos. De ellas puede usted extraer los que le parezca pertinente. Ahora le voy a rogar muy encarecidamente que estas copias fieles de cinco cartas que aquí le entrego me las incluya en el libro exactamente como se las doy y le voy a decir por qué: He visto en varias revistas y otras publicaciones, a favor en contra mía, alteraciones e interpolaciones sobre todo a esta primera carta del Almirante Sellers, hasta cambiándole la fecha. El verdadero original es este, en inglés e incluye su traducción al español que acompañaba al original. Como puede usted constatar, esta fechada a bordo del barco insignia S.S. Rochester, en Corinto, Nicaragua, el 30 de noviembre de 1928.

Después de la anteriormente mencionada carta, quiero que siga mi contestación al Almirante Seller fechada en El Chipote el primero de enero de 1929. En tercer lugar debe ir esta carta del General Logan Feland, fechada en Managua el 4 de diciembre de 1928. Esta carta contenía la anterior junto con su traducción. En cuarto lugar, mi contestación al General Logan Feland, fechada en El Chipote el primero de enero de 1929 y finalmente, en

quinto lugar esta copia fiel de mi carta dirigida al General José María Moncada, fechada en El Chipote el primero de enero de 1929. De esta carta también he visto publicaciones alterándola.

Aunque hay varias otras cartas del General Logan Feland y de otros altos oficiales de la ocupación, con estas cinco me bastan, pues no quiero que su libro se llene de documentos que en cuenta han sido ampliamente publicados, pero estos cinco, le repito, me interesa que se conozcan tal como son y por favor, diga además que yo le pedí encabezar estas cartas así: "AQUI ESTA EL BANDIDO".

"Aquí está el bandido"

(30) commander united states service squadron.
U.s.S. Rochester flagship. Corinto? Nicaragua —
30 november 1928.

General augusto c. Sandino. Las segovias.

Sir: Although all previous efforts to get into communication with you? By peaceful means have failed? I am again impelled to appeal to your patriotism to ascertain if it is not possible to terminate the armed resistance to the forces under my command. In view of the situation political and otherwise now existing, there

Would seem to be ample proof that continued armed resistance serves an unuseful purpose and should

You desire to consider a cessation of your activities or struggle with its attendant benefits, any communication from you that you may care to send

will be given attention and careful consideration.

(S) e. E. Sellers

Rear admiral, U.S. Navy Commander,
Special Service Squadron

-- Traduccion --

(30) comandante del escuadron de servicio especial, de los e. U. Barco insignia ss. Rochester. Corinto, nicaragua 30 de noviembre de 1928. General Augusto C. Sandino Las Segovias.

Señor: Aunque todos los esfuerzos previos para entrar en comunicacion con usted por medios pacificos han fracasado, de nuevo me siento impelido a apelar a su patriotismo para determinar si no fuera posible concluir la resistencia a las fuerzas bajo mi comando en vista de la situacion existente, tanto politica como de otra naturaleza, parece demostrar que, proseguir la resistencia armada seria inutil y por ello usted deberla considerar la conveniencia de la terminacion de sus actividades guerreras, con sus consecuentes beneficios. Cualquier comunicacion que usted se sirviese enviarnos, tendra una cuidadosa consideracion.

(f) D. E, Sellers Contralmirante de la Armada de los Estados Unidos.

--Contestacion--

Cuartel general de ejército defensor de la soberania nacional de ñicaragua, el chipote, nicaragua. 1°. De enero de 1929. Al almirante d. F. Sellers, de la ar-

mada de los estados unidos. Corinto. Señor: Es en mi poder su comunicacion fechada en ese puerto el 30 de noviembre de 1928. El patriotismo a que usted apela es el que me ha mantenido repeliendo la fuerza con la fuerza; desconociendo en lo absoluto toda intromision del gobierno de su pais en los asuntos de nuestra nacion, y demostrando que la soberania de un pueblo no se discute sino que se defiende con las armas en la mano. Sin llenar ese requisito, no habra paz, y aunque usted en su comunicacion dice que no serviria para ningun proposito la continuacion de mi resistencia armada, le hago la formal declaracion de que solamente la continuacion de esa resistencia armada traerá los veneficios a que usted alude, exactamemte como toda intromision extranjera en nuestros asuntos, traerá la perdida de la paz y provoca la ira del pueblo.

Patria y libertad

(F) *Augusto C. Sandino*

Head Quarters Second Brigade Marine Corps.
Managua, - Nicaragua -.

4 de diciembre de 1928

Augusto c. Sandino,

Señor:

Incluida se servirá encontrar una carta del Comandante en Jefe de todas las fuerzas navales en aguas centroamericanas, que el me pidió pusiera en manos de usted.

Como representante del Almirante Sellers y Comandante en Jefe de las fuerzas navales acantonadas en Nicaragua, tengo el gusto de enviarle esa carta para su consideración.

Si deseara terminar con su lucha presente y actividades, haciendo que el país vuelva a su completa paz, lo único que usted necesita hacer es comunicar sus deseos a cualquier guarnición de marinos. Tengo plenos poderes para decidir respecto a las condiciones, en caso que, las que usted proponga sean aceptables. Una conferencia con usted facilitaría la discusión de esas condiciones con el consiguiente entendimiento favorable para usted y todos los interesados en este asunto.

Los siguientes detalles con referencia a la propuesta reunión, deben recibir su cuidadosa consideración y deben ser comunicados por mensajero al destacamento más cercano de los marinos.

1. El nombre del lugar donde usted sugiera que se verifique la conferencia.
2. Fecha aproximada que usted sugiera para la conferencia.
3. El numero de individuos que usted se propone llevar como escota.
4. Si usted desea, díganos por que caminos o veredas pasara su escolta, pues aunque esto no es necesario, nos facilitaría el que le proporcionemos mayor protección.

Cuando usted nos deje saber lo anterior, daré las órdenes necesarias a mis tropas para que cesen las actividades en un área suficientemente grande, a

fin de asegurar protección a su escolta.

A su mensajero y a su escolta se les garantizara protección durante el período convenido y también durante el tiempo que ocupen en entrar y salir en sus visitas al lugar indicado sin importarnos que sus condiciones sean aceptables o no.

Yo haré que una comisión se encuentre con su escolta cerca de la guarnición escogida para que los acompañe a ustedes al lugar seleccionado para la conferencia. Esta comisión y su escolta deberán encontrarse bajo bandera-blanca que llevara ambas.

El mensajero que le llevará el original de esta carta, de San Rafael del Norte, lleva un salvo conducto y usted podrá usarlo (al mensajero) para comunicarse con cualquier guarnición de marinos.

La suspensión de actividades militares esta solamente local y será en el área que se defina más tarde.

(f) LOGAN FELAND. Brigadier General, U.S.
Marine Corps. Commanding U.S.
Naval Forces Ashore in Nicaragua.

“EL CHIPOTE”.

LAS SEGOVIAS DE NICARAGUA C.A.

Cuartel General del Ejército Defensor de la
Soberanía Nacional de Nicaragua

Enero 1. de 1929

Señor Logan Feland, Brigadier General, U.S. M. C.
Commanding United States Naval Forces Ashore
in Nicaragua.

Señor:

Acudo a ud. recibo de su comunicación, y de la que
por conducto de usted me envía el Rear Admiral
United States Navy, Commander Special Service
Squadron D. F. Seller, fechadas 30 de Noviembre
de 1923 y 4 de diciembre del año próximo pasado
en Corinto y Managua, respectivamente.

Adjunta a esta encontrará usted la contestación que
doy al sr. Sellers y esa misma respuesta le servirá
de contestación a su amable comunicación.

"PATRIA Y LIBERTAD".

(f) Augusto C. Sandino

"El Chipote"

Las Segovias Nicaragua, C.A

Cuartel General Del Ejercito Defensor De La
Soberania Nacional De Nicaragua.

Enero 1. de 1929.

Sr. Gral., José María Moncada, Casa Presidencial,
Managua.

Señor:

Como usted vera, le adjunto duplicados de las con-
testaciones que he dado a los señores D. F. Seller,
Rear Admiral U.S. Navy, Commander special
Service Squadron y Logan Feland, Brigadier Ge-

neral U.S.M.C., Commanding U.S. Naval Forces Ashore in Nicaragua. Es, pues, con usted con quien únicamente desearía entenderme para la obtención de una paz efectiva en Nicaragua y no por intermediarios que nada tienen que ver en nuestros asuntos internos, para poder llegar a un arreglo.

Sí usted desatiende este llamamiento patriótico que le hago, pese sobre usted la responsabilidad del despedazamiento de Nicaragua. La contestación que usted me de a este respecto, tomando en cuenta la fórmula de la respuesta que doy a los señores aludidos puede dirigírmela a San Rafael del Norte, donde mi esposa Blanca de Sandino, quien ya tiene las instrucciones del caso.

Al buscarle a usted en arreglo, no se equivoque tomándolo por debilidad nuestra, por que en este caso lo que nos anima es el deseo de que el yanque no encuentre pretexto para continuar hoyando nuestro patrio suelo y al mismo tiempo el de probar al mundo civilizado que los nicaragüense somos capaces de arreglar por nosotros mismos nuestros asuntos de nación libre y soberana.

PATRIA Y LIBERTAD

(f) *Augusto C. Sandino.*

El General Moncada no se dignó contestarme. Claro, en el Presupuesto de la República aparece una partida de seis mil dólares mensuales para gastos extraordinarios del Señor Presidente en relación a la pacificación de Las—

Segovias, los que serían y fueron usados a su albedrío. Y este Moncada cínico y pérfido escribió un folleto que se titula "El Ideal Ciudadano" y ahora he visto en los diarios que esta escribiendo un libro titulado "Las humillaciones de un Presidente" ¡POBRE DIABLO!

La última noche, después de cenar, solos los dos y conversando muy amablemente, el General comenzó a pasearse. Se detuvo frente a una archivadora enderezada y reconstruida, de las que dejaron quemadas los marinos. Abrió una gaveta, sacó un sobre que decía: Al hermano José Román y me lo entregó diciéndome:

Esto es suyo. Aunque sea apenas para la secretaria que le saque en limpio esas notas.

—Yo, medio abrí el sobre. Solamente vi un primer billete de cincuenta dólares y no quise ver el resto de un fajo de poco más de un centímetro de grueso e inmediatamente cerré el sobre, devolviéndoselo, pero él me replicó:

—Es una orden militar, tiene que aceptarlos

—Esta bien General, los acepto pero con la condición que tenga la bondad de hacerme un promesa.

—Si no es algo imposible....

—General que usted me guarde este sobre, así como esta y que el día que nazca Sandinito, en mi nombre, le haga un obsequio de algo muy bueno y duradero, como recuerdo de mi amistad ¿prometido?

¡Qué cosas!. Román, usted me ha tocado mi tecla más tierna ¡esta prometido! Me dijo visiblemente emocionado tomó el sobre y lo guardó en el mismo lugar de donde lo había sacado.

General ahora que tenemos un poco de tiempo, le dije

para cambiar el tema, yo quisiera leerle su retrato, para que aprecie usted si le he captado bien.

—Mire, Román de mí han escrito muchas cosas: que soy un fanfarrón, que soy un loco alucinado, espiritista, astrólogo, un impaciente, un déspota, un bandolero, falso apóstol, ridículo y muchas otras cosas por el estilo. Pero también han dicho y por cierto personajes de gran prudencia que soy un héroe, un símbolo de raza, un redentor y así muchas otras exageraciones. Varios periodistas y escritores me han “pintado”, conociéndome solo superficialmente, pero hasta hoy ningún escritor ni periodista me ha tratado tan de cerca como usted. He llegado a contarle verdaderas confidencias, aun de mi vida personal más íntima y de mis más profundos pensamientos y nadie antes se ha ganado mi confianza como usted. Como hemos congeniado tan concordemente yo creo conocerle mucho mejor de lo que usted se imagina y es por eso que estoy seguro que de lo que usted diga bueno o malo, será de buena fe. Conociéndole así, yo no puedo concebir que usted escriba algo bueno solo para agradarme, ni malo para ofenderme. Yo solamente le he pedido desde un principio y vuelvo a pedírselo ahora, que diga la verdad a como usted la entienda, cueste lo que le cueste y aunque duela. De modo que prefiero no oírlo.

Más tarde, poco antes de retirarnos, me dijo: - El General Estrada y el coronel Rivera ya están listos para salir mañana a Managua con una misión muy delicada ante el Dr. Sacasa, referente a la cooperativa agrícola, al Doctor le urge este trabajo. Antes que se me olvide, ayer regresó del río Bocay, de una gira de vacunación y de asistencia, quizás la mejor enfermera que hemos tenido. Se llama

Emilia y es muy buena amiga de mi señora esposa. Ella solamente espera despedirse de mí, pues ahora que ya terminó la guerra, tiene que regresar a su casa. Tiene ya casi un año y medio de estar con nosotros, yo le pedí que se fuera en este pipante con ustedes y le rogué que le atendiera de manera muy especial, porque no me gusta su color. Usted vino muy rosado y vibrante y ahora le noto muy pálido y decaído. Temo que con un par de remojadas de toda la noche y sin cambiarse la ropa, le ataque otra vez la fiebre. La malaria puede ser mortal si no se atiende a tiempo pero yendo con Emilia no habrá peligro. Pues lleva toda clase de medicamentos. Es una joven de lo más serio y valiente de lo que uno pueda encontrarse. Es muy amable y cura a todos con cariño pero jamás le hemos notado ninguna familiaridad con nadie. Por eso Blanquita la trata con cariño.

—Finalmente, Román ¿Tiene usted algo especial que decirme, pedirme o quizás aconsejarme? ¡Recuerde que no sabemos cuando nos volvemos a ver!

—Sí, General. Aunque ya ha expresado usted sus puntos de vista al respecto, creo un deber mío contradecirle. Así pues, en esta última noche con usted, permítame hablarle con todo mi corazón y raciocinio. Le ruego escúchame hasta el fin, sólo tomará unos pocos minutos.

General, su nombre y gloria ya son inmarcesibles. La obra inmortal de su vida ya está terminada. Cualquier cosa puede suceder, menos que eso cambie, porque la Historia no se puede echar para atrás. Este segundo y revolucionario trabajo de Hércules que usted se propone, la organización de la Cooperativa Agrícola, conjuntamente con el mejoramiento de las leyes para el bienestar

y la equidad social, tratando de nivelar la tremenda desigualdad que existe en Nicaragua entre el pobre y el rico, producto del sistema feudocolonial heredado, es algo fatal e inevitable. Tarde o temprano tiene que venir. Aunque usted no logre verlo por ahora, deja la semilla regada para las nuevas generaciones de nicaragüenses. Sin embargo, General, no todo lo deseable, por bueno que sea, es posible. En los momentos actuales. Creo firmemente, que usted deberá de contentarse con dejar los gérmenes. Ahora bien, por esas mismas cooperativas que está tratando de organizar, por esos cambios necesarios a favor de nuestro pueblo, que dejaría en el estado embrionario en que se encuentran, usted, General, debe irse de Nicaragua. Sí señor. Por lo menos por tres años, porque si usted se queda aquí, yo no sé quién, quizás la Guardia Nacional, talvez enemigos personales, intereses económicos, o bien todos esos factores juntos, aliados contra usted le van a asesinar. Dentro de seis meses o un año. Dos años si me alargo. Pero eso sí, General, le matarán ¡usted puede estar seguro de eso! La muerte suya sería, primero una gran pena para los que le queremos y segundo y más importante, el final de sus planes agro-sociales. Por el contrario, si se marcha, las cooperativas, para mientras, quedan en buenas manos, las de su propia gente. Muerto usted terminan en una semana, peor que arrasadas por huracanes.

Por el contrario si usted se ausenta, digamos por unos tres años, el primer logro sería descansar y curarse, que harto lo necesita después de tantos años en esta manigua. Segundo, su señora esposa también se merece un buen descanso. Esa mujer, desde antes de casarse ustedes, no ha cesado un momento de ayudarle y también ha

sufrido mucho y necesita un largo descanso. Así como se lo digo, un largo descanso. Ustedes dos solos, compartiendo largos ratos de ocios griegos fecundos. Dedicados a estudiar, a meditar, a escribir sobre todo a ver a Sandinito crecer... En tres años usted se sentiría hombre nuevo. El mismo Sandino eterno, pero renovado con la sabia de estudios sistemáticos y hondas meditaciones. Además, gozando de su "sagrada familia". En otro ambiente, lejos de intrigas políticas. No creo le gustarían lugares como Buenos Aires, ciudad México, Nueva York o París. Yo no le indicaría ninguna de esas grandes urbes, pero sí sugeriría Palma de Mayorca. Allí tiene el Mediterráneo por todos lados, clima único, centro de estudio, equidistancia con Málaga, Barcelona, Niza, Mónaco, Génova, Roma... Para adonde salen los barcos casi a diario. Yo tengo la seguridad absoluta que el Doctor Sacasa le nombraría Embajador sin sede. No porque usted lo necesite, sino porque le obviaría los trámites de viaje y poder pasar anónimo y protegido.

Cuando usted regrese dentro de unos cuantos años, por su gran prestigio unido a nuevas experiencias, su voz sería la más escuchada, no sólo en Nicaragua, sino en toda Centro América y sus proyectos marcharían sobre rieles, pero nunca jamás acepte la Presidencia de la República que con seguridad le ofrecerían. No la acepte ni que se lo pidan por aclamación nacional. Eso si que le empañaría su gloria. Perdóneme por serle tan franco, lo hago porque me sé uno de entre sus amigos más desinteresados y tal vez el que mejor le conoce y aprecia su importancia para el futuro de Nicaragua.

—Le he escuchado muy atentamente todo lo que ha

dicho y sin duda alguna usted tiene razón. Solamente Blanquita, mi esposa, me ha hablado así. Si ella estuviera presente, quizá entre ustedes dos me podrían hacer flaquear, pero por bien o por mal ya tengo decidido quedarme.

--No vaya a creer por eso que no le agradezco su sinceridad y buena intención, se lo agradezco en el alma, pero le repito que tengo que quedarme con mis indios y las cooperativas siguiendo mis planes originales.

Soy fatalista y optimista. Nadie se muere el día antes ¡Me asesinan! ¿Y qué? ¿Acaso no he andado entre las balas y el peligro durante siete años de guerra y contra los propios Estados Unidos?

Si yo buscara la paz y la tranquilidad, más me valdría no haber empezado esta empresa y haberle hecho caso al borrachito mexicano, pero una vez que uno emprende algo de esta magnitud, tiene que atenerse a todas sus consecuencias. Es bien sabido que todo aquél que inicia una reforma, no vive para ver los resultados y quizás sea mejor así, pues no es fácil ser héroe para siempre estando vivo sólo muerto se puede ser héroe para siempre y ser además símbolo. O sea que muerto también se contribuye y quizá más.

Como ya le expliqué anteriormente, el inmediato futuro político de Nicaragua me parece muy incierto y en el que no puedo ni debo participar, excepto en la organización de las cooperativas cuyo propósito es bien claro, delineado y ajeno a la política del interior de Nicaragua.

En mi fuero interno creo firmemente que mi deber es permanecer aquí y por eso, como ya le he dicho antes, sólo muerto saldré de aquí. No es simple testarudez, créa-

me que se trata de una resolución racional e intuitiva inspirada por vibraciones cósmicas y tengo que seguirla a cualquier riesgo ¡Es mi destino!

Este es el retrato que el General prefirió que no le leyera. Esta basado no sólo en mis observaciones personales y largas pláticas con él, sino además en relatos y conversaciones con sus hombres más allegados:

En la intimidad el General Sandino, todo puede parecer, menos un General tropical y mucho menos el General Sandino.

A la sazón tiene treintiocho años de edad, cumplirá treintinueve el próximo 18 de mayo de 1933, porque según él mismo nació en 1894, aunque fue inscrito en el Registro Civil hasta el año siguiente, de allí la confusión acerca de su edad.

Es bajo, ciento sesentitrés centímetros de estatura y 55 kgs. de peso (121 lbs.) ; de apariencia débil y sin ningún rasgo especial.

Su cabello es negro, liso y tupido con una que otra pincelada de canas. Lo lleva siempre bien peinado y partido al lado izquierdo, bigote y barba rasurados. Se afeita o le afeitan diariamente Tranquilino o «Cabrerita», quienes además se encargan de su corte de pelo.

Tiene ojos negros, pequeños penetrantes y de cambios rápidos. Detrás de ellos, por sus palabras y por sus gestos, ambos de la más pura sinceridad, se adivina su alma sentimental y compleja. Un alma difícil de atisbar y llena de extrañas inquietudes.

Tiene nariz mediana, boca grande con varias calzaduras de oro en sus dientes, pero muy pequeñas. Su sonrisa es muy frecuente, neutra o más bien triste y a pesar de su constante

buen humor, nunca se ríe fuerte y mucho menos a carcajadas. Su rostro no es ovalado ni redondo, de cutis blanco pálido, con algunas comeduras de varicela y de pómulos prominentes.

Tiene manos regordetas, pequeñas, con los dedos como cortados de un tajo a la mitad de las uñas, las que siempre lleva limpias. Los pulgares son rectos y le caen verticalmente sobre la mano, es decir, formando con ellas ángulos de noventa grados. Su cinturón es tamaño treintidós y sus pies muy pequeños.

Sandino, pues, no tiene ningún rasgo físico especial, por el contrario, es un individuo de aspecto común y de apariencia débil, no obstante de poseer una resistencia física superior y de ser muy fuerte. Es un buen nadador, jinete incansable y de los mejores en todo su ejército para andar a pie y resistir las cuestras, hondonadas, llanos cenagosos y todas las intemperies de la selva bruta.

Muy rara vez se enferma y no usa ninguna medicina porque dice que emplea para curarse la autosugestión y disciplinas yogas. Las únicas excepciones son "La Tigra" para el paludismo y algunas tinturas y bálsamos para las heridas. Solamente hace dos tiempos de comida al día y desde su temprana juventud no toma en lo absoluto bebidas alcohólicas y no le divierte ningún juego de azar. A pesar, de haber en ejército hombrazos hercúleos nacidos y criados en la montaña, a ninguno le va en zaga, en resistencia física.

Sandino, aunque es un hombre de talento genial, no ha recibido cultivo académico fuera de Teneduría de Libros y dos años de secundaria, pero por su cuenta ha leído mucho con lo que se ha formado un intelecto sólido. Tiene gran poder de intuición, según lo atestiguan sus

propios hombres. Sin embargo, en mi parecer, exagera en cuanto al valor de sus creencias teosóficas, espiritistas, rosacruceas, astrológicas y demás complicaciones esotéricas, pero también estoy convencido de que nada de eso le resta un ápice a su cruzada ingente. Por el contrario, quizá sin ellas no hubiera sido posible.

Es un meticuloso organizador de todas sus cosas y operaciones. De una tenacidad que raya en locura. Malicioso y psicólogo intuitivo para conocer a la gente. Tiene fluido personal, convence y subyuga y sobre todo tiene el don de ser simpático y de agradar.

Cuando conversa, cuando dicta y cuando piensa, algunas veces se pasea de un lado a otro con las manos enlazadas por la espalda y la cabeza gacha, en concentración. Otras se sientan en una mesa, se apea, da vueltas, se detiene, gesticula, hace muchos ademanes y se posesiona del momento y de la acción. Le brillan los ojos y se le aviva el rostro y parece vivir lo que está relatando o comentando, pero si le es posible prefiere recostarse en una hamaca, porque según dice, allí piensa mejor y más serenamente.

Su memoria es extraordinaria para las fechas, los números y las fisonomías. Conoce por nombres, apellidos y otros detalles a todos sus soldados y centenares de otras personas.

Tiene intuiciones repentinas y toma decisiones vertiginosas, aun en situaciones cruciales. Es muy romántico, sentimental y más quijote que Don Quijote. Mas tarda en concebir un plan, que en ejecutarlo. Ver los molinos e irles, lanza en ristre, salir mal ferido y volver a la carga y volver a volver, es muy suyo.

En tiempos normales se retira a su cuarto a muy temprana hora y no es madrugador. Duerme bien y bastante, pero en los tiempos de guerra no tenía horas fijas ni para dormir, ni para comer y hacía ambas cosas cuando se le antojaba, hasta el punto que yendo a veces en lugares muy peligrosos, detenía a la tropa, hacía en el suelo un lecho de hojas y sobre el capote se acostaba a dormir un par de horas.

Diariamente medita varias veces y se retira solo a la orilla de los campamentos, prefiriendo la hora del crepúsculo vespertino, si le es posible. Es muy aseado, se baña y cambia de ropa diariamente, desde luego exceptuando en tiempo de guerra. Después de rasurarse se pone toques muy discretos de agua de colonia y también un poco en el pañuelo que le gusta oler de vez en cuando. Usa sombrero gris stetson, estilo tejano, vestido de montar hecho de gabardina verde gris y botas altas de piel café de abrochar por delante y su pañuelo rojo de seda con ribetes negros y anudado al cuello, la bandera sandinista. Nada de charreteras ni cordones dorados, ni quepis, ni escudo, ni condecoraciones, ni pendejeras apavorrealadas dice él.

Cuando hace alto en un campamento, se viste de civil pero siempre con pantalones de gabardina kakis y guayaberas de lino blanco. Además de su cinturón, usa otro especial donde van cuatro "peines" de tiros y su pistola Colt 45 automática, con la que tira muy bien.

Cuando ve sangre se le espeluzna el cuerpo y tiene obsesión por defender al débil y a toda causa perdida. Me cuentan que algunos de sus oficiales preferían no llevarle ningún prisionero, porque con seguridad le sal-

varía la vida. El dinero en sí mismo no le interesa, ni tampoco le importa ni la gloria ni los honores y mucho menos el ser objeto de la atención pública, porque de cerca le afligen las multitudes. Pero noto al mismo tiempo, que en privado goza de su enorme y constante publicidad en periódicos, revistas y libros publicados en tantos países.

Le gusta la vida sencilla y sin complicaciones. En privado y con los suyos derrocha el buen humor y es conversador infatigable. Pero cuando va a hablarle a su ejército en forma oficial para notificaciones, órdenes o comunicaciones, lo mismo que para hablar en público, toma pose de inspirado y cruza la diestra sobre el pecho tocándose con la punta de los dedos el hombro izquierdo y casi siempre principia sus discursos con estas palabras: "Queridos hermanos, les hablo en nombre de Nicaragua y termina diciendo: "PATRIA Y LIBERTAD".

En fin, es tan compleja la personalidad del General Sandino, que no es posible describirla en todos sus aspectos. Sin embargo, espero que a través de las páginas de este libro, los diálogos y conversaciones sostenidas con el, reflejen las características que le son más peculiares y que a mi mejor entender y buena voluntad, fielmente he bosquejado.

Para concluir este retrato literario del General Augusto C. Sandino, en cuanto a la parte espiritual debo añadir que le considero un hombre de los más puros sentimientos y de los más altos principios morales. Dotado de extraordinaria sinceridad y de un patriotismo incorruptible que se basa en su amor entrañable por Nicaragua. Además, es poseedor de un espíritu tan elevado, que no sólo le permi-

tió superar las miserias y amarguras de una espantosa niñez y crecer sin odios ni rencores, si no muy al contrario, henchido de amor al prójimo.

Después de tratarle tan íntimamente durante larguissimas conversaciones que ni siquiera se relacionan con el tema fundamental de esta obra y de observarle minuciosa y detalladamente, así como de hacer una especie de combinación mental de las emociones que causa su presencia y su compañía en tales Lugares y condiciones como tuve el privilegio único de compartir con el, puedo asegurar que es un alma muy superior y por tanto no es remoto que sea capaz de percibir las inspiraciones y vibraciones cósmicas de que el habla y que nos están vedadas a los mortales comunes y corrientes por depender únicamente de la torpeza de nuestros sentidos físicos.

Despedida

El jueves 16 de marzo de 1933 por la mañana, después del desayuno, me entregó el General estas dos credenciales que reproduzco a continuación y que espero encabezen el libro.

—Ojalá que yo no esté errado —me dijo el General—, pero presiento que este libro puede quedarse en borrador, como se quedaron las cartas a mi novia, dichosamente en su caso la novia puede esperar largo tiempo. —Y continuó — No he visto nada de lo que usted ha escrito, pero le doy estas credenciales seguro de su caballerosidad y patriotismo y siguiendo únicamente mi

intuición, así como por el afecto que le he cobrado. Un favor le pido, nada más: Que diga todo lo que ha visto y lo que ha oído y sentido, tan exactamente como le sea posible, tal como lo ha visto, oído sentido, pues a la verdad no hay que tenerle miedo por qué siempre, tarde o temprano sale a la luz. Ahora, aunque esta no es una petición preferiría que "MALDITO PAIS" se publicara primero en Nicaragua.

—Se aproximó a mí con los brazos abiertos.

—Déme un gran abrazo, porque presiento que será el último.

Nos abrazamos fuerte y largo. Yo quise hablar, pero no pude. Él lo notó, comprendió mi emoción y chocamos las cuatro manos fuertemente.

—Váyase al pipante que le esperan, yo me quedo aquí.

Me puse el capote, tomé la mochila y partí sin decir otra palabra.

Jueves—16 de marzo 1933 Río Arriba, sobre El Coco

La mañana está bastante fresca y la neblina muy espesa. Este pipante en, que viajamos se llama "El Chipote" y es uno de los mejores de la flota. Viajamos juntos el General Estrada, el Coronel Rivera, la enfermera Emilia, un cocinero, tres mujeres que van para otro campamento, varios ayudantes y 14 palanqueros que componen la tripulación porque vamos río arriba.

No había visto antes a Emilia, porque hasta ayer regresé de una misión de salubridad en la que ha estado dando servicios voluntarios. Aparenta veinticuatro a veintiséis años de edad, es de muy buena estatura y su cuerpo muy bien distribuido, a pesar de estar ligeramente gordita. Su cabello es muy negro, hacho con dos trenzas que lleva enrolladas en la cabeza. Habla poco. Viste pantalones azules de dril, botas chaqueta de piel color marrón, luce muy aseada, a juzgar por sus uñas limpias y manicuradas al natural y los dientes perfectos y muy blancos. Al sonreír se le hace un camanance al lado izquierdo de la boca que es de labios carnosos y húmedos, pero no usa carmín ni pintura de ninguna clase. Habla inglés. Se graduó de enfermera en Panamá y cursó otros estudios en Nueva Orleans.

Vamos muy cómodamente en cuanto al pipante, pero el tiempo esta tornándose tormentoso. Apenas a unas tres horas de haber salido de Bocay empezó a desarrollarse una tempestad que a corto plazo estalló con gran rayería, tormenta, lluvia y viento feroz. Apenas entrada la tarde ya no se veía del todo, por lo que tuvimos que cambiar de itinerario y pernoctar en un playón. Debido a mi estado de salud, el General Estrada dispuso que yo durmiera bajo un toldo en la parte trasera del pipante, cortesía que normalmente sólo se habría reservado a Emilia. Llovía un constante diluvio y estábamos todos remojados, los demás en el playón ella y yo en el pipante donde a pasar del cobertizo el agua penetraba empapando el tapesco de bambú machacado que hacia de cama. La única cobija, además de nuestras ropas, eran los capotes que andábamos puestos de almohada use un saco de café molido cubierto con tela ahulada.

El pipante, amarrado, brincaba sobre el río que insistía en llevárselo. A unos cien metros de nosotros estaba el resto de la gente metida al pie de un barranco en el playón. Nada se veía, salvo en el instante de los fogonazos de los rayos, que más bien escandalizaban la vista así pasamos toda la noche y todo el día siguiente y toda la otra noche sin cesar un momento aquella espantosa borrasca. Viento y más viento y rayos y lluvias.

El hambre, el paludismo y la constante ropa mojada sobre el cuerpo, me habían producido una altísima fiebre desde entrada la primera noche. El día y la noche eran iguales sin comida y sin lumbre porque el aguacero no cesaba y apagaría las antorchas y fogatas. La segunda noche se me hizo eterna, balanceándonos en el pipante, tumbado sobre el tapesco mojado, hirviendo de ideas imposibles y de alucinaciones. Me dormía un momento para despertarme delirando, a veces temblando de un frío de muerte y otras hirviendo de fiebre y por fin la abulia. No obstante la exquisita atención de Emilia, me sentía morir y llegué a sentirme muerto. Es necesario encontrarse en tal situación para poder comprender lo que es esa combinación de fiebre y selva. Absorbe, bestializa, afecta el pensamiento y produce un delirio enloquecedor.

—Es la fiebre José —me decía Emilia tratando de animarme—, aguántate, hijo, por la mañana te voy a medicar, ahora, por el viento y el agua y la obscuridad no es posible sacar los remedios ni inyectarte. Cálmate, hijo. Y me acariciaba la frente maternalmente y así por fin me quedé dormido, porque su voz era sincera y dulce y tenía algo de hipnótico o quizá porque yo ya estaba exhausto.

Temprano de la mañana amainó la tempestad: Emilia

informó al General Estrada de mi fiebre y quisieron hacerme una hamaquita de carpas ahuladas bajo el toldo del pipante, pero yo me opuse a tal privilegio, que además me haría sentirme peor. Emilia decidió inyectarme dos cápsulas de sulfato de quinina y unos reconstituyentes, para ver cómo reaccionaba. Me dieron además café negro, carne y buena comida que al fin se logró preparar. Poco antes del medio día seguimos la marcha río arriba. No necesité la inyección.

De los 14 palanqueros, seis van a cada extremo del pipante. Mientras los tres pares delanteros meten las grandes varas y empujan, los tres pares traseros se alistan y apenas los primeros terminan su maniobra, éstos la comienzan y así mantienen el pipante avanzando lento pero constantemente. Los otros dos palanqueros, uno en proa y el otro en popa, se ocupan de mantener el pipante en su curso.

La quinina me produjo su zumbido típico en los oídos y me hizo sudar a chorros, pero me quitó la fiebre y las alucinaciones.

Emilia parecía haberme cobrado sincero afecto y confianza y sabía de mí más de lo que yo me imaginaba.

—El ataque de fiebre te volvió —me dijo— por haber desobedecido al General y haber dejado de tomar “La Tigra” por tres días, pero ahora tomarás una cápsula y los reconstituyentes como primera cosa cada mañana, para mientras vas al médico en Managua.

De los diez días comprendidos desde el jueves 16 de marzo hasta el domingo 26 del mismo mes, exceptuando los tres primeros días infernales, los restantes fueron sumamente agradables. Al atardecer hacíamos grandes fo-

gatas y comíamos en abundancia, pues además de las buenas y abundantes provisiones que llevábamos, tiraban venados y sin otra dificultad que tirar la red, se obtenían abundantes peces y camarones. Durante esas cenas conversábamos larga y amenamente Emilia, el General Estrada, el Coronel Rivera y yo, pues las anécdotas sobre la guerra eran interminables, tantas que tomaría una obra aparte tan sólo enumerarlas. Baste pensar que cada uno de estos hombres tiene su propia historia de su vida y participación en la guerra y que esta duró casi siete años. Cuantas emboscadas, combates y asaltos, etc., donde cada quien jugó para su propia vida y su propia historia, el papel más importante y que sólo se pueden sentir y palpar individualmente.

En una de aquellas ocasiones apacibles y habiéndose presentado una oportunidad de confidencias con Emilia, por mucha pero discreta insistencia mía, ella me confió su historia, aunque no su identidad, que desde luego no tiene especial importancia en cuanto al contenido de los acontecimientos. Sin duda alguna su consideración a mi calidad de confidente del reportaje del propio General Sandino y como contribución al mismo, fue lo que más influyó para que me manifestara las razones y motivos de su participación en la guerra. Así me lo aseguro, advirtiéndome además que ni el General los conocía en su totalidad. Su relato comenzó así:

—Escúchame José, esto ahora es un paraíso, pero cuando la guerra era algo muy diferente: Subir y bajar lomas y romper breña y pasar ciénagas con la mochila y la caja de instrumentos al hombro y a veces hasta con un rifle de algún soldado herido y siempre con la vida en un hilo y

para que mejor comprendas esta guerra en sus múltiples aspectos y como una contribución a tu libro, aprovecho la oportunidad para contarte de mi vida lo que nadie por acá sabe, solamente el General.

Mi madre tenía una finca entre Estelí y Jínoteга, con poco más de 200 manzanas con ganado y 40,000 cafetos cosecheros. Estos ya, deben estar enmontañados el ganado, todo, lo mataron los marinos y las casas las quemaron a raíz. A mis dos hermanos les torturaron hasta la muerte para que hablaran. Y todo, sólo porque sospecharon que fueran sandinistas. Lo peor es que les atormentaron y torturaron en presencia de mi pobre vieja ¡Eso la mató! Murió al poco tiempo.. Yo estaba estudiando, pemedical en Tulane ¿Venirme a Nicaragua? — ¿A que? ¿A que me jodieran a mí también? No decidí terminar el año allá.

Créeme, José, eso me dejó el alma emponzoñada. Por eso al terminar el año, con premeditación, directamente, vía Honduras me vine a juntar al ejército del General Sandino.

Tan diferentes son los profesores y la gente bien de los Estados Unidos, pero estos salvajes marinos son de otra casta. Ya me ves pues, ahora que ya derrotamos a esos hijos de puta, perdona pero no hay otro calificativo y ya que tuve el gran placer de cumplir con mi promesa a mí misma de matar a tres marinos „— ¡De matarles yo misma. Y los maté con mi rifle y con mis propias manos. Dios mío, satisfecha!... Ahora puedo regresar tranquila a mi propiedad, a levantarla de nuevo. No llevo pero ni otro par de botas, nada más que este lindo revólver que me obsequió Doña Blanquita. Pero no importa, porque la

finca no tiene hipoteca y me habilitará en alguna forma.

Con frecuencia pasábamos frente a palenques con sus ranchos nuevos en zancos, campamentos de la incipiente Cooperativa Agrícola del Río Coco. Diariamente hacíamos alto en alguno adecuado, para bañarnos e higienizarnos. Realmente, aunque fuera muy precario el principio, ya se notaban los brotes de vida que traía la paz, y la promesa de la cooperativa podía adivinarse en el entusiasmo de los moradores de aquellos palenques.

Llegamos por fin a santa cruz de río coco el domingo 26 de marzo. El 27 muy temprano de la mañana salía Emilia en un pipante o canoa pequeña con otro de los ayudantes que venían con nosotros, seguiría rumbo a Quilalí para seguir después por tierra. Yo fui a despedirla y al preguntarle si no le temía a tan larga travesía, ya que de Quilalí en adelante iría sola, me contesto:

- Para eso pasé mi entrenamiento de guerrillera. Voy primero a Estelí donde tengo parientes y una casa. Ahí haré todos los arreglos necesarios para la rehabilitación de la finca. Desde luego que ocultaré haber estado con sandino. Ya tengo mi historia preparada.

Después de agradecerle su finísima atención durante mi fiebre, nos despedimos muy cariñosamente creo que si le hubiera preguntado su identidad me la hubiera confiado, pero preferí no intentarlo, a pesar de tener sospechas al respecto que me hubiera guaseado confirmas.

Poco más o menos una hora después de la despedida de Emilia, la venada y otras mulas estaban listas y sin esperar más salimos rumbo al embocadero. Íbamos el general Estrada el coronel Rivera y yo con los ayudantes del caso.

- Así funcionan las operaciones del general Sandino. – dijo el coronel Rivera.

Dichosamente los llanos cenagosos estaban secos y las cuestras de guales toman menos tiempos en subirse en que en bajarlas. El caso es que llegamos al embocadero todavía con el resplandor del sol brillando entre los grandes picachos en la lejanía umbrosa.

Tuvimos la mala suerte de no encontrar ni a Celsa ni a Antonia, andaban en Matagalpa en compañía de Ofelia, una de las dos mulatas hijas de crianza, pero estaba la otra, Rufina, encargada de la caza y de atender al viejo patriarca don Víctor Gutiérrez, propietario del embocadero. Don Víctor ha sido incondicional sandinista desde el principio de la guerra y además compadre, uno de los cien compadres del coronel Rivera, quien es como miembro de la familia. Don Víctor está un poco mal y le fuimos a visitar a su cuarto.

Desde las conferencias de paz que hacia unos dos meses se celebraban aquí, el coronel Rivera tenía guardadas varias botellas que don Sofonías Salvatierras le dejó de obsequio. Nos sentamos a conversar en el comedor-salón y el coronel Rivera de un armario saco una botella de escoses.

-¿Está bien o prefieren coñac o....?

Para mi está bien el escoses Coronel, le contesté. Estrada solamente alzó la mano.

El general Sandino – continuo Rivera me dijo: en el embocadero pueden tomar lo que quieran pero de ahí en adelante ni oler una botella cerrada mucho menos en Managua. – a poco apareció Rufina con otras dos muchachas de servicio de la casa trayendo varios platos de bocadi-

llos, plátanos fritos, tortillas calientes, quesos, chorizos, guacamol y chicharrón. Así pues nos instalamos en la mesa ya con mantel, platos y demás utensilios. También nos trajeron un pichel de agua de lluvia cristalina y bien fresca, casi como si tuviera hielo y vasos grandes y pequeños. Ya con el primer trago sus respectivos carraspeos y bocadillo, comenzó el coronel:

- Después de los tres primeros días que fueron tan perros, el resto del viaje por el río resulto muy agradable al principio ya estaba muy preocupado por ese ataque de fiebre que le dio a usted y por dicha que Venía la señorita Emilia, porque el General ha estado muy preocupado por su salud, ya que estas fiebres son muy traidoras, más con los recién venidos y por eso él estaba encantado que ella hubiera regresado tan oportunamente, para que le atendiera y acompañara. Ella debería de haber estado esperando desde antes en Bocay, pero como siempre andaba en una de sus jiras de curandería y vacunación.

En efecto, le dije fue gran suerte su compañía. El sólo saber que estaba a mi lado durante aquella terrible fiebre y bajo aquella enorme tormenta, fue un gran consuelo para mí. Además, creo que para toda su compañía hizo el viaje menos cansado.

—Así es Román, tiene usted mucha razón a propósito de Emilia le voy a decir y aquí esta el, ni el General Estrada, ni yo, ni mucho menos ningún otro, salvo el General y doña Blanquita, sabemos quien es ella. Conjeturamos que puede ser salvadoreña, hondureña o quizá del interior, pero no sabemos su verdadero nombre y como aquí no se hacen preguntas.....Ella vino por el lado de Honduras, al campamento Luz y Sombra, directamente

donde el General y Doña Blanquita, hará cosa de año y medio. Lo que sabemos es que pasó, voluntariamente todo el entrenamiento de guerrillero y que tiene magnífica puntería con las miras telescópicas, que maneja las ametralladoras y la pistola igual que sus jeringas y que pasa parte de su tiempo libre acompañando a doña Blanquita. Mire como es esa muchacha, que cada dos o tres meses se va solita, en mula, a Honduras a traer sus medicamentos y comprarle sus cosas a Doña Blanquita. No tiene miedo de cruzar sola esas montañas. Le digo la verdad, esa muchacha cuando se case va a ser feliz a cualquiera.

—A cualquiera no. —habló por primera vez el General Estrada, carraspeando después de otro trago alto y puro. No se equivoque Coronel. No es cualquiera el que se va a casar con Emilia. Es el que ella quiera. Esa muchacha sabe lo que quiere y a donde va. Le voy a contar: Anduvo de ayudante en mi columna. Es muy fina con todos y a todos les cura y trata igual, pero jamás una familiaridad, ni siquiera conmigo que era su Jefe Inmediato. Además de que ustedes saben como se respetan a las mujeres en el ejército. Son órdenes terminantes del General. Bueno, como a los cuatro meses de andar en mi columna, siempre en la avanzadilla, se tronó al primer marino, a casi un kilómetro de distancia, por la manera de caer, estoy seguro que le dio en la propia cabeza. Yo lo ví. Al segundo marino se lo voló como seis semanas después, a ese yo no le vi, pero le vio el General Irías, pues ella andaba en su columna entonces. Como dos semanas después se tronó al tercero que también lo vio el General irías. No se pudieron saber los nombres de los occisos porque se los llevaron. A los tres les mató con el mismo tiro noble, sin dudas en la cabeza. Cuando ajustó el tercer

marino que era su cuota, sabe Dios por qué, se quedó todo el tiempo en el campamento de doña Blanquita, curando, inyectando, vacunando, etc. Había dicho que tenía que tronarse tres marinos para poder morir tranquila y se los tronó. Para eso practicó mucho a tirar con miras telescópicas, como nadie en todo el ejército. Como le digo pues, esa muchacha es algo enorme. No es para cualquiera, Coronel. No es comida de jocicón.

—Francamente, es una historia extraordinaria habiendo visto sólo sus aspectos de solícita enfermera y de excelente compañera de viaje, no podría creer tales hazañas de no ser que ustedes me las atestiguan. A mí me —cayó como un ángel, como ustedes lo vieron, me curó y en efecto me trató como una madre y después se desapareció también como un ángel. Creo que se merece le dediquemos un brindis por su heroísmo anónimo. Los tres levantamos las copas las chocamos y brindamos por Emilia y acto seguido proseguí: General, Coronel antes de tomarnos otro trago, hay algo muy confidencial y muy importante que quiero discutir con ustedes.

—Estamos a sus órdenes, dijo el General Estrada y Rivera asintió con la cabeza.

Para principiar les pido me crean que yo quiero tanto al General Sandino, como cualquiera de ustedes dos. Por lo menos yo así lo siento y no se como agradecerle lo gentil y lo diferente que ha sido conmigo.

—Perdone dos palabras, Señor Román, no volveré a interrumpirle, dílo el coronel Rivera. El General Sandino, a nadie, pero a nadie desde que yo le conozco, ha tenido su propia habitación, desayunando y cenando juntos todo el tiempo y conversando tan largo y tendido como con

usted. Ni su propio hermano Sócrates, ni ninguno de nosotros, ni mucho menos periodistas o extraños. Por eso todos nosotros, ya lo hemos comentado, le queremos y admiramos a usted, porque el General es impenetrable ¿No es así, General Estrada'?

—Absolutamente, —dijo Estrada y continuó

—Tenga la seguridad, señor Román, que nosotros también le tomamos a usted como uno de los nuestros. Así es que puede soltarse que estamos entre hermanos.

—Dentro de unos quince o veinte días parto para los Estados Unidos y quizá otros países, pero todo el tiempo seguiré pensando en el General Sandino y en todos ustedes y en estos lugares, no sólo por el cariño entrañable que a todos les he puesto y porque el General me ha contagiado con su amor a esta hermosa causa, a ustedes y a esta región del país si no también porque debido a compromisos previos el trabajo de organización de todo el material que he recogido en este viaje tendré que hacerlo poco a poco y estimo me tomará como un año, pues quiero hacerlo muy concienzudamente, así que aunque no quisiera tendría que recordar todo y a todos y todo el tiempo estaré muy preocupado por la vida del General, pues no me cabe duda que van a querer suprimirle, hablando claro, asesinarle, por razones obvias que ustedes deben comprender. Me gustaría pues saber que opinan ustedes acerca de que el General se ausentara de Nicaragua por dos o tres años. Personalmente opino que debería hacerlo cuanto antes.

—Tenga la bondad de escucharme, hermano.

—Primera vez que me llamaba hermano el General Estrada. —Que quieren matar al General es indiscutible,

lo han querido hacer desde el principio de la guerra y ahora con mayor razón, pero aquí en la montaña con nosotros es muy difícil que lo logren, después de todo hemos peleado contra un enemigo mucho mayor por varios años y hemos aprendido a defendernos. El gran peligro está en Managua. Ahí si que caerá como palomita. Ya fue la primera vez en febrero y para mí que milagrosamente regresó vivo. Ahora está planeando ir otra vez y como nos medio sondeara al respecto, nos opusimos de paro. Si por otro milagro saliera con vida una segunda vez, va a continuar yendo o le van a atraer con mañas. Y la tercera es la vencida. Yo creo estas necesidades de llevarle a Managua con pretextos políticos económicos son tramadas adrede y no cesarán. Por eso estoy totalmente de acuerdo con usted en que se ausentara del país por unos tres años, como dice usted, hasta que pasen las próximas elecciones y las cosas se hayan normalizado. Sin embargo, a lo que el decida nosotros le seguiremos, hasta la muerte si es necesario.

—Estoy de acuerdo en todo lo que usted dice, intervino el Coronel Rivera.

—Las cooperativas nosotros las podemos manejar siguiendo sus instrucciones, así como continuamos la guerra cuando ustedes se fueron a México y como usted dice, General aquí en el Río sería muy difícil que le asesinaran, pero en Managua hay mil maneras y las deben tener muy bien planeadas. No hay duda que el General es grano de arena en el ojo de la Guardia Nacional y de muchos otros.

Quise discutir este punto con ustedes, por que la última noche en Bocay me preguntó el General si tenía algo

que decirle, pedirle o aconsejarle. Le respondí que tenía a mi parecer algo muy importante que decirle y le expuse minuciosamente mis razones por las cuales yo pienso que debería de ausentarse de Nicaragua cuanto antes y por lo menos por unos tres años. Me escuchó muy atentamente y aunque su contestación fue muy elaborada, se puede resumir en que me dijo que en realidad yo tenía razón, pero que el ya lo había pensado muy detenidamente y que por razones muy personales había decidido quedarse con sus cooperativas y que de aquí no salía sino muerto. Todavía le discutí que muerto el se terminaban las cooperativas y las reformas sociales y todos sus planes futuros. El me repitió que era una resolución definitiva. Así quedaron las cosas. He querido platicar esto con ustedes, porque ahora que me marchó es la única aprehensión que me llevó y no quise irme sin comentarla con ustedes, por sí se podía hacer algo más.

—Gracias, Román, por la confianza que le merecemos, — dijo Rivera, pero como usted dijo, ya es resolución final del General Solamente que el nos consultara le diríamos cada uno nuestra opinión, de lo contrario le obedeceremos ciegamente.

—Cenamos sin más comentarios al respecto. El menú fue variado y toda la comida excelente. Nos acostamos muy temprano. Era la primera vez que dormía en cama y con cobijas desde que salimos de Bocay. Antes de salir el sol partimos para San Rafael y llegamos sin novedad al cuartel de la Guardia Nacional, como a las cuatro de la tarde. Ahí estaba, a las órdenes del General Estrada, un automóvil del tiempo de la Guerra Europea y los salvoconductos para él y Rivera. Yo ya tenía el mío.

El General Estrada fue a la casa de los Aráuz a entregar una carta para doña Blanca, creo por la prisa, no pasó de la puerta. Como teníamos abundante comida que nos prepararon en El Embocadero, de inmediato nos pusimos en marcha para evitar dormir ahí y además el sol de todo el día siguiente en camino tan malo. Atrás íbamos el General Estrada, el Coronel Rivera y yo, adelante un guardia de chofer y un sargento con metralleta para protección.

Fue una verdadera suerte el que ni llanta explotara, ni tornillo se aflojara, ni ninguna otra cosa detuviera al coche viejo que brincaba como tobogán saltando cuesta y doblando curvas por aquel camino interminable, pedregoso, polvoso y calido en su mayor parte. Entramos a Managua poco después de las ocho de la mañana. El General Estrada y el Coronel Rivera se quedaron en casa de don Sofonías Salvatierra, contigua al campo de aviación. Nos despedimos con gran afecto y cordialidad. A mí me llevaron a casa de mi familia en el centro de la ciudad.

Managua, Nicaragua. Miercoles 29 de MARZO de 1933

Lo primero que hice después de saludar a mi gente, bañarme, cambiarme y desayunar fue cruzar la calle, casi al frente, a la clínica del Dr. Clarence Burheim, amigo y médico de años, beatífico y exquisito tejano, por supuesto sin sombrero alguno ni botas puntadas y casado con una hija del difunto Presidente de la república, Don Diego Manuel Chamorro.

Inmediatamente me hizo pasar a su despacho. Después de tomarme muestras para toda clase de exámenes,

vacunarme, inyectarme y examinarme lo cual me digo todo era preventivo mientras llegaba a Nueva York conversamos más de dos horas de mi gira por las segovias finalmente me recetó unos días de absoluto reposo.

En previsión de lo que a uno le puede suceder, ya que nadie está exento de percances ni tiene comprada su vida, como se suele decir, pensé conveniente mecanografiar mis a puntas manuscritos en consideración que a mí mismo me cuesta entenderle a mi propia letra. Además, podría utilizar los días de descanso recomendados por el Dr. Burheim en este propósito. Puse pues manos a la obra y después de ordenar y reordenar los manuscritos, que además de ser solamente resúmenes de lo conversado con el General Sandino, a sean notas para ser ampliadas posteriormente, estaban muy maltratadas aparentemente por exceso de humedad absorbida. Con la ayuda de un mecanógrafo que me consiguió mi amigo el Coronel de Kentucky Chester Wallace, con quien yo trabajo, saqué un original y dos copias. Una vez concluido el trabajo, encontré que estaba lleno de errores, omisiones y trasposiciones, a pesar de lo cual dejé dos copias con mi familia para llevarme el original conjuntamente con el manuscrito.

Para cumplir con el protocolo de una vieja y apreciada amistad, previo telefonema, fui a despedirme del Sr. Presidente de la República, Doctor Juan Bautista Sacasa. Me recibió como siempre, con un abrazo palmeado y efusivo estábamos los dos solos en su despacho y era obvio que estaba muy interesado en conocer los detalles íntimos de mi visita y entrevista con el General Sandino. Conversamos por algo más de una hora y después de hacer

recuerdos de familia, entramos de lleno en el tema.

Le conté de la forma en que se desarrollo mi trabajo, dándole un resumen de todas las peripecias del viaje, etc. Le conté del estado embrionario en que se encuentran las cooperativas agrícolas del Río Coco y la fe y esperanza que los nativos parecen tener en ellas. Le manifesté el gran afecto que le guarda el General Sandino y sobre todo de la fe que tiene en él y en que se cumplan las promesas del tratado de paz. Finalmente por no faltar a la honestidad y considerarlo mi deber, le resumí la conversación con el General Sandino respecto a su viaje al exterior.

A este punto el Dr. Sacasa me hizo un ademán de pausa con la mano y me dijo lentamente: En eso no estamos de acuerdo. Que salga Sandino de Nicaragua, si, pero no inmediatamente sino talvez dentro de unos dos o tres años, para que pueda organizar bien esas cooperativas en las que yo también estoy vivamente interesado. Si Sandino se ausenta en la actualidad, resultaría muy difícil consolidar una paz definitiva en las Segovias. Dentro de unos dos o tres años, si él quisiera viajar, cos mucho gusto le nombraría Embajador en donde él quisiera. Por de pronto no creo que él piense en moverse. Además ¿Que le podría suceder aquí, si tiene toda mi protección?

No encontré práctico insistir, puesto que el mismo General Sandino ya ha decidido quedarse, pase lo que pase y así se lo expresé al Dr. Sacasa. Cambiamos de tema y hablamos sobre los pipantes, el guabul, etc. Después fui a despedirme de Doña María, su esposa. Como siempre me recibió muy amablemente y quedó de enviarme un paquete de quesos nicaragüense para sus hijos Car-

los y Roberto que están estudiando en Washington.

Como ya he explicado anteriormente, antes. De salir para San Rafael del Norte a entrevistar al General Sandino, además del salvo-conducto por el extendido, necesitaba otro de la guardia nacional. Cuando en su oportunidad fui a recogerlo, aunque me fue entregado por el Jefe del Estado Mayor, estaba firmado por el General Somoza y de quien me dieron un recado pidiéndome no dejara de visitarle al regreso de mi jira.

Consecuente con lo anteriormente explicado, oportunamente me dirigí al Campo de Marte, donde tiene su oficina el General Anastasio Somoza.. Llegue algunos minutos antes de la hora concertada, pero de todas maneras me hizo pasar a su despacho inmediatamente. Y me recibió con la cordialidad que él sabe gastarse cuando le da la gana ser simpático, que en realidad lo es.

Después de rendirle las gracias por el salvoconducto, hablamos de las vicisitudes del viaje de las incipientes cooperativas, lo mucho que significan para el General Sandino y el entusiasmo que están despertando en la región y en fin que yo creía que resultarían de inmenso valor para el desarrollo de aquella región. Le conté que las pocas veces que Sandino había tenido que referirse a el y al Doctor Sacasa había mostrado un gran afecto y confianza en ambos. También, por las mismas razones que al Dr. Sacasa, le conté que poco antes de despedirnos, Sandino me pregunta si tenía algo que pedirle, decirle o aconsejarle y que le contesté que sí, que en mi parecer tenía algo muy importante que indicarle: Que por tales y cuales razones, en mi opinión el debía marcharse de Nicaragua cuanto antes. A este punto el General Somoza se

reacomodó en su silla giratoria me quedó mirando fijamente y escuchándome con gran atención mientras le relate en resumen lo que a ese respecto había conversado con Sandino.

—Apúntate diez, José, me dijo has tocado el problema en la propia llaga. Sandino debería irse y como tú le dijiste, cuanto antes. No por mí, pero la Guardia que ha estado peleando contra él desde su fundación, en su gran mayoría no le perdonan y no puedo dejar de ser consecuente con mi guardia porque soy su jefe y Director General.

—Bueno General, yo no me refería sólo a la Guardia Nacional sino además a enemigos personales, razones de salud y de otro orden y sobre todo porque la obra fundamental de Sandino ya terminó.

—¿Y qué te contestó?.

—El admitió que yo tengo razón. Sin embargo, él siente una enorme responsabilidad moral por la reconstrucción de aquella zona del país, que aunque destruida por la aviación de la marina de los Estados Unidos, considera su obligación rehabilitar y sacar del abandono en que nuestros Gobiernos la han mantenido. Igual o mayor obligación siente para con los misquitos y zambos y toda la gente de la región que dieron todo por su causa y dice que irremisiblemente tiene que quedarse al lado de ellos y de las cooperativas y que de ahí no saldrá sino muerto.

—Pues así saldrá. Ve: —me dijo muy en serio — la verdad es que Sandino esta endiosado y “ciertos” políticos logreros le están usando y enredando. Además, Sandino habla muchas pendejeras provocativas. Ahí enmontañado, no se da cuanta de la verdadera situación

de Nicaragua. Esa su escolta personal, por pequeña que sea, es un ejército y en adelante en Nicaragua no van a haber dos ejércitos o es el uno o el otro y mesa limpia.

- Continuamos algunos minutos más conversando de Philadelphia, del tío Desiderio Román, del Dr. Rafael Deshon... Y al despedirnos me dijo: En este Gobierno, yo no tengo ingerencia, pero en lo que pueda servirte en la Guardia....

—La despedida fue aún más afectuosa que el recibimiento.

En un gran trimotor que parecía escarabajo con las patas como andamios y el fuselaje de las minas como ésas para techos de zinc, él 22 de abril de 1933, casi raspándole la punta del ombligo al Momotombo, zarpé rumbo a Nueva York. Después de cambiar a un hidroplano en Puerto Barrios, Guatemala y pernoctar en Mérida, Yucatán y La Habana, al siguiente día de transferir un clíper rumbo a Miami y después otro, también con varias paradas, el 25 de abril, atardeciendo, llegue a Nueva York, viajando sólo tres días y dos noches en vez de 16 que normalmente toma por los barcos de vía Panamá y La Habana. Una gran economía de tiempo, por sólo doscientos ochenticuatro dólares extras en el costo.

Este borrador totalmente terminado y listo para ser sacado en limpio con sólo menores correcciones ortográficas, ha sido completado hoy al medio día del 5 de diciembre de 1933.

Hago esta anotación por una memorable coincidencia Hoy termina la Ley Seca en los Estados Unidos y se esperan tremendas celebraciones en todo el país en honor y gloria del divinal Padre Baco ¡Así sea!

JOSÉ ROMÁN

Ahora si estoy seguro que este "MALDITO PAIS" no se quedara en borrador como las cartas del General Sandino a su novia.

Nueva York 5 de diciembre de 1933

MALDITO PAÍS
JOSÉ ROMÁN

EDITORIAL AMERRISQUE
ABRIL 2007

Augusto C. Sandino (1895/1934) es un relato fundamental de la identidad y, por lo tanto de la nacionalidad nicaragüense a través de sus gestos, textualidades y epopeyas. En una obra como Maldito País, extraordinariamente articulada por el maestro José Román, Sandino habla de meditaciones habituales por medio de las cuales lograba la unidad cósmica y cósmica en un sentimiento permanente de respaldar a los "otros", a aquellos que como bien dijera Franz Fanon son los condenados de la tierra. Además, en esta obra es posible entrever a un Sandino místico, a un Sandino filósofo, a un Sandino estratega militar, lo mismo que a un Sandino que esta cerca de la gente, cohabitando con la naturaleza, pues Román se traslada hasta la montaña para dar cuenta de la naturaleza de la empresa sandinista, desde su territorio.

Sandino, por medio de la entrevista de Román, crea un discurso colmado de una extraña lógica interna en el cual la verdad, hasta ese momento articulada desde arriba, es deconstruida para brindarle paso a una nueva forma de entender las relaciones sociopolíticas y a la vez históricas, de ahí que el general constantemente interpela a Román para que este cuente siempre la verdad.

La editorial Amerrisque inaugura esta colección Sandino, que estará integrada inicialmente por 12 títulos, que esperamos sirva para comprender, analizar y apreciar mejor y con mayor profundidad la gesta de ese héroe que dejó de ser nacional, para ser latinoamericano y universal a la vez.

ISBN: 978-99924-71-12-8



9 789992 471128

